

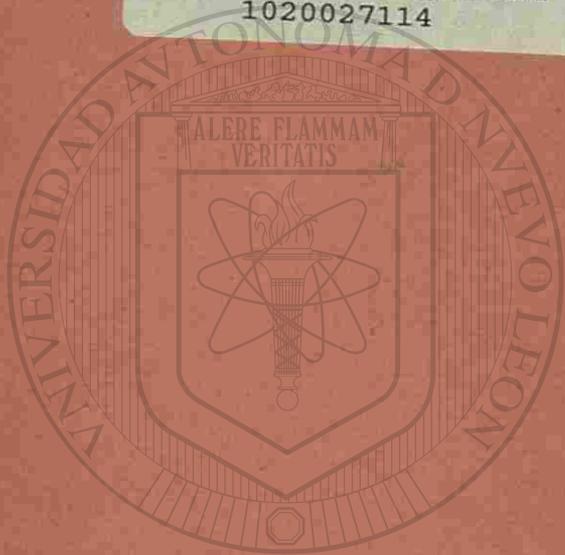


13

PQ4683  
A3  
S6



1020027114



UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SOCIALISMO.— EDUCACIÓN

(ESTUDIOS Y CUADROS)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

# SOCIALISMO Y EDUCACIÓN

ESTUDIOS Y CUADROS

TRADUCIDOS POR

H. GINER DE LOS RÍOS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

IMPRENTA DE RICARDO ROJAS

Campomanes, 8. — Teléfono 316.

1898

86317<sup>®</sup>

20266

300

A.

PQ4622

86



Es propiedad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO GONZÁLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### MADRE CREYENTE É HIJO SOCIALISTA

(DIÁLOGO)

**LA MADRE** (*afligida*).—Y entretanto, tú eres socialista y no crees en Dios (*tocando á un pequeño crucifijo que tiene colgado al cuello*), y no tienes fe en éste que besabas cuando eras niño.

**EL HIJO**.—¿Cuándo he dicho yo éso? No, querida madre: yo no afirmo, pero no niego. Yo espero: he ahí el estado de mi conciencia, que es también el estado verdadero, creo, de la mayor parte de los que se llaman creyentes. Si no tengo la fe ciega, no es porque sea socialista, sino porque soy un hombre de mi tiempo. La duda ha llegado hasta mí por una educación intelectual, que no me fué dada por los socialistas. Mira á tu alrededor: ve entre nuestros amigos y conocidos, cuántas personas de todas eda-

des, respetadas hasta por tí misma, que odian el socialismo, carecen también de fe, y hasta los que aseguran tenerla y viven como si no la tuviesen. El socialismo no ordena en manera alguna que no se tengan creencias; dice solamente: «la conciencia es libre.» ¿Y no te parece que tenga razón? ¿No es verdad que solamente en una conciencia libre puede nacer una fe cierta?

LA MADRE.—Bien... si en algunos momentos, tú crees en Dios, ¿cómo no piensas jamás, pobre hijo mío, tú que piensas cambiar el mundo, que si la sociedad está constituida tal como lo está, es porque Dios lo consiente?

EL HIJO.—¡No, madre mía, no lo pienso: el mundo de hoy es enteramente distinto del que era hace siglos! ¿Admites esto? Pues bien: si ha cambiado tanto, es porque Dios lo consiente. Y si ha consentido que se mudase en el pasado, ¿por qué no habría de consentir que se cambie en lo futuro? ¿Qué creyente puede afirmar que la forma actual de la sociedad sea la última que consiente Dios, que ha destinado El para que no se vuelva á mudar jamás, que todos los desórdenes y los males inherentes á ella en la actualidad quiere Dios que sean mantenidos

para siempre? Si existe una cosa enteramente clara y manifiesta, es que Dios *nos deja hacer*; porque si esto no fuera así, no tendríamos libertad, sin la cual no habría ni mérito ni culpa. Somos, por tanto, libres de hacer todo aquello que nos parece bien, y para destruir todo aquello que nos parece mal; de mudar la sociedad en el modo que nos parezca mejor para ella, y, pudiéndolo hacer, tenemos, ante Dios, el deber de hacerlo.

LA MADRE.—Será así... no lo niego; pero vuestro error es éste: ¡que vuestra Idea, como decís todos, es una utopia fundada sobre un concepto falso de la naturaleza de los hombres!

EL HIJO.—Pero entonces, querida mamá, la idea de Cristo de que todos los hombres se amen como hermanos, y los ricos den todo á los pobres, reduciéndose también ellos á serlo; de que se perdonen todas las ofensas, de que no se cuide nadie de ningún interés terreno, ¿no te parece también una utopia fundada sobre un concepto falso de la naturaleza de los hombres? ¿No ves que en mil novecientos años esta idea no se ha convertido en realidad, y crees que lo será alguna vez?

LA MADRE.— ¡Oh, el caso es muy distinto! Todo lo que prescribe el Evangelio puede ser, y cualquiera que quiera puede hacerlo. Supón que todos hagan lo que prescribe y el mundo se cambiará mejorando, y cambiará la sociedad como tú desees. ¡Mira, pues, cómo basta la Religión para esas aspiraciones!

EL HIJO.— No, madre mía, si bastase la Religión para mantener en el buen camino á los hombres y hacerlos caminar hacia adelante en esa buena vía, ¿por qué serían necesarias, aun entre los pueblos más religiosos, tantas leyes y tantas fuerzas para proteger vidas y haciendas, para refrenar y castigar, para conservar la paz ó el orden? Todo eso te dice que no basta la Religión. Y si no es suficiente para mantener aquel poco bien que existe, menos bastará para conseguir el bien mejor á que aspiramos.

LA MADRE.— Yo no sé, será... mas todos lo dicen: quereis un cambio imposible, una sociedad que habéis imaginado vosotros y que jamás ha existido ni nunca existirá.

EL HIJO.— Mas tampoco la sociedad tal y cual está ahora constituida, lo ha estado nunca, y la de hoy no está parada, sino que

marcha. Fijate un poco en lo que sucede á nuestro alrededor, madre mía, cuántas instituciones, leyes, costumbres, ideas, tendencias, de las cuales, cuando tú eras joven, no había indicios, ni siquiera se hablaba de estas cosas, acuérdate, y si se hablaba de alguna de esas ideas, eran tenidos por extravagantes y locos los que las defendían, y se aseguraba que nunca llegarían á realizarse. Pues bien: considera que todas esas cosas, organizaciones de los obreros, sociedades cooperativas, ligas de resistencia, leyes protectoras del trabajo, ideas de solidaridad y de igualdad, jurados populares, reivindicación de derechos y de reformas, luchas formidables entre patronos y obreros... recorre con el pensamiento el desenvolvimiento de todas estas cosas nuevas, y calcula para el porvenir, como harías con la mirada puesta en varias líneas convergentes, y comprenderás que todas esas fuerzas tienden á un fin solo, que es mejorar la condición de la muchedumbre; interroga á tu razón y verás cómo te dice que en el punto en el cual se encuentren esas líneas estará el socialismo ó alguna cosa semejante, con la cual se llegará á aquel ideal de un modo natural y lógico. Repara que

el mundo cambia. Tú estás cierta de que dentro de cien años será muy diferente de lo que es hoy. Ahora bien: ¿crees tú que entonces estará más próxima, ó más remota que ahora, la regeneración social que nosotros deseamos?

LA MADRE (*turbada*). — De estas cosas no estoy en condiciones de discutir contigo, querido hijo... pero por mucho que me digas, comprendé que siento hacia vuestras ideas una repugnancia... un terror, que algo significa.

EL HIJO. — Pero esa repugnancia, ese terror, piensa bien qué no son nuestras ideas lo que te lo infunden; te lo han infundido muchas cosas y personas que ignoran esas ideas, y que nos calumnian. Piensa que millones de hombres, por larguísimo tiempo, han creído de buena fe que los primeros cristianos que también vivían en medio de ellos eran unos malyados, capaces de toda infamia y de todo delito.

LA MADRE. — ¡Ah, no hagas semejante comparación, hijo mío! puede ser que el mundo haya de cambiar, como tú dices; pero no mudará mejorando, si no es con Dios. De Él sólo vienen los buenos sentimientos y las buenas ideas, y el corazón me

dice que vosotros no estáis con Él. ¿Qué será jamás el progreso, y la civilización, y todo aquello que tú quieres, sin la Religión?

EL HIJO. — ¿Y qué es la Religión sin las obras, querida madre? Examina un poco uno por uno nuestros propósitos. El socialismo quiere una sociedad en que no se pueda enriquecer nadie con el trabajo ajeno, ni vivir sin trabajar; en la que el que trabaje tenga derecho á vivir; en la que trabajando todos, la labor no sea excesiva para nadie, y de aquí que no embrutezca y no torture á nadie, dando al obrero tiempo y modo de restaurar sus fuerzas, cuidar la familia y cultivar su espíritu. Quiere el socialismo que cese esta necesidad fatal, que para alimentar la fábrica arranca las madres á los hijos y los hijos á las casas y á las escuelas, extenuando y corrompiendo mujeres y chiquillos, perpetuando la ignorancia en la multitud, y sembrando la muerte entre los débiles. Quiere el socialismo que cese esta concurrencia desenfrenada que es causa de tantas bajas pasiones, angustias y ruina; esta furia de adquirir, este terror por perder; esta mezela feroz de hombres que se disputan á bocados el palmo de tierra y los pedazos de pan: quiere

que desaparezca todo esto para dar paso y lugar á una sociedad no dividida por el orgullo y por el odio de clases, no irritada por el espectáculo de la desigualdad, de la injusticia y de la miseria inmerecida que contrista y descorazona toda conciencia recta: quiere, en suma, el socialismo que los hombres se pongan de acuerdo y se avengan, en cuanto sea posible, en la forma de una gran familia trabajadora, en la cual, si no se pueden suprimir las angustias y dolores y las desigualdades de la naturaleza, al menos el egoísmo esté contenido, los dolores consolados y la desigualdad atenuada por el afecto recíproco y por el sentimiento de los intereses comunes, con todo lo cual no será posible el espectáculo del hambre y la desesperación al lado de la abundancia y del fausto. Ahora bien: de todos estos deseos y propósitos, querida madre, ¿hay uno solo que se oponga á tu Religión? ¿Hay uno solo que tu corazón bueno y generoso pueda rechazar? Y dime todavía más, ¿se puede creer en un Dios bueno y justo sin creer al propio tiempo que Él desea la realización de este ideal? Tú dices que los buenos sentimientos proceden de Dios: entonces, madre mía, ¿de dónde viene á mi conciencia

este sentimiento de simpatía hacia la masa de gentes que trabajan con afán? ¿De dónde esta piedad, esta compasión que me hace llorar en el fondo de mi espíritu, este deseo de que se cumpla el bien, este odio hacia el mal y la injusticia, que ha destruído la paz de mi vida, y que me da, sin embargo, las más nobles alegrías que se pueden gozar en la tierra?

LA MADRE (*conmovida*).—Cierto... sí, te oigo hablar... y bien, si eres sincero (*con resolución imprevista, tomando la pequeña cruz que tiene al cuello y presentándosela con dulce sonrisa al hijo*), besa.

EL HIJO (*con sencillez*).—Ha amado á los pobres y consolado á los infelices, ha predicado la justicia, y murió por sus hermanos; pues bien: beso con toda mi alma! (*besa la cruz tres veces*).

LA MADRE (*con vivo arranque de emoción*).—¡Hijo mío! (*pero se contiene de pronto, presa de turbación, y pasándose una mano por la frente, dice*): y, sin embargo, no sé... no comprendo...

EL HIJO (*aparte y suspirando*).—He ahí la gran desgracia... ¡no comprenden! (*Después, con profunda ternura y con energía*). ¡Oh, madre mía, no puedo amarte más; pero

si en vez de censurarme y de contenerme, si en vez de dudar, me dijese un día: hijo mío, si tienes ese consuelo, ve, pienso contigo, combate por tu santo ideal, la bendición de tu madre te sigue, caería de rodillas delante de ti y de la cruz que llevas al cuello, y sería bueno como un ángel y fuerte como un héroe!

LA MADRE (*levándose el pañuelo á los ojos*).— No digas más, hijo mío... vete y déjame pensar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ¡TRABAJADORES, Á LAS URNAS!

Conferencia pronunciada en el Teatro Principal de Turin, con motivo de las elecciones municipales de 1894, tomada taquigráficamente.

**V**UESTROS compañeros de Comité electoral, que me invitaron á dirigiros la palabra, me sugirieron el asunto del discurso:— Excitar á los empleados de ferrocarril, especialmente á los obreros, á tomar parte en la elección, demostrándoles que deben tener interés en mandar al Concejo municipal representantes de la clase obrera á que pertenecen.

La cosa me pareció superflua. ¿Cómo —pensé,— hay todavía obreros que no estén persuadidos de esta verdad, de la cual están convencidos en el fondo del alma hasta muchos de aquellos que estimarían una imprudencia proclamarla? Y de repente se

si en vez de censurarme y de contenerme, si en vez de dudar, me dijese un día: hijo mío, si tienes ese consuelo, ve, pienso contigo, combate por tu santo ideal, la bendición de tu madre te sigue, caería de rodillas delante de ti y de la cruz que llevas al cuello, y sería bueno como un ángel y fuerte como un héroe!

LA MADRE (*levándose el pañuelo á los ojos*).— No digas más, hijo mío... vete y déjame pensar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ¡TRABAJADORES, Á LAS URNAS!

Conferencia pronunciada en el Teatro Principal de Turin, con motivo de las elecciones municipales de 1894, tomada taquigráficamente.

**V**UESTROS compañeros de Comité electoral, que me invitaron á dirigiros la palabra, me sugirieron el asunto del discurso:— Excitar á los empleados de ferrocarril, especialmente á los obreros, á tomar parte en la elección, demostrándoles que deben tener interés en mandar al Concejo municipal representantes de la clase obrera á que pertenecen.

La cosa me pareció superflua. ¿Cómo —pensé,— hay todavía obreros que no estén persuadidos de esta verdad, de la cual están convencidos en el fondo del alma hasta muchos de aquellos que estimarían una imprudencia proclamarla? Y de repente se

presentó á mi imaginación que el primero y más eficaz medio de sacudir á los indiferentes y convencer á los hostiles habría sido referirles aquello que me dicen diariamente los que combaten nuestras ideas por utopistas, de progreso, de redención, de la misión política y económica de las clases obreras.

Estas ideas, me dicen, están en vosotros, los burgueses extraviados y alucinados; y no en vuestros adulados trabajadores; ó no están mas que una infima minoría de ellos á los que habéis contagiado con vuestra enfermedad cerebral. ¿Cómo podéis hablar seriamente de sus aspiraciones y sus propósitos, cuando no hay cinco de diez que puedan coordinar una idea, cuando la mayor parte no se preocupa en manera alguna de las luchas á las cuales la llamáis con tanta insistencia, cuando no han dado todavía ninguna formal manifestación de solidaridad, de armonía, de unidad de propósitos, cuando han probado, antes por el contrario, de mil maneras que la clase obrera como entidad colectiva no existe aún? Decís que las clases directoras, que la burguesía, es débil porque está herida por la división de los partidos, dañada por mil

contrastes de intereses distintos, diversificada en diez credos diferentes; y que por esto no opondrá larga resistencia al movimiento progresivo de las clases inferiores. ¡Pero están éstas más divididas y más débiles! Nosotros, ante un peligro en nuestro interés común, nos uniremos en un solo haz, y ya lo comprendéis vosotros y lo anunciáis de antemano. Ellos, los obreros, no se unen, en cambio, en su interés común. ¿Qué nos importa que sean el número, si no estando de acuerdo, ni siendo activos, no pueden ser la fuerza, sin la cual no prevalece el derecho para nada ni nunca? ¿Qué nos importa que las papeletas electorales puedan ser, como dicen, el instrumento de su emancipación, si ellos no se sirven de esa arma ó la emplean en contra de ellos mismos y la ponen al servicio de cualquiera que se la reclama? No estando unidos en el ejercicio de los medios legales y pacíficos, no lo estarán jamás tampoco, ni lo podrán estar nunca, en el uso de los medios violentos y de fuerza. Nosotros podemos, por consiguiente, descansar tranquilos y repetir cien veces á quien nos hable de un ejército de obreros, que ese ejército no existe y que no hay sino cabos y patrullas dispersas, y

que la gran muchedumbre se ríe de vuestra conquista de los poderes, y que vosotros soñais despiertos!

Así se razona.

A vosotros toca desmentir con los hechos estas aseveraciones. Yo procuraré persuadiros para desmentirlo. No tendré necesidad de hablaros como socialista. El interés que tienen los obreros para organizarse, para concertarse, mandando a la Administración municipal y al Parlamento compañeros suyos, existe, según mi entender, hasta fuera de la razón del socialismo. No hay necesidad de creer posible ó inevitable en el porvenir una determinada reorganización social para comprender aquel interés. Basta desear la mejora de vuestra condición, como todos la deseamos; basta creerla realizable, como todos la creéis; basta comprender que así como ninguna mejora importante en el estado de las clases inferiores puede sobrevenir sin sacrificio grave de las clases dominantes, y sobre sacrificios espontáneos, siendo como es la naturaleza humana es ilógico creer posible su realización, así esas mejoras necesitan

ser conquistadas; ninguna conquista se logra por una clase social sin lucha, y en ninguna lucha se vence sin la fuerza, y la fuerza no se consigue sin la unanimidad del pensamiento de la clase correspondiente. Ahora bien: este acuerdo es posible, es razonable, se debe realizar hasta en los trabajadores que no tengan una misma idea y un mismo sentimiento con respecto al socialismo. ¿No se debe quizás, antes de llegar a esto, pasar por una serie de reformas y de conquistas menores, que todos quieran igualmente? A vosotros os toca argumentar. ¡Mas, qué os digo esto á vosotros, cuando muchos burgueses están persuadidos de esta misma verdad!

Hay muchos hostiles al socialismo y que lo creen irrealizable; pero que también, siendo honrados, lo ven con ojos favorables y apresuran con el buen deseo el movimiento de organización de las clases trabajadoras, aunque sea bajo la bandera socialista, como el único medio que queda para llegar á reformas radicales en beneficio de todos, sin las cuales creen también ellos inevitables grandes trastornos, funestos para la sociedad. Y hacen el siguiente razonamiento, que no carece de lógica: «O

tienen razón los socialistas, los cuales afirman, no ya que quieren rehacer el mundo bajo un diseño de su fantasía, sino que solicitan sólo una transformación á la cual la sociedad es conducida irresistiblemente por la fuerza misma de las leyes vitales que la rigen; — y si esto es verdad, si la transformación es inevitable, no sólo es inútil oponerse á ella, sino que es lógico secundar el movimiento. O es verdad lo contrario, ó sea: que esta transformación no es necesaria, y la sociedad no tiende hacia ella, antes bien la repugna y rechazará: — y entonces esa transformación no vendrá por el solo hecho de que los socialistas la quieran, porque se opondrá á ello una fuerza invencible, contra la cual todos los conatos socialistas se estrellarán, lo mismo que si se tratara de una ley natural; y en este segundo caso, no hay nada que temer, y se debe secundar igualmente un movimiento, el cual, sin llegar á la meta que se propone, y de la cual nosotros huimos previsores, producirá, sin embargo, beneficios grandísimos que no es posible conseguir por otro camino».

¿Queréis vosotros ser menos atrevidos que estos prudentes conservadores?

\*  
\*  
\*

Vengamos ahora al fondo del asunto.

¿No os parece una anomalía singularísima que en los Ayuntamientos de ciudades de cientos de miles de habitantes, donde se ventilan intereses de todas las clases sociales, todas ellas tengan personal representación excepto la más numerosa, que es la que necesita también mayor tutela? Yo creo que la cosa parecerá un día tan extraña, que se buscará la causa, con la misma curiosidad con que se busca aquellos de los más singulares fenómenos sociales de los tiempos pasados.

Yo me imaginó á un extranjero semibárbaro, pero de mucho ingenio, llovido aquí desde un país en que no haya idea del régimen representativo. Lo coloco con el pensamiento en uno de esos consejos municipales, y me parece oírle decir: «¿Pero cómo es esto? Hé aquí una Asamblea en que se habla á cada instante de los intereses del trabajo y de los trabajadores, en la cual uno acusa á otro á cada paso, de no ser verdadero intérprete de los sentimientos de aquéllos y de sus aspiraciones, y sin embargo, no hay uno solo que sea obrero, ni uno solo que pueda decir con verdad: *nuestros* sentimientos, *nuestras* aspiraciones, *nuestras*

necesidades, son éstas ó aquéllas.» Después de haberse hecho explicar este extranjero el por qué, á la persona que tuviese más cerea, y de qué manera se forma esta Asamblea, diría *mi semibárbaro* á su *cicerone*: «Comprendido, aquí no hay obreros, porque los obreros no son electores.» —No, señor, si lo son, le responderían, y disponen de miles de votos. —Entonces, respondería, son electores, pero no son elegibles. —Si, señor, también son elegibles, como todos los demás electores lo son. —Comprendido, volvería á decir el extranjero, son elegibles, pero ellos no eligen á ninguno de los suyos porque no hay nadie entre sus filas que sepa hablar ni escribir. —Tampoco, se engaña usted: hay muchos que hablan admirablemente de sus propios intereses en sus reuniones profesionales ó de partido, y hay muchos también que saben manejar la pluma magistralmente, tanto, que si se fundase un diario como el de *El Buen Sentido*, fundado en París el año 1848, abierto á todos los trabajadores, se harían en él descubrimientos literarios curiosísimos. —Ahora si que he comprendido, añadiría el extranjero; no eligen á ninguno de su propia clase porque ven sus propios intereses tan perfec-

tamente patrocinados por los representantes de las clases burguesas, que estiman inútil tener representantes obreros y se dan por ampliamente satisfechos. —Pues tampoco, no señor, no están satisfechos, se quejan, dicen que tienen que hacer valer sus razones, claman sobre que hay injusticias que es preciso corregir, exponen reformas que hay que proponer y cosas que es preciso realizar, —y entonces... entonces *mi semi-bárbaro* acabaría por no comprender una palabra.

Me detengo un instante en la última suposición de este extranjero imaginario, porque expresa quizá el pensamiento de algunos de vosotros; me detengó para decir que ningún representante burgués, por sincero que sea y por muy eficaz defensor que pueda ser de la clase obrera, jamás en ninguna Asamblea puede tener nadie la eficacia particular de uno de vosotros en la defensa de los intereses obreros, porque uno de vosotros representa no sólo, con su propia persona, vuestras aspiraciones y puede hablar de las necesidades que siente él mismo y de los sacrificios que cumple y que ha

llevado á cabo, sino que protegerá los intereses del trabajo que hace y del cual vive. Está en relación íntima, fraternal y continua ese obrero con sus representados, no hallándose ligado á los representantes de intereses diferentes ú opuestos por mil sutilísimos vínculos que no es posible romper, de amistad antigua, de identidad de costumbres, de ideas comunes en otros campos y horizontes; no se halla embarazado por el hecho de haber profesado en otras épocas opiniones distintas de las que hoy mantiene ó de haber sido por éstas antes indiferente; no será sospechoso de falta de sinceridad... porque estamos todavía en estos momentos en tal situación, que parece ilógico y extraño que uno se apasione y combata por intereses, aunque sean sacrosantos, pero que no se hallan estrechamente ligados á uno mismo ó contrarios á los de la propia clase; y por tanto, la idea última que despierta en los que escuchan á un defensor de vuestra clase que no pertenece á ella, no es que pueda ser un hombre generoso, sino que levantará en su auditorio y en la mente de sus adversarios la sospecha de que es un impostor.

\* \* \*

Cierto que me doy cuenta de las dudas que asaltan á muchos de vosotros con este motivo: dudas que no se ocurren á los obreros de los municipios rurales. En ellos el trabajador ve participar en la Administración pública á personas de su misma clase, de cultura no superior á la suya y que tratan de los pequeños intereses comunales con la sencillez y con el lenguaje que ellos mismos emplean; les parece por consiguiente natural y no puede parecerles inútil enviar al Ayuntamiento, para Concejales, á uno de los suyos.

La cosa es distinta, como comprendéis, en las grandes ciudades. Habitados por la tradición, á ver sentarse en los escaños del Concejo municipal á ciudadanos de una sola clase, al ver representado en ellos, con amplia representación, á la ciencia, al ingenio, á la experiencia de los negocios, á la riqueza, y las discusiones levantadas con frecuencia por encima del nivel de su círculo de conocimientos y de ideas, los obreros han acabado por considerar aquella representación casi como un privilegio señorial, y no pueden comprender cómo un compa-

fiero suyo podría tomar parte allí con utilidad, no llegando á figurarse en aquel sitio á un obrero sino como un tráfuga de su propio partido, para poder influir en el Ayuntamiento, ó como un inepto; pero estáis en un error. El obrero no considera que su compañero iría al Municipio á representar un orden de ideas suyas propias de intereses, de las cuales tiene experiencias y conocimientos prácticos, de cuestiones en las que posee un criterio preciso; no piensa que en toda discusión tiene un gran valor también una sola idea precisa que podrá siempre ser expuesta con nitidez, aunque la forma de la palabra sea ruda; que aquello que en muchas discusiones le parecen superiores á su inteligencia y á su cultura, no es más que hojarasca académica ó curialesca, arrojada sobre la vacuidad de los argumentos; que el buen sentido está en todas partes y que es en todo asunto la primera fuerza y que una gran parte del charlatanismo deplorable á que se abandonan con frecuencia las más ilustradas asambleas se origina precisamente de no haber en ellas suficiente número de oradores ingenuos y sencillos á quienes falta el arte de agrandar las sutilezas, intrincar y

confundir todas cuantas cuestiones se presentan, en vez de atenerse estrictamente al fondo de los asuntos, como suele hacer el hombre inculto, siempre que está poseído y persuadido de una idea.

Por otra parte, conviene que los trabajadores se convenzan de que su clase no se levantará jamás hasta tanto que un gran número de ellos haya pasado por aquella insustituible é incomparable escuela de la administración pública y de las administraciones privadas; y entiendo por administraciones privadas, la de sus respectivas sociedades y corporaciones. En esta escuela se formó la mayor parte de aquellos cuarenta y cuatro Diputados del Parlamento alemán: mecánicos, zapateros, carpinteros, doradores, obreros de todas clases y de todos oficios, en muchos de los cuales reconocen aun sus mismos adversarios y á veces hasta con palabras de admiración, cultura variada, habilidad parlamentaria y en la discusión concerniente á las ideas y á los intereses de su propio partido, extraordinaria elocuencia. En esta escuela se formó aquel benemérito Anseele flamen-

co, fundador de aquel admirable conjunta de Cooperativas de consumo y de producción, el *Vooruit*, ejemplo el más afortunado de la organización socialista que se haya realizado hasta el día. En esta escuela se educó Luis Bertrand, obrero marmolista en quien parece encarnado el genio organizador de su raza, que de un extremo al otro de su país fundó Sociedades cooperativas, Casas del pueblo, Círculos de estudios sociales y que, unido á Volders, constituye el alma del partido obrero belga, respetado y admirado hasta de los más apasionados enemigos y detractores de su obra. Y en la misma escuela crecieron todos aquellos obreros de su nación, los cuales, en el último Congreso internacional de Bruselas, dieron pruebas de tal sentido práctico, de tanta claridad de ideas, de tan amplio conocimiento de muchas cuestiones sociales y económicas, que si los hubiesen oído ciertos hombres de orden de una gran ciudad italiana, reunidos el invierno último en Asamblea para proveer á los negocios propios, hubieran deplorado hasta más amargamente, de cuanto hicieron los funestos efectos de la instrucción popular.

Comprendo otra dificultad que se opone en muchos trabajadores á la concordia en la lucha electoral, y os la indico sin sombra de intención de dirigiros una censura. La dificultad reside en vuestro defecto... ¿Vuestro? No, es de todos los hombres y que se deja sentir en todas las clases, pero es natural y excusable que se sienta en la vuestra, acaso más fuertemente que en los restantes.

En la clase que tiene más fundadas razones para quejarse de las injustas desigualdades sociales, se comprende cómo ha de ser también más viva la resistencia para conferir á los propios iguales una forma cualquiera de superioridad: como se desconfía más fácilmente de compañeros que aspiran á levantarse y hasta de aquellos que se elevan á pesar suyo: como surge la sospecha de que quien sale de sus propias filas puede abusar de la autoridad y de la fortuna; pero es también una tendencia á la cual conviene resistir á toda costa. Ya lo dijo un valiente trabajador francés á sus camaradas con palabras esculpidas, que yo quiero repetir, no sólo porque pueden referirse á vosotros sus censuras, sino también para mostrar que el mal existe en todos los países.

—«Cierto es —dijo— que la obra es lar-

ga y penosa y erizada de dificultades; pero si nosotros no llegamos á unirnos en un espíritu de amplia y fuerte solidaridad; si pasamos el tiempo hiriéndonos los unos á los otros, parodiando á la burguesía en sus disputas vanas; si nos divertimos en jugar á las capillas, las iglesias y las camarillas; si no matamos en nosotros mismas aquel deplorable sentido de celos por los cuales no podemos soportar en nuestras filas ninguna superioridad intelectual; si no nos elegimos jefes mas que para obligarlos á obedecer nuestra voluble voluntad ó capricho, y no para seguir la dirección que ellos nos marcan y para escuchar sus consejos; si, en una palabra, no conseguimos gobernarnos á nosotros mismos, no conseguiremos jamás lograr nada en nuestro propósito».

Y sin duda es la virtud opuesta á este defecto la que constituye la principal fuerza de aquel gran partido obrero de Alemania, en el cual la adhesión hacia los jefes es más profunda que en todos los demás partidos del Imperio, llegando á veces hasta el exceso, hasta una ciega sumisión.

Pero es porque allí se comprende bien lo que en todas partes se debería comprender, á saber: que si es posible imaginar una

sociedad en la cual todas las desigualdades económicas y sociales estén suprimidas, si se quiere, hasta en forma absoluta, no es posible imaginar una en que estén también suprimidas las influencias de la superioridad, de la inteligencia y del carácter, y que se censure como una falta la ambición, tomada en el buen sentido de la palabra; porque querer quitar á las facultades y á las obras excepcionales de los hombres (fuera de toda compensación excepcional económica) hasta las satisfacciones de una ambición legítima, es querer esterilizar, paralizar la naturaleza humana. ¡Y si los que tienen celos supiesen cuán pobre y mezquina cosa significa las satisfacciones de la ambición personal; con cuántas secretas mortificaciones de amor propio se rebaja; por cuántas amarguras se perturba, singularmente en los que son lanzados hacia adelante á combatir entre una clase social que no es la suya.... en vez de envidiar esos que sienten el roedor de los celos, á los compañeros que sobresalen y se colocan á la cabeza ó en primera línea, no harían otra cosa, estoy seguro, que animarlos y confortarlos con cariño de hermanos!

Veamos el ejemplo que nos ofrecen otros países, Francia, en primer término; Francia, donde se acusaba al partido obrero de ser «un fangal de los grupos disidentes», incapaz, de diez años á esta parte, de haber dado un solo paso.

Antes de las últimas elecciones no existían más que dos Ayuntamientos socialistas. (Y siento no disponer de tiempo para señalar las muchas reformas atrevidas y benéficas llevadas á cabo por uno de ellos, que hasta provocó el aplauso por su sabia administración, del mismo Prefecto del Sena.) Y bien: en las elecciones de 1892, el partido obrero socialista, de acuerdo con el programa del Congreso nacional de Lyon, presentó candidaturas propias en más de 80 Municipios. En el primer escrutinio obtuvo más de 100.000 sufragios, logrando el triunfo de 450 de sus candidatos. En Marsella salieron victoriosos todos los presentados por el partido, con una mayoría de 6.000 votos sobre sus adversarios. En otros 16 Concejos municipales ocupó todos los puestos el partido, con grandes mayorías asimismo. En los empates triunfaron 200 candidatos obreros más, con el concurso de 50.000 votos depositados en las

urnas, además de los de la primera elección. En resumen: 26 Ayuntamientos ganados por completo, y otros muchos á los cuales el partido obrero llevó su representación, aunque luchando con nefandas coaliciones; y así y todo, las minorías conseguidas fueron anuncio de futuras victorias. Y cuenta que no sólo ocurrió lo que acabo de indicar en las ciudades fabriles ó industriales, sino hasta en la región más conservadora de Francia, en el corazón de la vieja Bretaña; allí fué elegida una municipalidad entera socialista, ¡por una mayoría de 700 votantes! No hay para qué decir que se pusieron en juego contra el partido socialista todo género de malas artes, amenazas y demás, y donde no se venció en el primer escrutinio, se coligaron, como queda dicho, todos los partidos contrarios, en contubernios, á veces repugnantes, para la segunda elección. Por todo lo cual, no parece aventurado predecir que en las elecciones municipales del año 1896 vendrá á las manos del partido socialista la administración local de gran número de los Concejos municipales de Francia. Ya van apareciendo los síntomas que lo anuncian claramente hasta en las poblaciones rurales; graves síntomas,

que perciben é inquietan á los conservadores franceses, clamando contra la revolución del *fin del mundo*. ¡Claro está que este *fin del mundo* lo que quiere decir es el fin de la gobernación y administración de ellos, de los conservadores!

En Alemania, la organización general del partido está reforzada por gran número de circunscripciones de las llamadas *Sociedades electorales*, que son como los focos del socialismo municipal, y que convocan en plazos determinados asambleas populares, siempre numerosísimas, en las que todas las cuestiones locales relacionadas con los intereses de los trabajadores, se discuten ampliamente. Las Sociedades toman parte muy activa en las elecciones de los Concejos comunales. Si no obtuvieron hasta el presente grandes resultados, se debe exclusivamente á la restricción del sufragio. No existe Municipio importante en el que, en el invierno último, no hayan dichas sociedades propuesto medidas varias, encaminadas á proveer con subsidios eficaces á los Ayuntamientos ó al Estado para las

más urgentes miserias, trabajando valerosamente por la adopción de un programa práctico de reformas dirigidas á la supresión de la holganza y hasta á la reorganización de las escuelas, desde la abolición de los impuestos indirectos hasta la adjudicación á los Concejos de todos los servicios públicos desempeñados ahora por los particulares. El día que consigan la ampliación del sufragio, sus victorias no se harán esperar.

Y no puede parecer aventurado presagio para quien conozca el ardor con el cual toman parte en las elecciones en aquel país, no solamente los operarios, sino también sus mismas familias en masa; ¡con qué infatigable actividad las mujeres, casi las mujeres exclusivamente, cumplen el trabajo de distribución de las candidaturas ó de los manifiestos, constituyéndose en Comité electoral para excitar á las compañeras á concurrir á la labor de ellas, y recorren los barrios extremos los días de escrutinio, despertando á los indolentes, y aun llevando á rastras para votar á los recalitrantes! Porque ellas comprenden mejor, si cabe, que los hombres qué significa y qué vale el voto: un pobre pedazo de papel

que turba el sueño de los dominadores, como si en él fuese escrita su sentencia! Y que no se puede suprimir, porque sería peligroso y atrevido; y que no se puede denunciar, porque en él no van escritos otra cosa que nombres; y que no se venden esos pedacillos de papel, porque el portador, antes vendería la camisa que la fe!

Dejadme todavía que yo recuerde, para dar valor á todos, las admirables *Uniones de los oficios*, de Inglaterra, que cuentan millones de trabajadores, y que pasaron por tantas luchas, experimentaron tantas adversidades, que, templadas así, son actualmente poderosas, precedidas de esa vanguardia socialista de las *Nuevas uniones*, socialistas también á su vez ellas, ahora, en el fondo, como se demostró en el último Congreso de Belfast y en las recientes elecciones locales; continuamente vigorizadas é impulsadas hacia adelante por las generaciones jóvenes, frescas, lozanas, llenas de fuerza y de esperanzas.

Treinta años ha—como escribió en estos días cierto autorizado Diputado en la

Cámara de los Comunes—el nombre de esas sociedades sonaba como á censura y hasta á injuria; surgía, sin embargo, aunque rara vez, algún hombre osado que en el Parlamento tomaba su defensa; se las atacaba violentamente desde la Tribuna, desde la Prensa, desde el púlpito; en el año de 1867 se decretó su supresión. Y ahora, no sólo han logrado dichas sociedades admirables conquistas en la legislación á su favor y en pro de los beneficios para el trabajo; no sólo se han librado poco á poco de todas las viejas leyes que las contenían y que hasta anulaban su acción, sino que ejercen un maravilloso influjo en los Concejos municipales y provinciales, en los de Instrucción y en todas las Corporaciones locales. Ahora son alabadas por los hombres de Estado y por la prensa de todos matices; los Gobiernos acceden á sus peticiones y adoptan sus consejos, las instituciones de todas clases aceptan sus deliberaciones con respecto á los contratos de los obreros y patronos, con respecto á los salarios, y sus principios se insinúan é infiltran en todas las capas sociales, y su acción conquista al mundo industrial y se ensancha y dilata hasta el Parlamento. Y, notadlo bien:

han conservado inalterable su carácter obrero, estando constituidas por operarios, hechas por ellos y por ellos dirigidas. Ni los celos y las discordias individuales que existen allí, como en todas partes, ni los tribunos que procuran suplantarse alternativamente, ni los ambiciosos que tienden á formarse un partido, debilitan la enorme fuerza de sus apretadas y concordes filas: aquella enorme fuerza de organización y de fe, que hizo decir á Luis Kociusko en los postreros días de su vida, á un publicista aquí presente: «¡Creedme, el socialismo derribará todo!»

¿Y habrá necesidad ahora de que yo os demuestre con otros argumentos lo que me propuse demostraros? Ciertamente que la conquista del Poder político debe colocarse por cima de la de los Municipios: es lo que dice por mi boca uno de los publicistas más notables, y voy á repetir sus propias palabras: «Importa que vayan al Parlamento representantes de los trabajadores, aunque no fuese más que para indicar la fuerza y la cohesión del partido; para ejercer un sindicato continuo, al menos de una eficacia

abstracta; á fin de alzar la voz resuelta en favor de todas las libertades á que tiene derecho, y de qué necesita la Idea para desenvolverse. Pero mientras que esos representantes no sean sino una exigua minoría (es decir, por mucho tiempo, por demasiado), no hay otro medio que esperar, y esperar solamente de ellos; y no debemos hacernos ilusiones de que obtengan importantes modificaciones en aquellas pequeñas reformas sociales que aparecen de vez en cuando hasta en nuestras Cámaras.» Ahora bien: la lucha en los Ayuntamientos, aparte de otras ventajas inmediatas, presenta hasta la de dar al partido obrero movimiento y vigor, disciplinado, adiestrado en una acción ordenada y provechosa para las elecciones políticas. En Francia, antes de la Revolución, fueron las Asambleas provinciales, fueron los Concejos comunales, de Concejo ó de parroquia, aquellos en que la burguesía se ordenó y preparó para la acción que había de conducirla al triunfo. La misma Revolución italiana que nos condujo á la unidad nacional, se ha beneficiado en gran manera por estas luchas municipales, y especialmente en el Mediodía se ha alimentado de ellas, y por ellas se ha elevado.

Y es evidente que sucederá lo mismo con la Idea que une ahora á los trabajadores. En los Ayuntamientos rurales más pequeños ya se consiguieron señaladas victorias, de las cuales no citaré sino la última, la de Gualtieri, lograda después de un año de comisario regio. Ahora toca á las grandes ciudades imitar el ejemplo. A vosotros corresponde, especialmente, hacer que Turin no tenga esta poco agradable singularidad de ser la última de las grandes ciudades italianas que envia á su Municipio un concejal obrero.

Pero ya escucho objetarme:—¡Cuánto tiempo será preciso esperar las ventajas que se nos prometen, si ellas no han de llegar hasta que nuestro partido sea una mayoría! Hasta eso mismo es un error. Muchos y grandes beneficios precederán á la victoria final. Haced que los trabajadores den pruebas de concordia, de unidad de miras y de resolución, que empiecen á lograr triunfos electorales notables, y veréis cuántas cosas cambian en el acto. Donde están divididos cada uno de ellos no tiene sino la ínfima importancia que puede tener

un obrero; pero donde forman asociaciones vastas y unánimes que demuestran su poderio y su incremento continuo y vigoroso, la consideración que inspira el conjunto de las fuerzas se refleja en cada uno de ellos.

Antes de obtener ventajas materiales advertiréis cada uno de vosotros, hasta en sus relaciones individuales con personas de otra clase social, que os encontráis en una condición distinta; la conciencia misma de la fuerza colectiva de la propia clase daría á cada cual una nueva dignidad y una seguridad propia que nunca se tuvo anteriormente.

Pero ni aun las ventajas materiales se harían esperar; porque á quien muestra que tendrá la fuerza necesaria para obtener concesiones dentro de poco, muchas de éstas se anticipan, ya para demostrar que se conceden de buen grado, ya para huir del desdoro y desercido de que se las arrancan de mal grado ó por fuerza. Sucede lo que en las batallas, donde el solo avance de una tropa ordenada y resuelta hace con frecuencia retroceder al enemigo, mientras que el mismo número de los que atacan, si van desordenados y aparecen descompuestos, producen el efecto contrario, es decir,

dan valor á los enemigos. ¡Cuánto se disminuirán de pronto, siguiendo el sistema que os recomiendo, estas descaradas amenazas y persecuciones injustificadas, tan fáciles ahora y que causan tanto efecto en los individuos aislados! Se rien hoy de vuestra bandera. ¿Por qué? Porque sois pocos y ellos millares. Probad á juntaros en apretado haz todos alrededor de vuestra enseña, ¡y veréis cómo á vuestro paso se descubrirán hasta las frentes más soberbias!

Afortunadamente, es otro error aquel en que incurren muchos de vosotros, midiendo el tiempo que emplearán las nuevas ideas en andar su camino victorioso, juzgándolo por el que emplearon hasta ahora en recorrer el primer trozo de su marcha, y deduciendo de semejante cómputo una razón más de desaliento. No, el cálculo es equivocado.

Todas las ideas sociales que tienen en su seno una razón poderosa de existencia caminan con lo que se llama el movimiento acelerado de los graves al caer; tropiezan hasta tomar forma, dan sus primeros pasos

lentísimamente, parece que á cada avance se detienen, luego toman una marcha regular, después se precipitan, y, finalmente, corren y su carrera se convierte al cabo en un volar de tal rapidez, que hace estremecer hasta á los más atrevidos.

Basta comparar, para penetrarse de lo que acabo de decir, el camino hecho por la idea socialista, hasta en nuestro país, en el último quinquenio, con el que anduvo en los primeros años, apenas surgida en nuestra generación. Los prosélitos venían entonces uno á uno, ó á racimos, pero que se podían contar; por largos intervalos de tiempo ninguno tenía noticia de la nueva *secta*; la Prensa no hablaba de ella sino en rarísimas ocasiones y vagamente, como de cosa perteneciente á un mundo lejano; hacía la doctrina no había sino diatribas, desprecios ó estupor. Ahora los nuevos creyentes acuden en tropel, á centenares; cada día que transcurre surge una oleada; no abris un periódico en el cual no encontréis escrito diez veces, casi á la fuerza, su bárbaro nombre de guerra; se pueden combatir á diario tales ideas, pero no se puede guardar silencio sobre ellas por veinticuatro horas; repercute su eco continuamente

en el Parlamento, en la Iglesia, en las escuelas; en el Parlamento mismo voces autorizadas y desdeñosas de otros partidos, á las cuales está obligado á escuchar hasta el Ministro de aquello que se llama todavía la Justicia, se alzan con fieras palabras contra los magistrados que juzgan á los nuevos rebeldes sin conocimiento de causa, ignorantes hasta de los elementos de su doctrina; no existe ya autoridad que no se vea precisada á estudiar la cuestión, para poder distinguir, disputar, gobernar; no hay publicación que de cerca ó de lejos se relacione con los intereses públicos, en la cual no se discuta ó se aluda, cuando menos, á las ideas socialistas; no se abre una exposición artística que carezca de una representación ó una manifestación de asuntos socialistas, ó una expresión más ó menos transparente de estos ideales; no se entabla conversación, por frívola que sea, hasta entre los calaveras más descreídos y menos serios, en que no aparezca, siquiera sea de pasada, como una sombra, el para tantos malhadado argumento de la cuestión social.

Se confunden todavía con ella, de buena ó de mala fe, doctrinas diversas y opuestas; se calumnia á los hombres que profe-

san semejantes ideas; se callan ó se aminoran sus triunfos, se anuncia que morirá la idea ó de tisis ó por el plomo; pero ya no se ríe nadie á su costa, ó si se ríe alguien, es con aquella sonrisa en que se enseñan los dientes y se arruga la piel, pero que no aparece en los ojos la hilaridad verdadera que arranca del fondo del corazón.

Y este gran cambio entre nosotros ha ocurrido en cinco años, desde 1890, después del primer 1.<sup>o</sup> de Mayo. Suponed, pues, cuál será dentro de otros cinco años, cuando la masa de los trabajadores haya dado pruebas de concordia y de vitalidad. Porque, estad ciertos, una de las más fuertes razones por las que no se ponen de parte de las nuevas ideas abiertamente, y á su servicio, muchas gentes que os son favorables y que simpatizan con esos ideales en el fondo de su alma — aunque os rechacen sus intereses de clase, — es por el espectáculo de la apatía de la clase misma por la que estarían dispuestos á combatir. ¿A qué, dicen, turbar la vida y precipitar el daño propio, por una muchedumbre que carece de la conciencia de los tiempos, de fe en ella misma, y que parece resignada á los males de que se queja, y determinada á no pedir

nada y á nada hacer, ni siquiera con los medios que la ley pone en su mano? Encerrémonos en un tranquilo egoísmo, y que el mundo vaya por donde quiera.

Y éstos son muchos más de los que creéis. Como son más de los que creéis aquellos á los cuales aludí al principio, quienes, no siendo socialistas, están persuadidos de que la organización de las clases trabajadoras y su participación en el Poder, son una condición indispensable del progreso social.

De uno de éstos, de un valiente economista, refiero el razonamiento para aquellos de vosotros que pueden decir: —Yo no voto por obreros, porque no son socialistas.—Vuestra condena, dijo hace poco, es que la clase burguesa es totalmente escéptica y pesimista. Ahora bien: el pesimismo para él es un fenómeno de clase. Y aduce precisamente como prueba que al principio del siglo, en Francia, toda la burguesía liberal que sentía ya llegado su reino, no produjo más que escritores optimistas; la nota pesimista salía de los escritores aristocráticos, quienes percibían que su clase

agonizaba, moría, ó, mejor dicho, era absorbida. Ahora bien, añade, nosotros no damos sino escritores escépticos y pesimistas, en cuyas páginas no hay un solo principio de reforma moral, ni una palabra que exprese fe en el porvenir.

Las clases trabajadoras, por el contrario, son optimistas, al presente, como no lo fueron jamás; la reforma económica, como la reforma moral, vendrá á nosotros, pues, de aquellos que están abajo, de aquella multitud obscura en que palpita un sentimiento humano, que falta en nosotros, hombres ávidos y frios. Cuando ella se mueva para la conquista del Poder público y la asociación la haya mejorado, y la lucha la haya hecho más fuerte, esa muchedumbre operará un cambio hasta en nuestras ideas morales. Hacer que el Poder político no siga siendo un monopolio, es decir, que no pertenezca mas á una clase sola, que tiene los mismos instintos y las mismas necesidades, y veréis: la función de fiscalización y de fiel contraste, la moralizará. Aquellas reformas que ahora no se quieren por ciego espíritu de clase, se llevarán á cabo entonces por necesidad; toda nuestra vida social sentirá su influjo, y un muy otro concepto de

la vida acabará por triunfar y prevalecer. El feudalismo acabó, no por revoluciones, no porque los hombres llegaron á ser mejores, sino porque aumentada la producción, crecido el cambio, consolidadas las relaciones sociales, condensada la población, de útil que era cuando nació, se había convertido en dañoso é insoportable. Y lo que ocurrió con la aristocracia, sucederá con la clase que la venció, que es la clase media ó burguesa. Cuando la técnica industrial haya progresado más y más; cuando la concurrencia sea oprimida ó por la victoria duradera del más fuerte, ó por la asociación; cuando la producción llegue á ser absolutamente mecánica, la burguesía subsistirá, sin embargo, todavía, porque tiene en su pro cualidades de iniciativa, de orden y de economía que faltarán aún por mucho tiempo á las demás clases sociales, pero su función se debilitará, y el órgano mismo, debilitándose la función, acabará también por debilitarse. Este grande movimiento obrero es, pues, lógico, necesario, benéfico. Y notad que á quien expresa este pensamiento, la íntegra actuación del socialismo le parece un sueño.

Pero sus previsiones se avecinan mucho á aquel sueño.

Y ¿no es, con efecto, un sueño el de un estado social fundado en el acuerdo, en lugar de hallarse fundado en la lucha por la existencia; el de un organismo en el que la producción y la repartición de las riquezas se verifiquen á la manera como se realizan las funciones de asimilación y de circulación en todo organismo vivo; el de una sociedad dividida, de un lado, en un pequeño número de vencedores á quienes parece están reservados todos los bienes de la civilización, todos los goees que produce la belleza, el arte, la ciencia, la independencia, todo lo que hace amar la vida, y de otro lado una inmensa masa inorgánica y oscura de vencidos, sin seguridad, sin bienestar, sin ilustración, casi relegada fuera de la luz y de la esperanza como una raza inferior?

¿Y ha de ser sueño una sociedad en que á cada hombre esté asegurado su trabajo, á cada trabajador una existencia de tal hombre, á ninguno el bienestar del ocio, á todos la cultura del espíritu, y en que la labor se honre de hecho y no con falsas palabras, y la justicia sea una realidad, no

un gusano, y la libertad un bien de todos, no un beneficio de algunos, y la igualdad — en cuanto lo consienta la ceguera de la fortuna — una verdad y no una irrisión?

¿Que sea realmente sueño una sociedad en la cual, delante de toda muchedumbre de personas de diferente condición, se pueda decir: — «En esta masa de gentes no hay una sola persona que viva á expensas del fruto del trabajo del prójimo, ni uno siquiera que pueda sacar el propio bien del mal ajeno; no hay un grupo de ciudadanos que desprecie á otro y lo amenace y lo tema, y viva separado de él como de un abismo; esta es una reunión inmensa de gentes todas civilizadas, sujetas á un pacto común, constituyendo una sola grande familia, y no un montón de bestias feroces vestidas de personas, que tratan de devorarse los unos á los otros, no un enjambre de salvajes barnizados de civilización, entre los cuales se erian tantas ambiciones, tantos odios, tantas envidias, tantas pasiones viles y criminales, que degradarian al mismo infierno?»

¿Que haya de ser sueño una sociedad en donde todo honrado trabajador pueda decir mirando en torno suyo: — «Estos son mis

aliados y mis hermanos; yo no quito nada á nadie y nadie me usurpa nada á mi; esta tierra en que nací es herencia común; todo este progreso, toda esta riqueza no es privilegio de algunos, sino nuestras, de todos, de ellos, de nosotros, de sus hijos, de la unión, de cuantos la crearon y la fecundan con el pensamiento, con los brazos y con la sangre?

¡Que una cosa tan sencilla, tan justa, tan bella, haya de ser un sueño!

¡¡¡Y un sueño penable con la reclusión entre doce y diez y ocho años!!!

¡Y esto en un país libre, después de cincuenta años de lucha contra la tiranía!

¡Y mientras el más descarado despilfarrero del Erario público, extraído de las venas y de los huesos del trabajador, ó se castiga con penas irrisorias ó queda impune y hasta triunfante el malversador de la fortuna nacional!

¡Y aun cuando fuese un sueño! ¡Mejor mil veces es creer en el sueño de los generosos, que resignarse á la abominable realidad contra los cuales los generosos combaten y que son sofocados por los opresores!

Pero no creo que sea un sueño, no. Para creerlo tendría que renunciar á la fe en el progreso humano. O se volverá atrás, ó se marchará por esa senda; y por esa via se camina.

En otra ocasión he señalado cómo esta tendencia aparece evidente en todos los países civilizados, en la marcha de todas las legislaciones, hasta en las menores transformaciones de todas las instituciones antiguas, en el surgir y desenvolverse de innumerables instituciones nuevas, en miles tentativas, proposiciones, experiencias, casi en todas partes rechazados ó enterrados, por ahora, porque por todas partes se representan con la vitalidad potente del germen en primavera que intenta y acaba por romper la envoltura que lo aprisiona.

Además, que por razones que se pueden decir en palabras, se está persuadido de una Idea, en virtud de una infinidad de impresiones, de sentimientos, de reflejos, de pensamientos que escapan al lenguaje humano; por una sucesión de visiones instantáneas de la mente que hacen gritar á la conciencia: — ¡he ahí la verdad! — y dejan en el alma una imborrable huella. Y cuando es así, la idea se convierte en fe,

contra la que se estrellan todos los argumentos, que confirman todos los acontecimientos, que las mismas contradicciones consolidan. Una fe que cuenta en sí misma fuerza impulsiva proporcionada á las resistencias que ha de encontrar en el mundo la verdad que ella encierra; una fe de la cual podremos decir claramente que las burlas y las injurias no llegan siquiera á la altura de nuestro desprecio.

Sí; yo creo que la sociedad lleva en su seno soluciones inesperadas para todas las dificultades que ahora hacen creer imposible la realización de la idea socialista. Creo que el gran milagro sin el cual ella no puede llegar á ponerse en práctica, la penetración del sentimiento individual con el sentimiento de la colectividad en el ánimo y en la vida del hombre, se cumplirá ante la irresistible evidencia del inmenso bien que se ha de conseguir. — ¡Fe, idealismo! — se exclamará compadeciéndonos, y responderemos con las palabras de un bueno y docto alemán (no socialista, notadlo bien), el cual ha escrito poco ha: — «Y bien, sí; la historia nos enseña que la fe y el idealismo son las dos grandes fuerzas que siempre han triunfado en el mundo.» — Y en el fondo,

están persuadidos de ello hasta los adversarios; solamente que, más sabios ó más prudentes que nosotros, ellos combatirán por la idea en tiempos más favorables, ó lo que es lo mismo, el día que haya vencido.

Pero para llegar á esto... más no hablemos de ello, puesto que el fin de nuestra reunión y de mis palabras está determinado previamente y restringido.

Para obtener un principio de mejoramiento en vuestras condiciones, debéis hacer sacrificios.

¡Sacrificios! He ahí una palabra cuyo uso y abuso ha desnaturalizado su significación propia. ¿Es quizá un sacrificio escribir el nombre de vuestros compañeros en una papeleta electoral sin perderse en vanas discusiones y sofocando los sentimientos personales que la conciencia reprueba, y renunciar á una hora de recreo para ir á cumplir un deber? Haced, pues, esto, y haced más: exhortad á vuestros camaradas á que os imiten; diga cada uno de vosotros á cada uno de aquéllos: — «¡Ven conmigo! El acto de depositar esta hoja de papel en la urna,

que te parece tan inútil, encierra tan grande valor, que para tener el derecho de verificarlo se derramaron torrentes de sangre.—Ejecutémoslo, pues, si no por nosotros, por nuestros hijos; porque si nosotros no lo llevamos á cabo, ellos no lo cumplirán y encontrarán la sociedad tal como nosotros la hemos encontrado. Votemos por nuestros compañeros, ya que no por otra cosa, para hacer ver que no es cierto lo que se dice de que vamos á emitir el sufragio como un montón de criados; que tenemos conciencia de nuestros intereses, sentimientos de justa altivez, voluntad, confianza en el porvenir.

Creed que al exhortaros así, no os hablo como socialista en interés de un partido, sino como ciudadano que quiere la dignidad, la prosperidad, la fuerza del país donde ha nacido, y al cual ama; dignidad, prosperidad, fuerza, que son palabras vanas donde las clases trabajadoras no luchan por levantarse. Creed á uno que os quiere bien, y que os quería siempre aunque no os lo decía y que os lo dice ahora sin segunda intención, puesto que no sólo no os pedirá jamás el voto para ir al Parlamento, pero que ni siquiera os lo pedirá para volver á la Casa

de la Villa; creed á uno cuyas ambiciones se reducen ahora á un solo deseo: el de poder decir antes que se acaben sus dias, la última vez que hable á los niños de las Escuelas públicas: — ¡Alegraos! Vosotros vereis una sociedad más justa y más feliz que aquella en que os dejo. — No; no tengo otro deseo que el de ver al proletariado italiano, es decir, al verdadero pueblo, fundamento y fin de todo, cuerpo y alma de la patria, caminar y avanzar triunfalmente en el bendito camino de su redención!

## ENTRE PADRE É HIJO

(FRAGMENTO DE UNA NARRACIÓN)

Alas diez de la mañana, cuando había vuelto de su acostumbrado paseo, y mientras su mujer y la muchacha encontrábanse en misa, se entraron por las puertas Alberto y la nuera. Él se lanzó al encuentro de su hijo, como si no lo hubiera visto en un mes. Entraron ambos en la sala de estudio, inundada de luz, y ambos, tan frescos, hermosos y bien vestidos, rebosando juventud y alegría, al punto de que Bianchini no pudo contener una exclamación de placer, permaneciendo un momento inmóvil para mirarlos.

¡Oh, aquel Alberto, aquel querido hijo, cada vez que lo veía, estaba tentado por meterle la mano entre el bosque de rubios y rizados cabellos, como de pequeño lo hacía, perdiéndose los dedos entre aquella

de la Villa; creed á uno cuyas ambiciones se reducen ahora á un solo deseo: el de poder decir antes que se acaben sus dias, la última vez que hable á los niños de las Escuelas públicas: — ¡Alegraos! Vosotros vereis una sociedad más justa y más feliz que aquella en que os dejo. — No; no tengo otro deseo que el de ver al proletariado italiano, es decir, al verdadero pueblo, fundamento y fin de todo, cuerpo y alma de la patria, caminar y avanzar triunfalmente en el bendito camino de su redención!

## ENTRE PADRE É HIJO

(FRAGMENTO DE UNA NARRACIÓN)

A las diez de la mañana, cuando había vuelto de su acostumbrado paseo, y mientras su mujer y la muchacha encontrábanse en misa, se entraron por las puertas Alberto y la nuera. Él se lanzó al encuentro de su hijo, como si no lo hubiera visto en un mes. Entraron ambos en la sala de estudio, inundada de luz, y ambos, tan frescos, hermosos y bien vestidos, rebosando juventud y alegría, al punto de que Bianchini no pudo contener una exclamación de placer, permaneciendo un momento inmóvil para mirarlos.

¡Oh, aquel Alberto, aquel querido hijo, cada vez que lo veía, estaba tentado por meterle la mano entre el bosque de rubios y rizados cabellos, como de pequeño lo hacía, perdiéndose los dedos entre aquella

selva de dorada seda sin cardar. No era muy alto, pero sí bien proporcionado y de constitución sólida. Tenía la cara de su padre, pero refinada y ennoblecida por la luz del ingenio, y aquel mismo aire de bondad, pero sublimado y mezclado con una franca expresión de altivez. Él experimentaba siempre delante de su hijo la alegría de un artista mediocre que ha conseguido por casualidad hacer una obra maestra. Gozaba en quitarse delante de él toda apariencia de autoridad, demostrándole con esto que reconocía su superioridad y para hacerle comprender mejor el propio afecto y la propia gratitud.

Se sentaron un momento los tres alrededor de un velador enfrente de la ventana, por donde entraba un rayo de sol que doraba la cabeza del joven ó iluminaba la fresecura blanquísima de su mujer. Bianchini habló inmediatamente de los acontecimientos del 1.º de Mayo, bromeando, preparado á recibir un alzarse de hombros por parte de su hijo, que vivía completamente entregado á sus estudios literarios y alejado de todo otro asunto.

—¿Has visto—le dijo,—has oído ayer por la noche á algunos majaderos?...

El hijo respondió con indiferencia. Si había visto... Se había parado por espacio de una hora bajo los pórticos de la plaza, allá en el fondo, delante del café...; y se detuvo, como si le remordiese la conciencia de añadir lo que tenía en el pensamiento. Pero preguntándole su padre qué pensaba de todo aquéllo, expuso sus ideas.

—¿Qué quieres? Á mí me causa pena ver una sociedad que, cuando las gentes que la hacen vivir demandan un poco más de bienestar y un poco menos de trabajo, se les enseñan las bayonetas por toda contestación.

El padre le miró con ojos asombrados.

—Comprendo—repuso después,—pero que lo pidan de otra manera.

—Hace tiempo que lo están pidiendo de otra manera—observó el hijo sonriendo—y, ¿qué han obtenido?

El padre volvió á mirarle más asombrado aún.

—Pero es preciso ver—añadió—si sus peticiones son razonables, porque al fin y á la postre, la condición de los obreros ha mejorado mucho de lo que era en tiempo atrás.

—Es una aseveración discutible—replicó

el joven;— ha mejorado para algunos y ha empeorado para otros, y se ha convertido en mucho más precaria para todos. Pero, aun admitiendo que estuviesen peor en otros tiempos, ¿te parecería justo negar un derecho a un negro liberto, por la razón de que su padre, esclavo, no había tenido derecho alguno?

Bianchini no comprendió bien el argumento.

—Está bien— objetó,— pero vamos andando; el mejoramiento de la propia condición depende también en gran parte de ellos mismos. Si ellos economizasen un poco más, si no tuviesen vicios, si se ilustrasen...

—Pero, querido padre— dijo con sonrisa amorosa el hijo,— cuando el salario basta apenas para las necesidades urgentes de la vida, ¿cómo quieres que sea suficiente para hacer economías? ¡Los vicios! ¡Dios mío! Nosotros sabemos bien, que grandes vicios se pueden tener sin dinero, y en cuanto á lo de instruirse, ¿qué tiempo les queda para ello?

—Que ¿qué tiempo les queda?— contestó un poco embarazado Bianchini.—¿Es acaso que tú estás por las ocho horas de trabajo?

—Ciertamente.

—¿Y crees que lo obtendrán?

—No.

—Pues he ahí cómo el estado actual de las cosas es inevitable.

—No, padre mio, tú quieres decir que el estado actual de las cosas era inevitable que se produjese como una de las fases de todo el desenvolvimiento de los hechos, y en esta parte, es verdad. Pero se trata de otra cosa. Como el estado actual se ha derivado de otro, así otro estado, con el tiempo, sucederá al presente de un modo necesario, por fuerzas independientes de la voluntad de los particulares y de los Gobiernos.

El padre lo contempló otra vez con estupor, y después de rascarse la cabeza, no convencido, le preguntó resueltamente:

—¿De qué manera?

—En cuanto á eso, no puedo responder; se puede prever á qué llegará la sociedad, pero no se puede señalar el camino ó caminos por los cuales pasará para llegar á aquel nuevo estado.

—¿Acaso quieres decir que por medio de una revolución?

—Puede; ó, si no por medio de una revolución, por medio de una serie de sacudidas

violentas, de evoluciones sociales que poco á poco irán cambiando radicalmente la situación actual.

—¿Y crees que empezará pronto esa serie de... revoluciones? —preguntó Bianchini, con la sonrisa propia del que duda si la conversación se sigue en serio ó en broma.

—Creo que ha empezado ya—contestó brevemente el hijo.

A estas palabras, el padre y la señora se levantaron á la vez, riendo, para hacer comprender al joven que ya no dudaban de que aquello era broma.

—¿Desde cuándo tienes semejantes ideas?—le preguntó su mujer; y el padre repitió la pregunta, poniéndole la mano en un hombro.—Justo, ¿desde cuándo?

Alberto se levantó un poco picado y repuso:

—He hablado en serio. ¿Cómo podéis suponer que yo bromeo sobre un asunto de tal entidad?

El padre dejó de reír.

—Pues entonces, ¿por qué no nos has expresado nunca esas ideas?

—Porque preveía que no nos habríamos entendido, y ved, prácticamente, que tenía razón en obrar así.

—Pero en resumen, —añadió Bianchini, golpeando sobre su frente los dedos reunidos de su mano derecha,—pero dime clara precisamente, qué es lo que piensas.

El joven contestó con dulce timidez:

—Pues he aquí lo que pienso. Pienso que la parte que se da á los trabajadores en el producto general de las riquezas, no es proporcionada con la parte que ellos representan en la obra social de la producción; pienso que no es justo que aquellos miembros de la sociedad que cumplen los trabajos más necesarios y más fatigosos para mantener á la misma, nutrirla, vestirla, abrirla, proporcionándole, por otro lado, tiempo y medios de instruirse, no ganen bastante ellos mismos para instruirse, vestirse y abrigarse humanamente, y estén excluidos hasta de la posibilidad misma de instruirse. Pienso, en suma, que el trabajador no recoge todos los beneficios, á los cuales tiene derecho, del progreso y de la civilización, porque estos beneficios le son interceptados por una defectuosa é injusta organización. He ahí lo que pienso.

La señora, con su voz plácida, se entrometió en la discusión.

—Pero, Alberto, ¿cómo quieres que todos

puedan encontrarse en las mismas condiciones de fortuna?

El padre aprobó con una indicación de cabeza.

—No digo eso— exclamó el interpelado,— pero, ¿por qué razón ni por qué principio se han de encontrar, generalmente, en las condiciones peores aquellos que se afanan más y que son los más necesarios? ¿Por qué debe haber tanta gente que trabaja demasiado y no come bastante, y tantas otras gentes que trabajan poquisimo y viven en el bienestar, y tantas otras gentes que no trabajando absolutamente nada, nadan, sin embargo, en la abundancia?

—Pero, porque el mundo está hecho así, hijo mío— prorrumpió Bianchini abriendo los brazos, admirado de la ingenuidad de su hijo,— y porque siempre ha sido así, y siempre así será.

—No, padre, así como ahora, no ha sido siempre. Había antes esclavitud y servidumbre, y ya no existe; había feudalismo y despotismo, y ahora han desaparecido; había desigualdad civil y política en las clases, y ha sido suprimida, al menos legalmente. Ved, pues, que el mundo ha cambiado, y si ha cambiado ya, se podrá cambiar

también en lo sucesivo, y si puede cambiarse, no es razonable decir «así está hecho», para probar que no hay remedio á sus injusticias y á sus males.

El padre dudó un momento, y luego preguntó:

—¿Pero cómo debería ahora mudarse si tú mismo dices que tenemos la libertad é igualdad, que equivale á decir que todos los caminos están abiertos para todos, con objeto de que puedan mejorar su propia suerte?

El hijo hizo un ligero movimiento de impaciencia, porque, poco tolerante con la contradicción por vivacidad de su naturaleza, le impacientaba también más y más las réplicas de su padre, á quien, sin embargo, amaba tanto; y esto precisamente, porque en todas las demás cuestiones le había encontrado cediendo á sus propias ideas, bien fuera convencido, ó bien sin persuadirse.

Le subió á Alberto al rostro un ligero rubor y dijo:

—He ahí el error: la libertad y la igualdad fueron una conquista de hecho para una parte de la sociedad, pero permanecieron siendo dos palabras vacías para otra parte.

— ¡Cómo!

— La igualdad verdadera no puede subsistir mientras que la existencia del mayor número dependa de la voluntad y de la fortuna de poquísimos. La libertad no es sino para quien tiene medios y cultura. Quien no tiene ni los unos ni la otra, es esclavo de la miseria, de su ignorancia y del acaso. El camino para mejorar la propia suerte no está abierto para todos, porque cuantos nacen en condiciones privilegiadas de fortuna se encuentran en la mitad del camino y lo ocupan, y no hay uno, de cada mil de los demás, que pueda alcanzarle y abrirse paso entre aquellas filas. Piensa un poco en esto, papá. Es una injusticia que revuelve las entrañas. Si nosotros no lo advertimos muchas veces es porque nuestros intereses nos han corrompido la conciencia.

El padre le miró de nuevo más profundamente asombrado que nunca; después se rebeló, repitiendo una frase muy oída.

— Al fin y al cabo — dijo con energía en él desacostumbrada, — el mundo es de aquellos que lo tomaron por asalto, de los que lo hicieron así por haber nacido los más fuertes.

— Habrán sido los más fuertes en otro

tiempo — respondió Alberto; — pero ahora no son ya en su mayoría, sino los más afortunados y los más cucos y listos. Pero, aun admitiendo que sean los más fuertes, esto querrá decir que cuando se pongan de acuerdo los trabajadores, también serán ellos los más fuertes, y tendrán entonces razón para ponernos el pie en el cuello, como nosotros hacemos ahora con ellos precisamente.

Bianchini se estremeció.

— ¡Pero, Alberto! — exclamó su mujer escandalizada, mirándole cara á cara, como si mirase un semblante desconocido.

— Pero, hijo mío — dijo el padre con acento de severidad triste que no había jamás usado con él. — ¿Quién te ha enseñado esas ideas... así, tan poco... dignas de ti?

Una oleada de sangre subió al rostro de Alberto.

— ¿Poco dignas de mí? — murmuró refrenando la voz. — Perdóname, pero me parece que las que serían indignas de mí serían aquellas que tenía antes. Y no he dicho la mitad de lo que pienso. Pienso que así como está ahora ordenada la sociedad, dirigida para beneficio de una pequeña minoría, la cual explota todas las fuerzas de los obre-

ros, bajo la protección de las leyes; leyes que ha hecho ella para sí sola; que todo este edificio se funda sobre la ignorancia y sobre el embrutecimiento de las muchedumbres; que es sólo la violencia quien lo mantiene; que este estado de cosas nos corrompe á todos, que hay como una infección en la atmósfera moral, causa primera de todas las más tristes pasiones y de las acciones más nefandas y de las mentiras de todas nuestras instituciones y de todas nuestras palabras; y que este estado de cosas no puede durar, y no durará, y que es sagrado deber de todos hacer cuanto esté en nuestra mano para que no dure, aunque fuera á costa de desquiciar el mundo.

La mujer, turbada, con un rápido movimiento de la mano, le tapó la boca. El padre le miró con ojos desmesuradamente abiertos, y después, cogiéndole entrambas manos y llevándoselas al pecho, dijo en voz baja, con acento de afecto profundo y de sincero dolor:

—¡Hijo mío! ¿Eres tú de verdad quien dice esas cosas?

—Soy yo, sin duda alguna—respondió el joven con mentida ronrisa, desligándose lentamente de las manos de su padre;—sien-

to disgustarte, pero ¿con quién había de ser sincero sino con mi padre? Yo veo el mundo ahora bajo otro aspecto que antes, y es ahora en su verdadero aspecto. Creía que el mundo fuese la ciencia, el arte, la política, todas las gentes afortunadas que se ocupan de estas cosas, y no veía otros horizontes. Ahora veo que el mundo es la multitud relegada fuera del progreso y que á la sociedad da todo y no recibe apenas cosa alguna de ella, que suda sobre y bajo la tierra, y se consume en los talleres y se somete á cubrir con sus huesos los campos de batalla, sin sacar otro fruto que no morir de hambre; que por la miseria vende la carne, el alma y la honestidad de la mujer y la sangre de la infancia, y que por la miseria, amenaza, roba, se desespera, enloquece, se suicida y hace del mundo un infierno.

El padre hizo por interrumpirlo.

...—Mientras que un pequeño número se parado de la muchedumbre, canta himnos á la patria y á la civilización, y encuentra hermosa la vida. Ahora bien: para todos estos males hay remedio, como millones de hombres lo esperaron en el pasado, como otros millones de hombres lo creen al presente, con mil razones más que los primeros. Esta

persuasión me ha entrado en el alma como un rayo de sol. Será un error, el remedio no será aquel que se cree y se propone, será otro, serán otros, complejos, lentos, difíciles, no importa: la primera cosa que se necesita para curar un mal, es reconocerlo.

El primer deber de quien quiere suprimir una injusticia, es confesarla y proclamar el derecho de quien la padece. Yo no puedo hacer más, y hago esto. Me hago eco de la voz de los oprimidos y de los miserables; rechazo la complicidad de mi silencio y opongo mi protesta. No puedo ya tener paz ni tranquilidad de conciencia, sino en el cumplimiento de este deber, y lo cumpliré á cualquier precio y á cualquiera costa.

El padre palideció y le preguntó con voz alterada:

—Y ¿dices tú semejantes cosas... á todos?

—Las diré, naturalmente.

—Y ¿las escribirás? —preguntó, bajando la voz, Bianchini.

—Las escribiré.

—Pero ¿no estás en tí, Alberto? —exclamó su mujer, asiéndole una mano.

—¿Escribirás aquello que me has dicho? —continuó el padre con mayor emoción. —¿Que todo es mentira, violencia, que

impera la fortuna y que es preciso mudar las cosas, un deber descoyuntar el mundo? Y ¿publicarás estas ideas... con tu nombre, á costa de llevar á tu familia la discordia, de enemistarte con todos, de arruinarte en tu carrera?

—Sin duda alguna, porque ya he dicho que lo creo un deber.

El padre se quedó un momento mirándole con semblante que jamás había visto Alberto. Después gritó temblando de cólera:

—Y bien: tú eres otro del que yo creía. Tú no tienes afecto ni por tu padre, ni por tu mujer, ni por tu hijo. No tienes ya, ni razón, ni corazón: eres un ingrato. No te reconozco ya por hijo mío.

Y se lanzó á otra habitación.

La señora, desconcertada por aquella palabra, corrió detrás del padre de su marido, llamándole; pero él había cerrado la puerta con violencia.

—Alberto —dijo entonces severamente á su esposo, procurando bajar la voz, —yo tenía derecho á conocer antes que nadie estas ideas tuyas. ¿Por qué no me las has confiado jamás?

Sacudido profundamente por aquella escena, la más grave, la únicamente grave

que el padre le hubiese jamás provocado en su vida, el joven procuró volver en sí trabajosamente y respondió con voz emocionada:

—Porque habrias hecho conmigo lo que mi padre... ya lo has visto.

—No,—le dijo su mujer;—pero habria procurado moderarte. Te hubiera impedido por lo menos que proporcionaras este dolor á tu padre.

—Sí—respondió el joven, pasándose una mano por la frente,—me he excedido, pero él también.

—Sabes que te adora: estoy segura de que sufre indeciblemente,—y añadió bajando la voz:—ve á pedirle perdón.

Alberto hizo un esfuerzo sobre sí mismo; después añadió resueltamente, pero con amargura:

—No puedo.

—Ve—repitió dulcemente su mujer, y le cogió del brazo para empujarle hacia la habitación inmediata.

En aquel momento se abrió la puerta con impetu, y Bianchini entró con el rostro convulsivo. Se lanzó hacia su hijo echándole los brazos al cuello, le besó tres veces en la frente y le dijo:

—¡Hijo mio! ¡Alberto mio! Tienes razón... eres más generoso que yo... abraza á tu padre y perdónale.

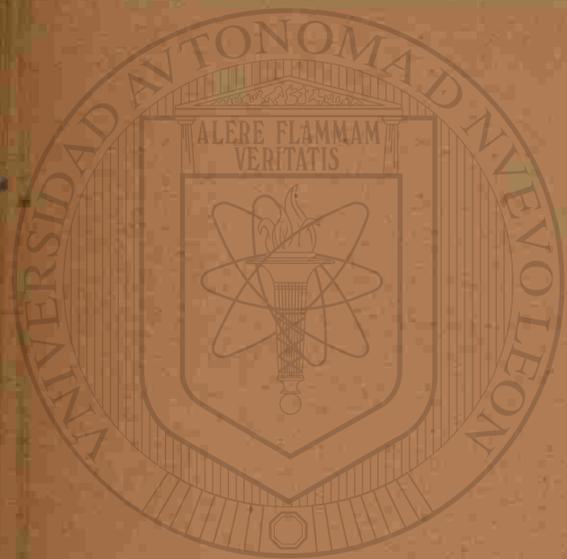
—¡Querido viejo mio!—respondió Alberto cogiéndole la cabeza con entrambas manos. Y devolviéndole mil besos, estuvieron estrechamente unidos algunos momentos sollozando.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





---

## EL 1.º DE MAYO\*

Doy gracias á la Asociación General por la honrosa invitación que me ha dirigido, y me apresuro á decir que, aceptándola, he comprendido el intento que la inspiraba, y los deberes que dicha invitación me imponían. He comprendido que esta gran Asociación, la cual no tiene carácter político, y está compuesta de obreros de opiniones y tendencias diversas, entendía expresar su consentimiento en este día, en lo que hay de común en las aspiraciones de todos los obreros, cualquiera que sea la agrupación á que pertenezcan; y que por esto, al conmemorar aquí el 1.º de Mayo (aun declarando mi firme fe socialista, condición sobreentendida por mi aceptación), yo debería, no sólo no ofender en modo al-

\* Discurso pronunciado por E. de Amicis en la Asociación General de Obreros, la noche del 1.º de Mayo de 1896.

guno á los oyentes de opiniones contrarias, sino mantener el ánimo en una altura tan serena, expresar mi pensamiento con palabras tan cautas y mesuradas, que consiga hacer aceptable mi modesto discurso, aun á aquellos que hubiesen juzgado inoportuna la invitación con que se me había distinguido.

¡Hablar serenamente! No me costará esfuerzo alguno, podéis creerlo. ¿Cómo se puede tener el ánimo inclinado á la violencia y al rencor, en un día de fiesta? Tal es de hoy en adelante el 1.º de Mayo. ¡Fiesta singular, sin embargo, que levanta en el ánimo tantos pensamientos, tantos sentimientos diversos y contrarios! Pocos años hace, antes de que el Congreso Internacional de Trabajadores celebrado en París aceptando la deliberación adoptada ya en 1889, por la Federación americana del Trabajo en el Congreso de San Luis, fijase á la fecha del 1.º de Mayo la gran manifestación en pro de la jornada de ocho horas, cada cual al despertarse en este día, volvía la mente como siempre á los propios negocios cotidianos. Era este un día como

los demás para todos. Ahora, no hay ya ciudadano de país civilizado, cualquiera que sea la clase ó condición social á que pertenezca, que al abrir los ojos en la mañana del 1.º de Mayo, no dirija su pensamiento hacia la nueva significación que esta fecha ha asumido en el mundo.

Son en millones de hombres, esos pensamientos, de alegría y de esperanza: son en otros, inquietos y tristes; y en muchos todavía se despierta un sentimiento irracional de terror; y aun en los espíritus más ligeros y más escépticos, surgen estos pensamientos: que hay en todos los países una cuestión más importante que todos los acontecimientos políticos, que abraza todos los intereses del Estado y de los individuos y que puede de vez en cuando y por varias causas, estar olvidada, enmascarada, aletargada, pero que incesantemente, fatalmente, año por año, día por día, se dilata, se levanta, supera á toda otra cuestión, atrae hacia sí todas las miradas y todas las imaginaciones, como un gran fenómeno de la naturaleza. Y este es ya un efecto benéfico que ningún trabajador puede desconocer de la fiesta del 1.º de Mayo. Y nosotros, más que todos los otros interesados, somos inducidos

á meditar, nosotros que tenemos una visión más amplia y más clara de lo que sucede ese día sobre el haz de la tierra. Nosotros, pensamos que en esta misma hora, en cientos de ciudades, en aldeas innumerables, millares de oradores están diciendo en diez distintas lenguas, en otros miles de reuniones como esta, las mismas cosas que voy diciendo; nosotros vemos, en los grandes barrios de Berlín, de París, de Bruselas, en el Hyde-Park de Londres, en el Práter de Viena, en el Buen Retiro de Madrid, en el Parque de Bucarest, en el muelle de New York, en las vastas plazas de Australia, donde el 1.º de Mayo es ya fiesta oficial en varios Estados, vemos por todas partes legiones de trabajadores que en forma de asambleas, de procesiones, de cortejos simbólicos, de fiestas campestres, de cantos solemnes, de manifestaciones, expresan todos una sola idea y una sola esperanza: y con esta visión se conmueve nuestra alma como ante uno de los espectáculos más maravillosos de los que nos puede dar ejemplo la Historia.

Y ¿qué alma podría permanecer cerrada y fría al oír las palabras que se elevan de estos millares de corazones? Por ejemplo: que sea libertado el trabajo, y lle-

gue á ser ley para todos; que se hallen confederados todos en la lucha contra la naturaleza, y haya tregua á la lucha feroz por la existencia entre hombres y hombres; que caigan las barreras que dividen cada nación en dos pueblos, y se difunda por igual en las muchedumbres, como la luz en el aire, los beneficios de la civilización, que son fruto de la obra común; que cese el derramamiento de sangre, que cesen los odios entre las naciones, porque la última meta de todos pueda ser una sola, y concurren á llegar á ella, las fuerzas concordes de la raza humana... ¡Qué bellas y santas utopías! nos responden; y la prueba de que son utopías, es que son antiguas cuanto es antigua la vida social, y no han sido llevadas todavía á la realidad... ¡Os engañais! Era antes aspiración solitaria de los humildes, eran aspiraciones esparcidas y divididas, que afectaban en las imaginaciones incultas formas indeterminadas ó monstruosas, y tomaban fuerza en unas gentes, cuando caían oprimidas en otras; pero ahora, son el propósito firme de las muchedumbres de todos los países, ordenadas y aliadas cooperando de acuerdo y á un mismo tiempo, la ciencia las formula y las sostiene, y las

fuerzas que las comprimían se borran, y la conciencia universal las acepta; eran resplandores que surcaban por la noche, y ahora son el alba que ilumina el horizonte; eran soplos de vida que de vez en cuando se levantaban en una atmósfera muerta, y ahora son la primavera que despierta al mundo.

Y en esta aspiración, asienten, en el fondo, todos aquellos que tengan sentido humano y de justicia: nace el disentiimiento cuando se entra a discutir hasta qué punto y en qué forma puede traducirse aquella aspiración en realidad. Estudiando los fenómenos sociales y económicos, nosotros observamos la concentración progresiva de las industrias y de la riqueza, y la consiguiente extensión del proletariado, y la transformación continua de los medios particulares de trabajo, en medios que no pueden ya ser empleados más que socialmente, el incremento del principio de cooperación y del espíritu de solidaridad y de igualdad, y de éste, y de otros cien hechos que a este se coligan, deducimos ciertas leyes, por fuerza de las cuales creemos que se llegará

necesariamente a una nueva organización, en la que, convertida en propiedad colectiva de la nación, todos los grandes medios de producción, los miembros todos de la sociedad, producirán directamente para la sociedad misma; la cual, centralizando los productos, los repartirá equitativamente entre los trabajadores, en razón de la cantidad y de la calidad de su respectivo trabajo. Los que disienten de esta afirmación nos dicen que no, afirmando que tal organización no se verá jamás porque es imposible que se realice, porque se oponen a ello otras leyes que sostienen que son sobre todas las manifestaciones sociales, inmutables. Ahora bien: nosotros no estimamos esto como una razón suficiente para que deba detener el gran movimiento de nuestras ideas, en quien concordando con nosotros en la crítica de la sociedad actual y en la necesidad de una radical reforma. Nos parece un error combatir el Socialismo en sus designios complejos de reconstrucción social, en vez de considerarlo (como reconoce que se debería considerar, hasta un ilustre adversario nuestro), «en su íntima aspiración y en el objetivo general al cual tiende y que corresponde innegablemente a la evolución humana», y en

lo cual, añadimos nosotros, consiste su verdadera fuerza. Nosotros, en la organización de la sociedad futura, podremos razonablemente rechazar toda discusión. Y aun en esto nos dan la razón muchos de nuestros más autorizados enemigos. Podremos responder con las palabras de ellos, que «con respecto á los fenómenos sociales, no son posibles sino predicciones generales que miren á la marcha general de los fenómenos mismos, no especiales, particulares, individuales». Podremos preguntar, como preguntó Bebel en el Reichstag, si al dar el impulso á la gran Revolución, la burguesía francesa podía prever cuál habría sido en todos sus particulares la íntima estructura de la sociedad que había de surgir de ella. Podremos decir que pretender esto de nosotros es pretender cosa superior al poder de la mente humana.

Y sin embargo, se nos puede responder diciendo que presentamos al mundo, como una bandera, un programa de reconstrucción social completo. Pero esto es lógico. Nosotros hemos escrito en nuestra bandera un ideal, porque ningún gran movimiento social es posible alrededor de reformas cerradas y parciales; porque es instin-

tivo en el alma humana, en cada una de sus más nobles aspiraciones, mirar más alto y más lejos de la posibilidad inmediata de conseguir su fin; porque únicamente una gran reforma que, además de incluir en ella una organización de trabajo y de propiedad, lleve consigo una profunda renovación moral, social y política, que abrace todas las cuestiones capaces de agitar á la humanidad: solamente la idea de una reforma semejante puede atraer en torno suyo á las muchedumbres, despertando el entusiasmo y las fuerzas para combatir en la enorme lucha á la cual somos llamados.

Preguntamos, pues, á nuestros adversarios benévolos: —¿Por qué no venís con nosotros, vosotros que también queréis las grandes mejoras, ya que nuestra bandera es la sola á la cual se pueden acoger los ejércitos para combatir hasta en las batallas menores y para cumplir y realizar hasta las conquistas parciales, queridas por vosotros? Una sola cosa puede detenernos, y es el temor de que la intentada realización de una idea, juzgada por vosotros impracticable, produzca en la sociedad un trastorno funesto. Pero es un temor infun-

dato. El hecho económico y social que, á nuestro juicio, debe conducir la sociedad al orden por nosotros presagiado, nosotros podemos secundarlo, pero no hacerlo nacer. Si las leyes que deducimos de aquellos hechos son erróneas, nuestro ideal no se realizará. Si llegado el proletariado socialista al poder, no fuese todavía dispuesta en sus elementos la organización nueva que debe sustituir á la antigua, él se encontraría impotente, no ya para cumplir, sino ni siquiera para intentar una sustitución precipitada y debería restringirse á una serie de reformas preparatorias y graduales.

Nosotros somos los primeros persuadidos de que una transformación económica tan profunda no se podrá llevar á cabo jamás prematuramente y por la violencia. Es una verdad reconocida hasta por nuestros más fieros opositores, «que corre paralelo al presente movimiento social, un movimiento científico y racional, que lo detiene en la justa medida y que impide á la sociedad moderna precipitarse en las catástrofes que han matado la civilización antigua».

—Ved, pues— repetimos á nuestros adversarios tratables,—que aquel temor no debería deteneros para venir hasta nos-

otros. Contrariando nuestro movimiento, en cambio, no por otro motivo, sino porque no asentís á nuestro programa ideal, retardáis también la consecución de vuestras deseadas reformas; vosotros os oponéis también á la victoria de aquel nuestro programa mínimo, que aprobáis en gran parte y del que muchas ideas, especialmente las que se refieren á la política social de los Municipios, están puestas ya en práctica ó en vías de ponerse, en muchas grandes ciudades de Europa y de América; vosotros engrosáis el número de aquellos que rechazan, como en el Parlamento francés, los más equitativos y más lógicos impuestos, como el impuesto progresivo sobre la renta, por la sola razón de que el Socialismo lo defiende, y que condenan á muerte las más benéficas reformas, diciendo que hay en ellas *un germen de socialismo*; vosotros, finalmente, porque creéis que no se puede llegar hasta donde nosotros queremos ir, vosotros, que también queréis caminar hacia adelante, os detenéis en la embocadura del camino y aumentáis las fuerzas á la espalda de aquellos «inmóviles» que vosotros mismos condenáis; los cuales, á su vez, protegen y animan, aun sin quererlo, á todos aquellos otros que

vuelven la espalda al porvenir é intentan resucitar el pasado.

El Senador Pascual Villari dice que dentro de poco no habrá en Italia más que tres partidos: los socialistas, sus adversarios intransigentes y los iniciadores audaces de reformas prácticas en beneficio de los trabajadores. Pero Villari duda de que estos iniciadores surjan á tiempo.

Y bien: si no surgen, quedará justificado y probado ampliamente todo cuanto hayan dicho hasta ahora, y si surgen, será como negar la luz del sol, negar que es un terror saludable hacia el socialismo, y no otra cosa, lo que les ha hecho surgir. Pero demasiado tarde.

\*\*\*

Por eso, aunque nuestra razón profesa la doctrina socialista, nosotros, con serena y firme conciencia de hacer bien, nos reconoceremos igualmente bajo los repliegues de la nueva bandera y uniremos á ella nuestras fuerzas, aunque no fuese por otra cosa que por obtener los primeros el resultado del predominio de las clases trabajadoras en la representación legal de la nación. Y

este es un punto sobre el cual, todos aquellos adversarios nuestros que desean sinceramente una saludable renovación social, no pueden disentir de nosotros, 1.º, porque no pueden dejar de persuadirse de que mientras los intereses de las clases proletarias no estén directamente representados por ciudadanos pertenecientes ó ligados al proletariado, estos intereses no tendrán jamás representación sincera y fecunda; 2.º, porque es ilógico pretender ó esperar que una mayoría de representantes de la clase superior pueda consentir en reformas gravemente lesivas de los intereses de su propia clase; 3.º, porque ninguna clase social votó jamás voluntariamente, por puro espíritu de la propia conciencia; 4.º, porque cada ventaja, cada conquista importante en el campo económico, no podrá jamás ser sino la obra de la clase que tenga necesidad de ella y que á ella tenga derecho; 5.º, porque nosotros nos encontramos en un momento de civilización humana (y es un docto estadista conservador quien lo dice) en el cual ninguna clase está defendida por otra, y necesita defenderse por sí misma.

Ahora bien: nosotros vemos que el socialismo solamente ha tenido éxito (lo vemos

en Francia, en Alemania y en Bélgica), después de tantos años de régimen representativo, mandando al Parlamento un grupo de representantes directos del proletariado, suficiente por su número y por la unidad de pensamiento, para hacer sentir la acción propia sobre la marcha de los asuntos públicos. Suponed también que el programa socialista no se pueda realizar jamás — repetimos, á nuestros adversarios razonables; — pero el movimiento socialista producirá, sin embargo, siempre, el efecto deseado de quitar el monopolio del poder de la minoría, obstáculo grave en todo gran progreso social; ó, ya que no otra cosa segura, pondrá al frente del poder un sindicato vigoroso que marque las funciones y estimule las energías y abra los horizontes. Aunque no fuese por otra cosa más que por obtener este resultado — repetimos, — aunque nosotros creyéramos que era una utopía el ideal socialista, diríamos á quienes lo anuncian: — Estamos con vosotros.

En presencia de los hechos, lo que es utópico en vuestro programa, caerá; pero permanecerá este grande hecho realizado necesaria y benéficamente, á saber: el cambio del eje social, constituido ahora por una

sola clase encerrada en el círculo de sus propios intereses, sustituida por una gran mayoría en donde sus intereses se confunden con los de la nación misma.

•••

Y he dicho que aunque creyésemos una utopía las ideas socialistas... (estas palabras no deben dar lugar á duda). Cierto que la persuasión no puede ser en la mayor parte de nosotros tan científicamente fundada como lo es en aquéllos, nuestros compañeros de fe, doctos versadísimos en la ciencia económica; los cuales, profundamente conocedores de la doctrina *marxista*, han deducido de ella, mediante largos estudios, todos á conciencia teórica y prácticamente hechos, y encontrado á todas las objeciones una respuesta difícil de ser contestada á su vez. Se funda precisamente nuestra persuasión en esto: en que los vicios orgánicos más graves, atribuidos á la organización querida por nosotros, nos parecen menos graves que aquéllos inherentes á la organización actual; los cuales son tan graves, que hacen imposible su vida por una larga duración, sin profundas modificacio-

nes; y esto, en opinión de sus mismos defensores; modificación que nosotros juzgamos insuficiente para salvar á aquella organización. Y nos fundamos también en la razón que creemos poder oponer á aquella que es la objeción capital, puesta ante nosotros por todos nuestros enemigos, á saber: la insuficiencia del sentimiento de los intereses públicos para sustituir, como estímulo al trabajo, el sentimiento del interés privado, en la medida de que este segundo interés vendría á ser disminuido en una sociedad colectivista. Esta razón es una verdad reconocida en parte por los mismos adversarios: que en una sociedad en la cual todos estuvieran obligados á trabajar, y en la que el trabajador estuviere interesado directamente en la distribución de la riqueza, la repugnancia instintiva hacia el trabajo mismo sería grandemente disminuida, y que esta repugnancia seguiría disminuyendo (y nosotros creemos que hasta se cambiaría en propensión) cuando por efecto de la cooperación de todos, de la cesada concurrencia, del rescate de las máquinas, de la especulación privada, siendo el trabajo cotidiano abreviado en la duración y aligerada la fatiga.

Se nos dice que exageramos con la imaginación la magnitud de este efecto. Pero esta es una cuestión de fe sobre la cual á nada viene discutir; de aquella fe en la naturaleza humana, sin la cual no se habría hecho jamás ni intentado nada atrevido y grande en el mundo, y que basta por sí sola para hacer posibles muchos de aquellos actos que son considerados como ilusiones de su ceguera. Un predominio relativo del sentimiento colectivo sobre el individual (del que en ocasiones extraordinarias se ven también tantos ejemplos hasta en nuestra sociedad), nosotros no dudamos que se llegaría á él en una organización social en la cual su necesidad apareciese evidentísima, como es ahora, en una pequeña asociación, y en la cual los ánimos no se ofendieran ni descorazonaran por el espectáculo del bienestar ocioso, de la desmesurada desigualdad económica y de las mil injusticias y de los infinitos privilegios presentes. Nosotros esperamos, de un cambio tan grande de cosas, un cambio psíquico maravilloso. He aquí el punto del cual ningún razonamiento de los enemigos nos puede comover, el fundamento sobre el cual colocamos los cimientos de nuestro edificio.

Por qué caminos, después, de lucha y de vicisitudes, se arribará á la meta que nos parece segura; si el socialismo, continuando á extenderse en la sociedad civil, conservará un tipo único ó tomará forma en el espíritu y en las necesidades particulares de cada pueblo; si se realizará «mediante una producción colectiva nacional, parcial ó regional», llegando á ser un nuevo y poderoso organismo económico; ó si la sociedad, antes de llegar á la organización socialista, pasará por un estadio cooperativo de grandes asociaciones, que irán disminuyendo el número hasta reducirse á una sola, capaz de fundar á la vez los varios sistemas de colectivismo; y también, «qué criterio mesurador del valor acabará con encontrar la experiencia ayudada de la ciencia, si la duración media del trabajo reclamado, ó el medio consumo de las fuerzas que él exige», ú otros conceptos que no puede aferrar ahora nuestra mente, preocupada y absorbida por los presentes hechos; todas esas cuestiones, someramente indicadas, no podemos resolverlas ni contestar sobre sus soluciones, ni nadie nos las debe preguntar.

Aquello que es evidente á nuestra ra-

zón, y cierto en nuestra conciencia, es que en el fondo de todas las vías convergentes del progreso económico y del progreso civil, está inevitablemente el organismo social que se halla en nuestros votos, ó, lo que es lo mismo, la nación constituida en una asociación gigantesca cooperativa de producción, de provisión y de asistencia.

Esta fe se reanima en nosotros en el presente día en que solemos ver y reparar la obra de nuestra ya larga familia, alegrándonos entre nosotros con sentimiento fraternal. Lo que nos alegra, no es tanto el ver duplicarse el número de nuestros representantes entrados hace dos años en el Parlamento, y el número crecidísimo de aquellos que entraron en los Ayuntamientos, cuanto la prueba de activa firmeza dada por nuestro partido en un período de persecución implacable; durante el cual, sobre miles de nuestros compañeros, llevados á los Tribunales, no fueron más que en excepción inapreciable aquéllos en los cuales no hemos atestiguado la clara honradez propia de todos los ciudadanos de todas las

clases sociales y de todos los partidos políticos. Lo que nos conforta, no es tanto la valerosa constancia con la cual el partido mantiene viva hace tres años la agitación pública en favor de una amnistía que está en los deseos de todos los ánimos honrados, cuanto el ejemplo de dignidad civil, dado en las demostraciones de alegría y de afecto á los libertados, no turbada siquiera aun en el principio de aquellos temidos desórdenes que sirvieron de pretexto para retardar un acto de justicia solemne.

Y nos complacemos no menos en que haya provenido de nuestro partido el primero y más fuerte impulso de una gran manifestación pública contra una política colonial nefasta y desenfrenada de la cual sólo el partido socialista, él solo, demasiado previsor, por cierto, rechazó siempre de antemano, y de la cual fué siempre fiero é implacable enemigo. Pero también, á más de eso, nos es grato observar cómo nuestras ideas por efecto de una propaganda racional, se va siempre adquiriendo y ordenando, hasta en la mente de los menos cultos trabajadores, el concepto fundamental de la conquista gradual y legal de los Poderes públicos. Y nos es más grato todavía reconocer

cómo la idea socialista llega á ser en muchos de ellos el principio impulsivo de una auto-educación intelectual, que los coloca en condiciones de intervenir dentro de poco en la discusión de los intereses municipales, y hasta en las reuniones de otros partidos, donde se empieza á escuchar y á respetar la palabra de los obreros. Nos es de una alta satisfacción, por último, ver constituirse por todas partes, bajo la nueva bandera, nuevos cuerpos electorales, acordes y disciplinados que despliegan en la lucha una actividad tan apasionada y sagaz á un tiempo, que despierta la admiración hasta en aquellos de nuestros enemigos encarnizados y que ponen en evidencia, no sólo en las ocasiones extraordinarias, sino en el trabajo, en la organización de la vida socialista de todos los días, tantos caracteres viriles, tantas fibras infatigables, tanta juventud valiente y generosa, ardiente de entusiasmo y de fe.

Ante estos hechos, muchos prejuicios han caído, muchas calumnias ya no han tenido eco. No son más que los ciegos de

mente y los malvados de ánimo los que todavía se atreven á echar la culpa al partido socialista de los delitos individuales, atroces por sí mismos, é insensatos por el fin á que miran, funestos para nosotros más que para nadie, por la reacción liberticida que provocan, cometidos en nombre de un ideal que no es el nuestro y que nosotros combatimos sin tregua, y al cual arrancamos próselitos cada día. ¡Pero cuántas otras preocupaciones persisten, propagadas por el interés, mantenidas por la astucia, acogidas fácilmente por la ignorancia y por el miedo! Vosotros sabéis cuáles son estas preocupaciones y estos prejuicios, y yo no saldré de mi propósito para contestarlos, porque es natural que nosotros tengamos premura por demostrar á todos y aun á aquellos que, no aceptando nuestra doctrina, celebran el 1.º de Mayo, que el concepto de esta fiesta querida también para ellos, no ha nacido en medio del sentimiento y de los propósitos que pueden arrojar una sola sombra sobre su belleza ideal.

¡Enemigos de la civilización! Así fuimos llamados, hasta oficialmente, porque el progreso de la civilización, según algunos aseguran, ha sido retardado ó impedido por la idea socialista. Pero digamos sobre esto algunas palabras. Doble es el movimiento de la civilización: uno de avance, otro de difusión: y en el estado actual de las cosas, el segundo es tan incierto y tardío, que hacen vano en gran parte hasta el primero. ¡Ideas, conocimientos, comodidades de la vida, vanidad y refinamiento de goces sensuales é intelectuales, todo avanza, mas permaneciendo circunscrito en un tan pequeño número de hombres! La sociedad es como un ejército desordenado, mal nutrido, agobiado por pesos enormes, delante del cual va, precediéndole á desmesurada distancia, una vanguardia de caballeros brillantes y armados de punta en blanco, que vencen batallas de las cuales no participa el grueso del ejército, y de las cuales no recoge casi ningún fruto. Lo dijo también en Francia uno de los más elocuentes intérpretes de nuestro pensamiento: «La humanidad fué hasta ahora obligada á reservar á la minoría en beneficio de ella el cuidado de conducir la civilización á su apogeo y de crear

formas nuevas de existencia, á las que las muchedumbres no podrán llegar sino mucho más tarde.»

Y bien, ¿será impedir el camino de la civilización, querer que por medio de un empleo más racional de los esfuerzos humanos, ahora antagónicos, la sociedad toda junta cumpla su progreso en pro de la sociedad toda entera? Ó, en otros términos: ¿será enemigo de la civilización quien, aligerando el peso que oprime el trabajo mecánico, quiera levantar las muchedumbres á una vida más espiritual, que equivale á decir, más humana?; quien, atenuando la lucha por la vida con la organización del trabajo y una mejor distribución de los bienes, quiere que sean dirigidos al progreso verdadero, las infinitas fuerzas que se esparcen ahora, para la conservación de la existencia y en conflictos infecundos?; quien á una civilización despreciada y odiada por los más, como un privilegio de los menos, quiere sustituir una civilización amada por todos como un bien y una gloria común? ¿Será enemigo de la civilización quien quiere que cese, por último, esta misera ficción, mediante la que se dice con orgullo: «¡nosotros, naciones civilizadas!...» mien-

tras que á las naciones á las cuales se señala en medio de las glorias de la ciencia y de los esplendores del lujo y de las artes, perdura en millones de hombres la superstición de la Edad Media, ignorancias salvajes, miserias de parias, condiciones y formas de vida que nos hace surgir ante los ojos la primera edad de piedra? ¿Será enemigo de la civilización quien quiere que todo eso cese, y amante de la civilización quien consiente en que todo esto se perpetúe?

¡Que renegamos de la patria! He ahí otra acusación contra la cual todas las fibras de nuestro corazón se sublevan. Si el concepto de la Patria se identifica con el concepto de su unidad y de su independencia, ¿con qué conciencia se puede llamar renegados de la patria á los socialistas, para los cuales es un axioma histórico lo que dice Engels, uno de sus grandes maestros, á saber: que sin la autonomía y la unidad restituida á cada una de las naciones, ni la unión internacional del proletariado, ni la tranquila é inteligente coopera-

ción de las naciones á un fin común, se podría realizar? Adversarios del concepto de patria no somos nosotros, sino de aquellos que miran á dividir las patrias, para gozar de esta división, primer impedimento necesario para la victoria de aquel ideal común á todas las muchedumbres proletarias, que no puede ser el ideal de ellos. Ellos hacen una cosa sola del amor de patria y del orgullo nacional.

Pero también nosotros tenemos nuestro orgullo nacional. Pero el nuestro es de naturaleza muy distinta: es un orgullo que quisiera que en la nación no fuese nadie obligado á emigrar á cada instante para buscar el pan extranjero (doscientos mil de sus trabajadores, al año), mientras que la tierra que ellos abandonan, capaz de dar el producto de todas las tierras más fértiles, permanece todavía, ó por incuria de los propietarios ó por falta de obras de bonificación, casi cinco millones de hectáreas de suelo inculto, y otros doce millones de las que se podría obtener doble producto del que dan.

Es un orgullo nacional el nuestro, que quiere que sean purgadas de las fiebres palúdicas la mitad al menos de nuestras pro-

vincias; que se arranque de la patria la vergüenza lastimosa de sus cien mil leprosos; que nuestro país no siga entre los últimos de Europa en el camino de la legislación social; que en él sean sagrados é inviolables los derechos políticos conquistados con el sacrificio y con la sangre de todos; que por vana ambición de grandeza, pisoteando los principios en virtud de los cuales hemos renacido, no se desparrame á millares de millas de su territorio, la carne y los huesos de sus hijos.

Aquellos que sintiendo en lo más escondido de su alma la piedad hacia estas miserias, y el desprecio hacia estas vergüenzas, combaten con todas sus fuerzas, porque unas y otras acaben, y que creen que antes del orgullo patriótico debe ponerse la caridad fraternal, no, esos no reniegan de la patria, esos son los únicos que la aman y la sirven sabiamente.

La imagen de la patria para ellos es una madre amorosa, equitativa con todos sus hijos, que no ambiciona mas que prosperidad para ellos, y afecto de ellos y fama honrada, civilizada y benéfica: no una amazona, estúpidamente fastuosa en público y cruelmente tacaña en la casa

privadamente, que se tapa los ojos con la bandera y busca la gloria en la sangre.

Otra acusación que se nos dirige es la de que excitamos el odio entre las clases sociales. Y bien, no lo creáis. No es verdad. Ciertó que en cada gran familia de propagandistas de una idea, hasta de las ideas más santas, hay algunos violentos por naturaleza, á los cuales ninguna consideración de interés común, ningún consejo de los compañeros puede moderar en sus palabras. Hay inmoderados hasta en el partido *moderado*, hay provocadores hasta entre los predicadores del Evangelio; hubo violentos hasta entre los santos. Y nosotros no negamos, por otra parte, que ante ciertos abusos monstruosos del Poder y de la fe pública, cuando vemos á la opresión de los desvalidos, agregarse el engaño y la burla, se levantan en nuestro ánimo palabras amargas é iracundas. Y no nos disculpamos de esto; pero acusarnos de excitar el odio habitualmente y de propósito de una clase contra la otra, es un absurdo, es acusarnos de obrar conscientemente contra los inte-

reses de nuestra causa. El dicho de «la miseria nace, no de la perversidad de los capitalistas, sino de la viciosa organización de la sociedad», está escrito en la cabeza del más antiguo y más popular periódico socialista de Italia como una frase de consigna.

«Si estuviéseis en el puesto de vuestro amo, haríais lo que él hace, porque no podríais hacer otra cosa.» Esta es la frase más frecuentemente repetida por quien hace propaganda de nuestras ideas, precisamente para persuadir á los trabajadores de que el remedio á los males no hay que esperarlo de los individuos, porque éstos no podrán poner remedio, aunque tuviesen todos las más generosas intenciones. Y ¿cómo no? Nosotros tratamos de conquistar la conciencia y la voluntad de gran número, por la vía de la persuasión, y hacer aptos á los unos para persuadir á los otros; es, pues, nuestro interés apagar y no atizar los odios sociales, porque si en el ánimo del hombre inculto nosotros excitamos la pasión, oscurecemos la inteligencia, ó sea, le destacamos de la reflexión y retardamos el progreso de su pensamiento, sin lo cual es vano esperar hacer un prosélito útil y se-

guro: porque la pasión se apaga con la misma facilidad con que se enciende, ó consumiéndose ella misma, ó extinguiéndose también por efecto de una mejora conseguida en las condiciones individuales; y porque ella misma es un constante peligro para todos, lanzando á los individuos á aventuras de las cuales recae la culpa en todos.

No, nosotros no queremos hacer personas violentas, porque ellas serían nuestra debilidad y no nuestra fuerza; nosotros queremos formar convencidos, gentes resueltas y tenaces. No, nosotros no aspiramos á sembrar el odio, porque somos portadores entre los hombres de las palabras, de la fraternidad y de la paz universales. Nuestra fuerza no es el odio ni la ira, sino la razón, la voluntad, la fe, el entusiasmo y el amor.

¡Enemigos de la propiedad! También somos llamados así, con esta definición tan absoluta y llena de odiosidad, porque indica al expresarla una vaga acusación de meditado latrocinio universal. Pero expresa falsamente nuestro concepto, porque sustituye la idea de *supresión* á la de *transfor-*

*mación* de una institución que se modificó variadamente en el curso de los tiempos, y cuya naturaleza está sujeta á transformarse según las condiciones y las necesidades de la sociedad que la ha fundado. Es una definición falsa, porque niega el carácter de propiedad á la forma colectiva, que fué la primera forma de propiedad, de contrato social, y del cual subsisten y se reproducen mil ejemplos parciales aun en los tiempos presentes. Es una definición falsa, porque extiende nuestro concepto de propiedad colectiva de los grandes medios de producción, á todos los otros fines de propiedad que están, naturalmente, excluidos del colectivismo; el cual no impide ni el ahorro, ni la acumulación, ni la transmisión de lo economizado, ni la posesión, ni la transmisión de todo cuanto no sirve para producir riqueza.

Y todavía es una definición injusta, porque excluye la idea de toma de posesión mediante un equitativo resarcimiento; admitida la cual toma de posesión, no produce una violencia mayor que la que puede ser la actual expropiación legal por fin de utilidad pública; y porque calla que la apropiación colectiva como en el campo de la propiedad

industrial, por ejemplo, así también en otros campos no se realizaría más que en aquellos ramos de producción en donde la concentración de los capitales ha destruido ya la pequeña propiedad fundada sobre el trabajo; y también porque está en contradicción formal con la razón primera del colectivismo, fundado precisamente en el concepto *conservador* «de que la propiedad es indispensable al pleno y completo desenvolvimiento de la personalidad humana»; desenvolvimiento que es posible únicamente en una sociedad donde poseen todos una parte del bien común y que no es posible sino en poquitas dentro de la sociedad actual, en la que nueve décimas partes de la población no poseen nada ni esperan nada, ni casi pueden esperar jamás cosa alguna.

Es una definición insidiosa, por último, y es una acusación que nos ofende, porque tiende a convertir en el ánimo de quien posee la idea de una lejana y necesaria y legal transformación de la propiedad en la idea de un inminente peligro de tumultuaria expropiación. Repetimos, que es una definición astuta, porque con este terror hacia una grande ladronería colectiva que se podría

cometer mañana, se distrae la atención pública de las grandes ladronerías individuales que se cometen cada día y á cada paso.

También somos llamados *enemigos de la familia* los socialistas. Y en este, como en otros puntos, se considera como artículo de nuestro programa una idea de pocos ó de muchos, contra la cual cada socialista que no la acepte se puede rebelar con todas sus fuerzas, sin dejar por eso de ser socialista; una idea que no es propia del socialismo, puesto que, para no citar mas que un solo ejemplo (y es de nuestro más formidable adversario), de Heriberto Spencer: el cual dice «que llegará tiempo en que la unión por los afectos será considerada más importante que aquella producida por la ley», y que «serán señaladas á la reprobación pública aquellas uniones conyugales donde los lazos del afecto estén rotos». Con esta expresión corriente de que queremos abolir la familia se desnaturaliza la idea socialista y se presenta de distinta manera de como es. No es querer abolir la familia, vituperar el matrimonio mercantil, en que se envile-

cen las almas y degeneran las razas; querer el matrimonio fundado sobre la espontánea elección por afecto, y sobre una libertad limitada por el deber moral, respecto al cónyuge, y por el deber positivo, respecto á los hijos; querer que la mujer tenga en el seno de la familia una más equitativa consideración legal; querer una más eficaz intervención social en la familia misma, para asegurar el desarrollo integral y la educación de los niños; esperar, en fin, que llegue un tiempo en el que el sentimiento de la propia dignidad y el respeto de la dignidad ajena, y una alta conciencia del deber, puedan constituir en el matrimonio y en la familia, vínculos y garantías más fuertes que aquellos que exige y asegura la sociedad presente.

¿Cómo serían enemigos de la familia los que más fuertemente combaten la explotación industrial de la mujer, precisamente porque es funesta para la familia; aquellos que más ardientemente piden la redención de los niños, arrancándoles del trabajo precoz, precisamente porque á la familia no se les arrebató y no se corrompan en la promiscuidad con los adultos; aquellos que proponen medios y remedios para la gran

plaga de la miseria, precisamente porque la miseria corroe los afectos domésticos, envenena la infancia y disuelve la familia?

Preguntad si quieren abolir la familia, á aquellos buenos trabajadores que para socorrer la mujer y los hijos del compañero encarcelado por delito de pensamiento, estrujan sin amargura su pobre bolsa; preguntad si quieren abolir la familia los honrados obreros que afrontan tranquilamente el peligro y los sacrificios por nuestra Idea, no con la esperanza de mejorar la propia suerte, sino con la sola vaga fe de preparar á los herederos de su sangre un porvenir mejor. Id á preguntar á aquella pobre madre resucitada que sofocó contra su seno aquel grito de alegría de Garibaldi Bosco libertado, é id á preguntarle si su hijo adorado quiere abolir la familia!...

¡Que queremos destruir la Religión! dicen también. ¿En qué programa del partido socialista, cualquiera que sea el país, se ha encontrado jamás inserto semejante precepto? Ó mejor dicho: ¿en qué programa socialista no se ha dicho esplicita y termi-

nantemente que para el Socialismo la Religión es un asunto privado; que es un asunto de conciencia en el cual la comunidad no tiene derecho á intervenir? ¿Querer el partido socialista, que aspira á una libertad absoluta de pensamiento, suprimir la libertad de la fe!... ¡Lo mismo que querer el partido socialista, que dice á todos los infelices «esperad», señalar un límite á la esperanza humana! No; en este, como en otros asuntos, se confunden las opiniones individuales, tomándolas como artículos de fe, en la doctrina general. A mí, como á todos los otros socialistas firmemente creyentes en la doctrina económica y política del Socialismo, todos los socialistas de la tierra, recogidos juntos, no podrían jamás hacerme decir que no creo en Dios, si lo creo, ni impedirme hacer propaganda en medio de ellos, de mi misma fe. No; las razones de la duda y las inspiraciones de la fe, están fuera de todo sistema de idea política ó social: la esperanza en una vida eterna está por cima y por fuera de todo concepto que se pueda tener de los destinos terrenos de la humanidad, como el misterio de la creación se halla por encima de la ciencia; y es una prueba, que en todos los

partidos políticos, en todos los órdenes científicos, en todos los círculos de la sociedad, se encuentran creyentes é incrédulos.

No, buenas madres; no somos nosotros los que queremos sofocar en vuestros corazones aquella fe en que nosotros mismos hemos nacido y crecido. Nosotros decimos, por el contrario, á cada una de vosotras: «Educa en tu fe á tu hijo, infúndele en el corazón tu santa esperanza, hazle juntar las manos ante la imagen de Aquel que murió por la idea de la justicia, de la paz y de la igualdad entre los hombres; pero enséñale también, añadimos, inmediatamente, que es falsa Religión aquella que no va acompañada de una activa piedad hacia la miseria, y de un amor intrépido hacia la justicia, y que si en el espíritu del creyente entra la persuasión de que una nueva organización social puede prevenir la pobreza, atenuar los odios y disminuir las violencias y los delitos que hacen funesta la vida y deshonan la existencia actual, es necio y es absurdo creer que Dios les prohíbe preparar y precipitar con palabras y con acciones este nuevo orden de cosas. Dios, es absurdo pensar que pueda decir un día:—«Fuiste bueno, piadoso, ge-

neroso, pero como fuiste socialista, yo te condeno.

Decidle también que Dios no puede amar al creyente que en medio de todas las necesidades y conflictos humanos se cruza de brazos, fijando la vista ociosa en el cielo, para no ver la tierra. Decidle también que Él dice á éstos: —Separad vuestras manos inertes, tended una para socorrer á los oprimidos y armar la otra para combatir contra los que esclavizan; el grito de júbilo de los consolados y de los redimidos, es la mejor oración que puede hacer llegar hasta mí el alma tuya.

Se nos puede decir: esa es vuestra defensa, y nosotros sospechamos que está llena de concesiones y de cautelas. Lo que queremos conocer es algo de lo que vosotros decís en vuestra propaganda individual, y que sin duda no nos repetís á nosotros en un día como éste.

Pues bien; nosotros os llamamos á analizar el sutil veneno que destilamos en la propaganda cotidiana, y no aquel únicamente que reservamos para el trabajador,

sino hasta el que intentamos verter en el ánimo de gentes de todas clases, de todas edades y de todo estado social; porque nosotros no nos dirigimos únicamente á los más fáciles de conquistar por insuficiencia de cultura ó por predisposiciones de intereses individuales, sino á aquellos que son más difíciles, por razón de educación y por razón de intereses.

Nosotros decimos al trabajador:

—Mira; en este gran movimiento social que se vuelve en favor tuyo, no basta que tú asistas con ánimo favorable, sino que debes ayudarle. El primer impulso para la redención del trabajo, debe proceder de ti. Si quieres que el mundo te salude, debes llevar alta la frente, pero para llevarla, necesitas levantar también el ánimo. Si quieres entrar en el ejército de la nueva Idea, debes sacrificar á ella una parte de tu reposo y de tu paz; debes cumplir con más ardiente celo tus deberes de obrero, pero resistir á quien quiera sojuzgar tu conciencia de ciudadano; debes despojarte, bajo la disciplina del partido, de rencores y celos; hacer un

esfuerzo intelectual poderoso para apropiarte los argumentos y conquistar la palabra con que se justifican y se demuestran tus aspiraciones; debes aprender, mejorarte moralmente, dar ejemplo de dignidad de vida, de equidad, de bondad de ánimo, no solamente con respecto a las clases superiores, sino entre tus compañeros y en tu familia; debes hacer cuanto esté en tu mano, para hacer respetar y amar en tí la santa bandera a la cual consagras tu corazón, y confías tu derecho y tu esperanza.

Decimos a la mujer del trabajador:

—No retengas a tu marido por vanos miedos de que venga con nosotros, si la conciencia le mueve a ello. Recomiéndale la prudencia, pero no le aconsejes la vileza. Hay innumerables mujeres medrosas como tú, que en todos los tiempos retardaron el camino de las ideas más grandes y más benéficas. No temas, no, que en medio de nosotros encuentre amigos que puedan extrañarle; no somos nosotros, buena mujer, los que queremos arrancarle de tu corazón. Renuncia algunos ratos de su compañía, y

déjalo que venga; y volverá a tu lado contento por la conciencia del deber cumplido y con la mente iluminada por la nueva idea, y aun con el corazón mejor dispuesto hacia los afectos, porque en la compañía que tú temes se le abre el espíritu a la vida del pensamiento, se le enseña el respeto a la mujer, se le inspira el amor hacia el débil y la compasión para todos los dolores humanos.

No le contraries, porque turbarás su ánimo sin conseguir hacerle más tuyo de lo que es. Hazle que él se confíe a tí, acógele sus esperanzas, sosténle en su fe, y una nueva fuerza estrechará juntas vuestras almas y tú serás segunda vez su esposa.

Decimos a la madre del joven estudiante:

—¿Por qué te afanas por tu hijo, como si el camino que ha emprendido con nosotros fuera el camino de la perdición? Si tú leyeras dentro de su alma estarías contenta y orgullosa del tesoro que encierra dentro de ella.

El sentimiento que le mueve es aquello mismo que te lanza á poner el óbolo de la caridad en manos del viejo y del niño abandonado. Es el mismo sentimiento extendido á millones de seres humanos, animados por la esperanza de arrojar lejos de la sociedad aquellas miserias y aquellos males, por los cuales te conmueves tú también, pero únicamente cuando los ves personificados en un infeliz que mendiga. Mira, su ingenio y sus estudios, antes que útiles á él mismo, son ya útiles á los demás. En la lucha que combate con nosotros, madura precozmente su sentido, ennoblece su carácter y fortifica sus facultades. Deja que vaya con los obreros, donde conquista un concepto austero de la vida y se despoja de su egoísmo de clase y aprende el respeto al trabajo y á la pobreza. Deja que mezcle su levita de señor con aquellas rudas chaquetas, bajo las cuales latén corazones que lo aman.

No le detengas el paso cuando vaya á buscarnos. Bésale en la frente y dile:—Vé, es la voz de tu Dios quien te llama.

• •

Decimos al modesto burgués, ya sea pequeño propietario terrateniente oprimido por los impuestos y destinado á aumentar antes ó después el número de los desgraciados; ó á los pequeños industriales, cada día más impotentes para contener la concurrencia de las grandes industrias; ó al pequeño comerciante condenado á ser víctima, pronto ó tarde, de la centralización del comercio; decimos á cada uno de aquellos que por una ambición excusable en la sociedad presente preparan con grandes sacrificios á sus hijos para las profesiones liberales, lo siguiente:

—¡Oh tú que te declaras enemigo nuestro, consideras un lado solo de la gran cuestión social! Ve si continuando este furor de elevarse en la jerarquía social (efecto de las demasiado duras condiciones materiales y morales de la vida del trabajador), ve si los hijos de tus hijos no se encontrarán reducidos á luchar con una concurrencia tan formidable que haga la lucha desesperada. Piensa si para prevenir este daño hay otro medio que el de establecer el equilibrio entre los dos factores, intelectual y mecánico, de la producción: colocando el trabajo en tales condiciones, que no le huyan ins-

tintivamente porque parezca como un castigo de Dios, lo cual es el primer intento del socialismo.

Reflexiona si no llegando á esto la sociedad, no estará condenada á morir de una plétora de licenciados y doctores famélicos y de desordenados rabiosos, fijando su mirada en el porvenir, y te convencerás de que aun teniendo el aspecto de tus enemigos, somos verdaderos amigos de tus hijos y de los hijos de ellos.

Decimos á los hombres de ciencia y á los artistas:

—¿Cómo puedes tú sospechar que es enemiga tuya una doctrina que sobre una fe ilimitada en el progreso de la ciencia, se funda en gran parte en el perfeccionamiento de las máquinas, y del predominio de la agricultura racional y de la explotación científica de todas las fuerzas de la Naturaleza espera á un tiempo una disminución del esfuerzo humano y una duplicación de la producción general? ¿Cómo puedes tú, escritor ó artista, temer el triun-

fo de una doctrina que quiere extender á todos, en la mayor medida posible, los goces del espíritu, y centuplicar con esto el número de hombres aptos para comprender tu obra?

Y si la sociedad futura te pidiese á ti, hombre científico, el sacrificio de volver tu ciencia á fines más directamente humanos; y á ti, artista, descender más amenudo desde la altura de tu trabajo libre al oficio de educador de las muchedumbres, ¿no os parecería dulce semejante sacrificio recompensado de una tanto más difundida admiración y más vasta gratitud? ¿Y cómo no sentís que ese más alto deber de generosidad y de sacrificio está impuesto á los privilegiados de la inteligencia, aquellos que llevan sobre la frente desde el nacimiento este signo luminoso de la predilección del destino?

Decimos al filántropo:

—¿Oh tú que combates nuestra obra porque crees que la caridad es suficiente para resolver la gran cuestión que afana al mundo, desengáñate ante la evidencia de los

hechos, y ven con nosotros! No, no se resuelve la cuestión social con la beneficencia. No se fecunda una vasta tierra llevando el agua á sorbos, sino esparciendo por una red de anchos canales el manantial inagotable de la montaña.

Tu caridad no puede nada para los millones de hombres á quienes está interceptada, legalmente, por la fuerza de las cosas, gran parte del fruto de su trabajo: es impotente ante la desocupación, producto de las crisis desastrosas que se derivan de la anarquía de la producción; y puede hacer menos todavía por aquella gran muchedumbre trabajadora, á la cual el pan no falta, pero que pide una disminución de fatiga, una educación civilizada, un puesto más honrado en el mundo, al cual no tiene menos derecho que al pan. No; el remedio que te aconseja tu caridad humanitaria no basta: es preciso que concurras también, á más de con el corazón, con el óbolo de tu razón. Ven con nosotros, porque tu corazón es bueno, y sin dejar la obra de la caridad, pide con nosotros justicia, levanta á los miseros, pero trabaja tú también para destruir la miseria; conforta á los vencidos, pero ayuda á preparar una sociedad en

donde no haya más vencedores ni vencidos, hasta donde lo pueda conceder la naturaleza y la fortuna.

Decimos al rico:

—Si te dice la razón que es justa nuestra causa, y te detiene de abrazarla el temor de precipitar para ti y para tus hijos la pérdida de la riqueza, vives engañado. Siguiendo así las cosas, no será el socialismo quien te quite tus bienes; serán las catástrofes políticas y financieras á que conducen inevitablemente el militarismo, la guerra, la deuda pública, el desorden, todo inseparable de la organización actual que defiendes.

La caída lejana de tu fortuna no será efecto de la doctrina socialista, sino de las grandes necesidades sociales y económicas de las cuales ha nacido la doctrina y por las cuales se difunde. ¡Tú temes la revolución, el desquiciamiento, el robo! Pero si es esto precisamente lo que el socialismo trata de impedir, conteniendo las pasiones violentas que detienen los gérmenes de las ideas fecundas, previniendo la revolución

mediante la evolución, descomponiendo y rehaciendo el edificio poco á poco, para que la sociedad no tenga que permanecer jamás desconcertada y aterrorizada en medio de un campo de batalla y de carnicería. ¿Cómo no comprendes que este movimiento inmenso tiende al bien de todos?

Abraza nuestra causa, y combatiendo por ella, tú que tienes la riqueza, darás un ejemplo; tú que tienes la independencia, serás una fuerza, y te sentirás libre de los dos peores tormentos de tu vida, que son: la manía de adquirir y el terror de perder, porque la conciencia de ser justo y magnánimo valdrá para ti lo que el más precioso de los tesoros, será la sola verdadera felicidad que ningún acontecimiento, ninguna fuerza, podrá arrancar de tu corazón.

Al hijo del rico, por último, dedicamos nosotros el siguiente razonamiento:

—Tú has nacido en medio del bienestar. Si quisieras conquistarte un puesto honrado en el mundo, te costaría bastante menos trabajo que á los otros, porque serás como un hombre armado en una lucha en que

casi todos los demás están inermes. Está seguro desde ahora de que no tendrás jamás que sufrir privaciones, jamás humillarte para no perder el pan, y que podrás ser fácilmente bueno, decente, respetable y respetado y estar contento.

Ahora bien: mira, mira cuánta miseria hay en torno de ti, cuántas duras fatigas, que dan apenas para vivir, cuántos millones de niños dejados en la ignorancia y en el abandono, cuántas familias reducidas á la indigencia, sin culpa, cuánta desigualdad injusta, cuántos dolores sin esperanzas y cuántas iras y cuántos odios.

Y bien: si te dijese que hay un modo de hacer que todas estas miserias sean disminuidas, que el trabajo no falte á ninguno, ó que se haga menos duro á todos, que todos los niños puedan instruirse y educarse, que las desigualdades injustas desaparezcan, que los odios de clase se extingan, que la sociedad llegue á ser como una gran familia, donde, si no la felicidad, reine al menos la paz; pero que para obtener todo esto se necesita que los muchachos como tú renuncien á su suerte privilegiada, entrando en las condiciones comunes y se resignen á trabajar y á luchar para vivir modesta-

mente como los demás, ¿consentirías tú en el sacrificio?

Y el niño nos contesta inmediata é irresistiblemente:—¡Oh, sí que consentiré! ¿Y cómo no?—Y nosotros no le decimos más: hemos sembrado en su corazón el buen germen.

Estos son nuestros pensamientos y nuestros sentimientos.

Si no son cada día del año tan benévolos ni expresados siempre con palabra tan templada, no es porque no sean así en nuestro corazón, sino porque somos hombres, ó lo que es lo mismo, naturalezas débiles, sujetas al orgullo, fáciles á la irritación por la calumnia, y también porque con demasiada frecuencia se ofende en nosotros la libertad del pensamiento y de la palabra, que es una sagrada herencia dejada por nuestros padres, y que debia ser una condición indispensable de nuestro pacto nacional.

Pero cada año, en este día, nosotros nos renovamos sinceramente el propósito de mantener siempre el ánimo elevado como nuestra Idea. No es este el último de los

efectos benéficos de la fiesta del 1.º de Mayo. Y nosotros confiamos que esta fiesta será solemnizada cada año en el porvenir con mayor y más serena dignidad. ¡Oh, ciertamente! Ella será cada día más espléndida y más solemne en lo futuro. No se celebrará únicamente en las calles y en las Asambleas, si que también en las familias en que la idea socialista acabará por estrechar aquellos vínculos que ahora en muchos hogares están alojados, y en algunos hasta rotos. Será el día en que las conciencias y los corazones, convertidos por la lenta obra de la razón, serán también más buenos y más se reconciliarán con las personas amadas; el día en que el padre dirá al hijo: «Sí, hijo mio, eras tú quien tenia razón; eras tú más bueno y más justo que yo, que ya no soy únicamente tu padre, sino también tu *compañero*;» el día en que la mujer dirá al marido: «Te he contrariado, perdóname; no te comprendía, ahora te comprendo, y toda el alma mía está contigo y por tu causa;» el día en que la madre dirá á su hijo: «Me arrepiento; veo ahora dónde está la verdad y la justicia; tu fiesta del 1.º de Mayo será de ahora en adelante también la fiesta de tu madre.»

¡Sí, quizás esté lejano este día, pero vendrá!

Nosotros lo creemos, como creemos que la tierra germina bajo el rayo del sol. ¡Creemos que el 1.º de Mayo permanecerá para siempre y se agrandará en los años sucesivos y por la haz de todos los pueblos, y que después de haber redimido el trabajo, matará la guerra, y que después de haber confundido las clases sociales, fraternizará las Naciones, y que será venerada por las generaciones venideras, como una de las fechas más faustas y más gloriosas de la historia del mundo!



## UNA RESPUESTA

UN periódico, que no hace al caso nombrar, repitió con mucho escándalo la acostumbrada acusación contra aquellos socialistas *de mala fe*, los cuales, *viviendo en la opulencia*, no son los primeros en poner en práctica sus principios, haciendo participar de sus propios recursos y de sus propias delicias á sus compañeros necesitados. Verdaderamente, socialistas que vivan en la opulencia y en las delicias no conocemos en Italia. Conocemos, sí, varios que en treinta años de trabajo intelectual, honrado y no inútil, no explotando el trabajo ajeno, han llegado á una modesta situación de comodidad y bienestar, situación que no les libra, sin embargo, de la necesidad de continuar trabajando hasta los últimos años para caminar y dar educación á sus hijos.

Y estos y otros socialistas de la misma

¡Sí, quizás esté lejano este día, pero vendrá!

Nosotros lo creemos, como creemos que la tierra germina bajo el rayo del sol. ¡Creemos que el 1.º de Mayo permanecerá para siempre y se agrandará en los años sucesivos y por la haz de todos los pueblos, y que después de haber redimido el trabajo, matará la guerra, y que después de haber confundido las clases sociales, fraternizará las Naciones, y que será venerada por las generaciones venideras, como una de las fechas más faustas y más gloriosas de la historia del mundo!



## UNA RESPUESTA

UN periódico, que no hace al caso nombrar, repitió con mucho escándalo la acostumbrada acusación contra aquellos socialistas *de mala fe*, los cuales, *viviendo en la opulencia*, no son los primeros en poner en práctica sus principios, haciendo participar de sus propios recursos y de sus propias delicias á sus compañeros necesitados. Verdaderamente, socialistas que vivan en la opulencia y en las delicias no conocemos en Italia. Conocemos, sí, varios que en treinta años de trabajo intelectual, honrado y no inútil, no explotando el trabajo ajeno, han llegado á una modesta situación de comodidad y bienestar, situación que no les libra, sin embargo, de la necesidad de continuar trabajando hasta los últimos años para caminar y dar educación á sus hijos.

Y estos y otros socialistas de la misma

familia saben de manera ciertísima que además de ser caritativos con los pobres sin que brillen sus nombres entre los de los Comités de beneficencia, hacen sacrificios graves por la propia causa, dedicando á ésta con ánimo tranquilo un tiempo y una laboriosidad que equivalen anualmente, para ellos, á una suma sin duda algo superior á la que invierten en obras caritativas la mayor parte de aquellos por quienes son acusados de no ser socialistas sino de píco. Y conociendo á estos socialistas, sabemos que, al abrazar nuestra causa, no sólo no miraban á los honores que se consiguen por muy otro camino, ni á la fama que ya tenían, ni á entrar en el Parlamento, en lo que no han pensado jamás, sino que estaban plenamente convencidos de que renunciaban para siempre, al dar aquel paso, á todo honor oficial, á la pérdida de una popularidad fructífera, para conquistar una costosa y hacerse infinitamente más difícil que lo era en el pasado, el camino de su vida política si esta ambición les hubiere sobrevenido alguna vez. Y sabiendo todo esto, es absurdo pensar que pueda lanzárenos esta acusación que se nos lanza, de no ser socialistas sinceros.

Sin embargo, digamos toda la verdad: si estos socialistas indujesen á sus hijos á entrar en un taller en vez de enviarlos á la Universidad, y reduciéndolos á vivir como simples obreros, diesen á su partido y á los pobres todo aquello que no es absolutamente indispensable para su existencia (hacemos esta hipótesis, porque en la del acusador de Lamar una docena de compañeros á vivir algunos años con ellos en las «delicias», no tiene sentido común), si esto hiciere aquel socialista, nosotros, aunque dudando de que prestase por ese medio un servicio á su causa, en la que llegaría á estar sustraído ó desarmado á medias, los pocos campeones absolutamente independientes y libres que hoy la sirven, nosotros reconocemos que sería bastante más admirable, y—abstractamente hablando,—también más lógicos que ahora lo son (\*).

(\*) Al publicarse este trabajo en un periódico italiano, la Redacción escribió por su cuenta la siguiente nota:

«No estamos en modo alguno conformes con la opinión de nuestro ilustre colaborador (E. De Amicis); mantenemos, por el contrario, que *abstractamente hablando*, los socialistas acomodados que se desprendiesen de su hacienda, reduciéndose á vivir como simples obreros, serían, quizás, más admirables bajo un cierto sentimentalismo más ó menos «tolstoiano», hoy de

No lo hacen. Y bien, son hombres débiles, inficionados ellos mismos también del egoísmo, miseros mortales, en suma. Comprenden y sienten la causa de la verdad y de la justicia, la proclaman, combaten por ella, hacen por ella sacrificios de dinero, de ambición y de afectos. Pero no lo sacrifican todo. Digámoslo en tres palabras: no son héroes, y no tienen ninguna dificultad en reconocerlo y confesarlo ellos mismos, y no sin cierto remordimiento y cierto rubor.

En cambio, aquel periodista censor, y todos los demás con él, cometen una grave imprudencia, acusando por esto de mala fe á los aludidos; porque el defecto de no ser héroes parece que sea también común á los soldados de todas las causas que ellos esti-

moda, pero de ninguna manera más lógicos, porque menguaría y restaría fuerzas y medios á su propia causa, lo cual equivale á decir que originaría daños y perjuicios.

»Nosotros mantenemos, por el contrario, aun á riesgo de pasar por vulgares y brutales, que si de un socialista acomodado se apoderase la necesidad sentimental de repartir á los pobres y á los compañeros todo lo suyo, entonces solamente haría obra meritoria y heroica si se esforzase por refrenar semejante arranque, sublime, sí, sin duda, pero no razonable, que causaría sólo la alegría... de los enemigos del socialismo.» (Nota de la Redacción para aquellos lectores que no lleguen á penetrar el velo de ironía que seguramente envolvió el pensamiento del escritor).

man más altas y más santas. Sabemos, por ejemplo, que el censor en cuestión es un creyente que en el triunfo de la fe religiosa ve la única solución posible á la cuestión social, que, golpeándose con la mano el corazón, suele decir: «yo soy socialista cristiano.»

Y bien: qué nos respondería si, sirviéndonos de su lógica, nosotros dijésemos á todos los creyentes, ricos y acomodados, eclesiásticos y seculares, liberales y conservadores: ¡oh vosotros, almas cristianas, vosotros que creéis en Aquel que decía: «dad lo superfluo á los pobres», por qué no dáis á los pobres vuestro superfluo *ut fiat equalitas*, como explica San Pablo? ¿Por qué no ponéis en práctica el principio del Maestro: «vende todo lo que tengas y distribúyelo entre los que no tienen nada»? ¿Por qué no dividís con éstos hasta vuestro último pan, como Él abiertamente prescribía? Os llamáis cristianos, y en medio de millones de criaturas humanas que se mueren de hambre, tenéis carruajes, hermosas casas, magnífica mesa, mil comodidades... luego sois cristianos de mala fe.

O conviene el autor del artículo en que diciendo esto fendríamos razón, y debe re-

conocer en tal caso que la acusación por él dirigida á los socialistas acomodados no significa nada porque se puede revolver contra él y contra sus compañeros de fe; porque es echar en cara á aquellos la falta de una virtud sublime de la cual ningún otro da ejemplo; porque es una censura que no hiere á los partidarios de una idea, sino á la sociedad entera: ó busca cavilar, teológicamente, sobre el significado de la palabra *superfluo*, y toda cavilación que sirva para defender á los suyos, servirá igualmente para excusar á los nuestros; ó discutir el hecho que nosotros le hacemos observar, y podremos decirle que él niega una verdad clara, experimental y palmaria como la luz del sol.

Y de cualquier modo que él quiera responder, el acusar á los socialistas acomodados de no ser socialistas de buena fe por el solo hecho de que no distribuyen entre los pobres toda su hacienda, es, como argumento contra el socialismo, un vago y tonto lugar común, que hará, como siempre, encogerse de hombros hasta á los niños.

Digamos más: creemos que de la falsedad de esta acusación están persuadidos aquellos mismos que la lanzan, y que, al

lanzarla, no les mueve la conciencia, sino la pasión. Son los socialistas acomodados, con efecto, aquellos que ellos detestan más cordialmente, precisamente porque son aquellos que, gracias á su bienestar, han gozado mejor del tiempo y de la manera de aguerirse con el estudio para la defensa de la Idea; aquellos contra los cuales no basta para combatir al socialismo blandir las armas enmohecidas y despuntadas de la vieja Retórica burguesa; aquellos, por último, que comprenden, mejor que otros, la lastimosa ignorancia en que están acerca de las doctrinas socialistas los que las detestan, y que también comprenden que tras de la ciencia que las combate, se esconde las más de las veces, bajo una gravedad presuntuosa de quien finge despreciar dichas teorías, la misma ignorancia supina que acabamos de mencionar.





---

## UNA TEMPESTAD EN FAMILIA

---

(FRAGMENTO)

EN la noche del 6 de Mayo fulguraba radiante la casa del Sr. Bianchini, caballero condecorado, porque se celebraba la acostumbrada fiesta del aniversario de su matrimonio. Pero, como sucede con frecuencia en las familias, la recepción fué precedida de una borrasca.

La señora había tenido un golpe de ingenio. Informada por su marido de las nuevas ideas de su hijo Alberto, después de haberle prometido guardar el secreto, había creído acto de alta sabiduría y prudencia ir *de occultis* á advertir al suegro, al señor Comendador de la Cruz de..., á fin de que viniese preparado á la recepción, y que, aprovechándose del auditorio que haría eco á su voz, y revestido con su autori-

dad, recondujese al joven á la razón. Y aquella misma noche, á la comida, anunciaba al Sr. Bianchini su traición con una tan jactanciosa seguridad de haber hecho bien, que estuvo á punto de sacar á su esposo de sus casillas.

Cuando el Sr. Moretti, llegado el primero, entró en el salón con su rostro sonrosado y sonriente de viejo optimista, vió todavía á su amigo con cara trémula, en la cual se confundían los vapores del vino de Barolo y los de la cólera, y la señora con aire altivo y obstinado, como de quien ha defendido con denuedo una idea.

Pero Bianchini esperaba todavía conjurar la batalla á fuerza de diplomacia, y se decidió á emprender su obra. Llamado aparte Moretti, le recomendó, con semblante grave, que no hiciese durante la velada recaer el discurso sobre el 1.º de Mayo y sobre la cuestión social, porque al tal asunto podría seguir un encuentro entre el suegro y su hijo, que pensaban en esta cuestión de modo bien distinto.

—¿Por qué?—preguntó maravillado Moretti.—De la discusión nace la luz, y acabarían por entenderse.

—¡Imposible!—respondió Bianchini, á

insistió tanto y tanto hasta conseguir la promesa de su interlocutor.

Entraron casi á un tiempo Alberto y su mujer con el pequeño Julio, y el viejo Doctor Geri, dueño de la casa, con su hijo y su nieto, un muchacho de diez y seis años, discípulo de Alberto. Formaban una trinidad curiosa, muy semejante uno á otro, á pesar de la gran diferencia de edad; se veía que el muchacho, á los veinte años, iba á ser el retrato, en miniatura, de su padre, y después de otros veinte el del abuelo. Eran de una dinastía seca y enjuta, los tres un poco encorvados de espalda, los tres sonriendo de igual manera, con la contracción facial de quien se limpia los dientes.

El viejo tenía una cara pálida y barbilampifa, que parecía livida por efecto de la peluca negra y de los anteojos ahumados, bajo los cuales surgía una gran nariz de caballete, encorvada sobre una boca torcida é inquieta que revelaba sentimientos no manifestados por los ojos, siempre bajos y errantes, como si buscasen algo en el suelo. Los tres respondieron con la misma sonrisa aere á la cortesía festiva con que fueron acogidos, cortesía que el viejo Geri, como casero, acogió con usura; las

palabras entre Geri y Bianchini habían llegado en todo asunto á tal extremo; que hacía años que el inquilino ordenaba y pagaba por su cuenta todas las grandes ó pequeñas reparaciones, para no gastar con el dueño palabras inútiles. Su avaricia era proverbial aun fuera de la casa; nunca franqueaba una carta, para que la pagase el que la recibía; no daba jamás una propina, y en verano, paseando por las calles de Turín, muerto de sed, tomaba un vaso de limón de dos céntimos de los aguaduchos de las esquinas, y no sólo no daba jamás una limosna, sino que la sola vista de un mendigo le exasperaba, hasta el punto de que si hubiese alguno osado pedirle, le habría pegado. Había ejercido en otro tiempo la Medicina, y después la había dejado, porque toda la clientela se le escapaba á causa de sus indiscreciones. Hacía años que todas las alegrías de su vida se reducían á la de ser casero. Para él, el dueño de una casa era un ciudadano insigne y benemérito, una columna del Estado, que tiene derecho al más obsequioso respeto de las autoridades y á los más delicados miramientos de sus conciudadanos. Escribía semanalmente una cartita á algún periódico,

firmando con las iniciales, lamentándose de los cantos nocturnos, del estrépito de los carros, de las cornetas de los soldados, del ruido de los estudiantes, de todo lo que pudiese turbar la quietud de su morada, y repetía como un entreparéntesis constante, interpretándola á su modo, la sentencia de Goethe, de que no es un hombre digno á la verdad de tal nombre, quien no ha criado un hijo, ó plantado un árbol, ó fabricado una casa. La humanidad, para él, se dividía en caseros é inquilinos, y éstos eran, naturalmente, de una raza inferior.

Los tres Geri se sentaron, y el Sr. Bianchini les hizo en voz baja la misma recomendación que á Moretti (ya comprenderán ustedes... hay disentimientos de ideas, si se pudiese evitar...).

El viejo se maravilló, el hijo se sonrió, buscando con los ojos á la señora Julia, satisfecha por descubrir el lado ridiculo del joven profesor, que por oposición de naturaleza le había sido siempre antipático, é iba á hacer una pregunta, cuando entraron Cambiari y su mujer.

Entró en el salón con ellos un soplo de salud y buen humor.

Aquella hermosa morena de formas re-

dondeadas, sencilla, alegre; aquel angelote de cara abierta sobre la cual se unían la bondad, la inteligencia, la astucia, ambos llenos de vida y de simpática charla, eran la imagen de su propia casa: una casa de honrados bromistas, llena de chicos de todos sexos y estaturas, donde se cantaba, se bailaba, se corría en bicicleta por las habitaciones, se acostaban á la oración y se comía á todas horas, sin que ninguna contrariedad ni ninguna pequeña discusión escolástica ó desgracia doméstica interrumpiera jamás el curso de las visitas, de las comidas, de las jiras campestres en que se gastaban cada año cuanto entraba en la casa. Y en medio de aquella Babilonia, Cambiari trabajaba con entusiasmo y con fortuna, perdiendo y volviendo á encontrar las cuentas y dibujos entre los juguetes y periódicos de modas, tocando el piano á ratos perdidos, jugueteando con la prole, leyendo un poco de todo, en la cama, haciendo la corte en broma á las amigas de su mujer, cuya riente distracción é ingenua ignorancia de bella y buena ama de cría, alegraban la vida.

Cambiados los primeros saludos, Bianchini condujo á un rincón á Cambiari, y le

hizo la misma recomendación. Éste sonrió primero, después se puso serio por cortesía. Cierto que el suegro y el yerno eran dos cabezas que no se debía dejar que se tropezasen en una cuestión de aquella naturaleza. Preguntó si Alberto había sido siempre muy firme en sus ideas. Bianchini le contestó que sí, resueltamente, y añadió más bajo:

—Y tiene razón; yo pienso como él; también yo soy partidario de la verdad y de la justicia.

Cambiari le miró fijamente, sospechando que hubiera bebido más de lo regular; pero Bianchini le volvió la espalda y le dejó para ir á buscar al Sr. Luzzi, y á su señora, que entró con arranque de bailarina.

Luzzi y su mujer formaban la pareja más original de la reunión. Él era Vice-director de una Compañía de seguros; una figura menuda de escolarcillo indisciplinado, medio calvo, con dos ojillos de topo, un bigotito minúsculo, negro, retorcido, en forma que parecía pintado con corcho quemado; un semblante en que radiaba una astucia que no tenía, con aire de reflexionar, pensar, saber y comprender mucho de lo que en realidad ni pensaba, ni reflexio-

naba, ni sabía, ni comprendía. No se podía adivinar cuántos años tuviese por encima de los cuarenta. Pasaba por una autoridad en su profesión, porque dedicaba todo su tiempo á escoger proyectos de reformas administrativas, estudiando la organización de todas las Sociedades de seguros existentes en el universo; proyectos que eran siempre tomados en gran consideración, pero jamás realizados ni llevados á la práctica. Se decía que tenía una fortuna; pero él lo negaba resueltamente con sonrisa fugaz.

Él hablaba poquísimo, pero siempre fingiendo que se encontraba recogido y abstraído en sus pensamientos, no perdía palabra alguna de las personas á las cuales escuchaba como para aprender siempre algo que ignorase. Nadie podía suponer cómo se habían compuesto y apañado él y su mujer, que era una morenita atrevida, de treinta años, con dos ojos que quemaban, con un lunar graciosísimo en la mejilla izquierda, con un cuerpecito de muchacha precoz, semejante á las elásticas mujercillas japonesas que se apeloan y se acurruean bien sobre las esterillas de la sala y sobre las rodillas del marido, vestida siempre con una elegancia y un gusto, perfectamente

conformes con su belleza diminuta é inquieta, todo capricho, y que despertaba provocante el deseo de abrazarla.

Al par de todo esto, mostraba una seriedad tan inteligente cuando quería, que un hombre de Estado la habría hablado de política como á un experimentado periodista. Hacía sólo dos meses que su marido había sido trasladado desde Venecia á Turín, donde la Sra. Julia había reconocido en ella una antigua compañera de colegio, perdida de vista hacia más de veinte años, pero recordada siempre entre otras cien como el espíritu más turbulento y más revoltoso de la escolaresca.

Aprovechando un momento oportuno, el caballero Bianchini hizo la recomendación al Sr. Luzzi al oído. Éste, sin mirarle, le contestó en tono compasivo:

—También usted, caballero, es uno de aquellos que creen que existe una cuestión social?

Bianchini respondió gravemente:

—Existe.

Y el otro:

—Es una alucinación de la burguesía.

(Sin embargo, ofreció callar.)

Después de esto, fué á recomendar, por

última vez, prudencia á su Alberto, quien lo serenó; y en medio del salón grande, dirigía Bianchini una mirada satisfecha sobre la bella reunión.

— Todavía duraba el cambio de saludos y de cumplimientos, con aquella cháchara de aristocracia burguesa, que es la gentileza aristocrática contrahecha. Se veía, sin embargo, y se percibía que faltaba aún el invitado más conspicuo, un personaje, considerado por todos, con conciencia y por complacencia, en grande estima, y por todos señalado y distinguido con justo título: el Comendador.

— ¿Vendrá el Comendador?

— ¿No ha venido todavía el Comendador?

— ¿Cuándo tendremos el gusto de ver al Comendador?

La camarera anunció en alta voz:

— El señor Comendador.

Entró primero la Sra. Paula, una enanilla vestida de obscuro, con el aire tímido y dulce de una devota, y su indispensable cruz de oro colgada al cuello; y detrás de ella el amplio semblante del Comendador, con bigote á lo Bismarck, cabellos grises echados hacia adelante, caracolados hacia las sienes; un gran rostro sólido y limpio,

que podía resultar simpático á quien no notase la expresión de dureza que tenía en la boca, un poco caída de los lados, y una luz indefinible que le brillaba en los ojos, no originada de dentro, sino muy al exterior, semejante al reflejo de las irisaciones en el vidrio. Se comprendía al primer golpe de vista que venía de mala gana y por puro deber de parentesco.

Alberto, que no le veía desde días atrás, fué, entre los primeros, á adargarle la mano, que el Comendador estrechó con su manera acostumbrada, como hace un Director general con un joven empleado. Cuando todos le hubieron reverenciado, él permaneció en un rincón con dos de los Geri. Los otros se sentaron por aquí ó por allá, y empezó un vivo cascar con el habitual cambio de preguntas que no requieren respuesta y de respuestas no escuchadas por quien las ha pedido; de cuentos empezados y narraciones no acabadas, cruzadas, interrumpidas y rotas por otros discursos descabezados, y carcajadas diminutas de señoras; exclamaciones caricaturescas de estupor ó de fingida alegría, de aquel juego de pelota de frases y de pensamientos que se derrocha en todas las reuniones antes de que se llegue á ende-

rezar ó emprender las conversaciones particulares.

Y este rumor continuó hasta que los dueños de la casa invitaron á la tertulia á que pasase al comedor, donde anualmente, en tal noche, se preparaba una cosa *improvisada*, que ya se esperaban. Había, bajo una iluminación de altar mayor, una mesa apetitosa, en la cual, entre ramos de flores y tarros de dulce, se levantaba la punta de variados colores de los helados, los cuellos brillantes de las botellas, las pirámides olorosas de las naranjas mandarinas, esparcido todo con arte sobre varias mesas, en medio del centelleo de la porcelana, de la plata y de la cristalería, que al primer golpe de vista del salón hacía pasar como un relámpago de orgullosa altanería en los ojos de los dos cónyuges, perfectamente acordes en aquel sentimiento.

Una vez aquí, la sociedad se dividió en grupos, según las afinidades electivas; sobre el sofá más grande, adosado á la pared, las señoras jóvenes y la muchacha; en otro sofá, en un rincón, la dueña de la casa y la Sra. Paula, con Moretti, caballero obsequioso de las viejas damas. En otra parte opuesta el Comendador con sus

dos Geri, y todos los demás hombres, de pie, alrededor de la gran mesa del centro; los dos chicos, en la terraza próxima al comedor; era una hermosa velada: de los árboles de la plaza venía rica fragancia de hojarasca fresca, y las fachadas de las casas del rededor, blanqueadas por la luz eléctrica, producían por las ventanas abiertas como un fondo teatral que acrecentaba la alegría de estos salones.

Ya se habían desmontado casi por mitad muchos de los enhiestos platos, y las conversaciones parciales se habían emprendido hacía un rato, sin que ningún discurso se hubiese todavía escurrido, que hiciese temer el preludio de alguno peligroso. El caballero Bianchini comenzaba á serenarse, y tenía una viva satisfacción de amor propio, porque al fin era él, él, Antonio Bianchini, quien con su sabia política, con la elocuencia de sus recomendaciones, graves, de profunda significación, había obtenido este gran triunfo. Le quedaba un vago temor: que el Comendador, por ejemplo, asaltase, aun no siendo provocado; pero por el aspecto de su rostro, no se lo parecía, y oyendo que discurría sobre la gran cuestión de las alcantarillas de Turín, que era

una de sus manías, arrancó del ánimo hasta aquella nube de miedo, y se fué sereno á dirigir bromitas á la Sra. Cambiari.

Alberto, por su parte, resuelto á mantener la promesa hecha á su mujer de no encender la tea de la discordia el primero, no estaba tampoco descontento de haber sido dejado en paz, y discurriendo de asuntos de enseñanza en medio del salón con Cambiari y con Luzzi, observaba de vez en cuando á la mujer de éste, que despertaba todavía y siempre el sentimiento de curiosidad de una persona nueva, no habiendo tenido en los dos meses que hacía que la conocía, ocasión de cambiar con ella sino pocas palabras.

Pero llegado á un cierto punto, continuando su discurso, cogió al vuelo una frase de su suegro, que charlaba con Geri:

— Cualquiera que haga esperar á las clases pobres una mejora por otro camino que por el de la moralidad y la educación, las engaña.

Alberto se interrumpió, y dijo bajo á Cambiari y á Luzzi:

El acostumbrado lugar común, el círculo vicioso. La educación no es posible sin un cierto grado de prosperidad material,

porque no hay moralidad que resista á la prueba prolongada de la necesidad... es como querer curar á un enfermo con una medicina que no puede tragar.

— Ciertamente— dijo Geri respondiendo al Comendador,— la moralidad está en el trabajo.

Alberto levantó los hombros, y murmuró:

— En el trabajo humano, no en el trabajo que embrutece.

El suegro respondió á Geri:

— Está probado, por otra parte, que hay diez veces más pobres por vicios ó por indolencia, que por desgracia. Las estadísticas lo dicen. Y aquel tanto por ciento de pobreza que se deriva de la desgracia, ese no está en poder de los hombres suprimirle, precisamente porque no está causada por ellos. Es una verdad tan antigua como el mundo.

— Y así, ¿el problema está resuelto!— dijo Alberto un poco más alto.

A aquellas palabras, el caballero Bianchini se aproximó, con la cara del aldeano que ve que amenaza á la cosecha una nube en el horizonte.

El Comendador, que había escuchado,

se volvió directamente al joven, y le dijo con acento autoritario:

—No está resuelto, porque no tiene solución, querido profesor mío; ninguna reforma podrá realizarse, á menos que la mayoría de los hombres no sea condenada á un trabajo duro y poco pagado. La pobreza de la mayoría no es un mal constitucional, crónico, de la sociedad: es efecto de una ley social, contra la cual es absurdo rebelarse.

Á aquellas palabras, dichas con la seguridad de no tener réplica, todos callaron, husmeando una batalla.

—No es efecto de *una ley*—repuso Alberto,—sino de *leyes*.

—Bien, sea, *¡de leyes!* pero de leyes naturales del mundo económico, que son tan fijas é inmutables como las del mundo físico.

—¿Fijas é inmutables?...—insinuó Alberto, corrigiendo con el acento respetuoso, la irreverencia de la forma interrogativa.—¿Por qué? Sin duda están fundadas en hechos. Pero, estos hechos, ¿son acaso necesarios, imprescindibles, son tales que se puedan deducir de ellos principios absolutos? Los hechos cambian, y pueden, por tanto, cambiar también las leyes que sobre los mismos se fundan.

El Comendador sonrió.

—¡Sueños! No muda, ni mudará jamás, el hecho principal de que la vida del hombre es una guerra permanente contra todo y contra todos; que la fortuna es de los vencedores, y que todos no pueden vencer. La única cosa que se puede desear es que se mantenga libre como ahora la concurrencia, que es el alma de todo progreso. ¿No negarás esto, supongo?

—Usted dispense—replicó Alberto,—pero lo niego.

El Comendador abrió desmesuradamente los ojos.

—No hay libertad de concurrencia donde las fuerzas sociales no están á disposición más que de un pequeño número, y no puede existir mientras que no sean puestas en condiciones semejantes entre todos los miembros de la sociedad, las condiciones iniciales de la lucha.

—¿Acaso da iguales esas fuerzas la Naturaleza?

No; pero se trata de suprimir los efectos de las desigualdades que la Naturaleza produce; se trata de suprimir las desigualdades existentes desde el nacimiento de aquellos hombres que la Naturaleza ha hecho iguales.

—Éstas están ligadas á aquéllas, y aun cuando se pudiesen suprimir, renacerían necesariamente.

—No, cuando no fuese posible otra propiedad que la que es fruto del trabajo personal.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el suegro con una risotada, levantándose.—¡La supresión de la herencia! ¿Has llegado ya á eso? Pues acepta mi más sincera congratulación.

Antes que el chico tuviera tiempo para contestar, el caballero Bianchini se puso por medio, y con una sonrisa que hacía traición al ahínco y afán mal disimulado, tocando el pecho á Alberto, y volviéndose al Comendador, gritó cómicamente:

—¡Oh! ¡Prohibida la discusión! ¡Nada de discusión! En los días de fiesta no se discute. Esta noche mando yo. Si oigo una palabra más, apago las luces y disuelvo la asamblea.

Los dos disputantes se aquietaron, volviéndose cada uno á decir sus propias razones en el círculo en que se encontraban.

Mientras, volvía á tomar cuerpo la charla general; pero ambos tenían el semblante mudado y sonreían con un esfuerzo

un poco anhelante. Se comprendía que en breve volverían á cruzar sus espadas de duelo.

El doctor Geri, entre tanto, volvió á emprenderla por cuenta suya con el Comendador y con su propio hijo. Para él, no había otro remedio á los males sociales que poner un límite á la multiplicación de la especie, por todos los medios posibles, los cuales él conocía y aceptaba todos, hasta los más duros y aun los más repugnantes. Todos los demás procedimientos le causaban lástima. Era una idea fija que le había sido transmitida como una manía hereditaria por su padre, médico, el cual había conocido en 1830 á Malthus, cuando era profesor de Economía política en Haileybury, y se había entusiasmado de su persona y de sus teorías.

Para él, Malthus era uno de los más grandes genios de la humanidad, y le nombró diez veces en treinta palabras.

La Sra. Cambiari, á la cual casi todos los nombres célebres le resultaban nuevos, asombrada y contenta por conocer aquél, se volvió hacia el viejo Geri y le dijo en alta voz:

—¡Ah, Malthus! ¿Aquel que no quería más niños?...

Todos se echaron á reír, hasta el mismo Geri; pero pronto se puso serio y volvió á emprender su discurso.

—El porvenir será su doctrina. Cuando el pueblo bajo se persuada y lo ponga en práctica, se cambiará el mundo.

—¡Sr. Doctor! —prorrumpió la señora Luzzi, —no hable de aquel triste cura, un misántropo, enemigo del amor, un hombre brutal, repugnante.

Pero el viejo Geri no discutía con las señoras, y continuó:

—Para refrenar la producción de los hambrientos, no hay otro recurso. Todos nuestros males se originan de que son demasiados los que quieren estar bien.

Moretti gritó desde el ángulo opuesto de la sala con su voz de gallito:

—¡No, Sr. Doctor, no hay un solo hombre de más sobre la tierra! Cada hombre es un productor. Tres cuartas partes de la tierra están incultas por falta de hombres.

Cambiari añadió:

—En ningún país se ha verificado jamás la teoría de las dos progresiones.

Moretti insistió:

—Con la multiplicación de los hombres se multiplican también, y más pronto, las

plantas y los animales que los alimentan.

Alberto añadió:

—Mejorad la condición económica de las clases inferiores, y serán menos prolíficas, por la misma razón que lo son menos también las otras clases superiores.

El Dr. Geri hizo un gesto de conmiseración para los tres que habían hablado, y preguntó con aire impertinente de duda á Alberto:

—¿Conoce usted la teoría de Malthus?

Alberto respondió picado:

—La conozco, y me parece una teoría muy cómoda para demostrar que la miseria es inevitable, y salvar nuestro egoísmo de toda censura de la conciencia.

—Esas son razones sentimentales—rebató el doctor.—El hecho innegable es que para aumentar el salario de los trabajadores no hay más que disminuir la oferta de los brazos. Esto son matemáticas. ¿Qué otro medio propone usted?

El Comendador le tocó con el codo, y deslizó irónicamente:

—¿Pero no lo ha dicho ya? Que el medio es la abolición de la propiedad.

Alberto se volvió inmediatamente, y respondió:

—Ustedes dicen abolición de la propiedad, como dirían abolición de la luz ó de otra cosa sobrenatural é imposible; pero esta divina propiedad no ha existido siempre ni en todas partes. Como la sociedad la ha instituido, la puede suprimir, ó más bien, transformar; que de hecho no se trata de otra cosa que de transformarla. ¿La forma de la propiedad no se halla, quizás, en estado de variación continua? Todas las formas de la propiedad que ahora nos parecen más extrañas, existieron, y aun existen todavía ejemplos de ellas. La propiedad ha seguido las transformaciones de la producción. Ahora, la producción se ha convertido en colectiva, y la propiedad de los medios de producción ha permanecido individual; de aquí todos los males y todos los desórdenes, y éstos no cesarán sino cuando cese el antagonismo que los provoca.

—Palabras vacías y sonoras como tambores—replicó el suegro.—¿Y tú crees que en el estado actual de la civilización es posible el desarrollo de la personalidad humana, y el orden de la sociedad y el buen establecimiento de la familia, sin la propiedad?

—¿Es indispensable para estos fines la propiedad, según usted?

—¿Y aún puedes dudar de ello?

—¿Entonces, cómo no encuentra justo que las siete décimas partes de la población que trabaja y no tiene propiedad alguna, quiera su parte correspondiente, lo cual es *im-po-si-ble* obtener sin hacer la propiedad colectiva?

El suegro hizo un gesto de compasión, y alzando los ojos al techo, prorrumpió:

—¡Propiedad colectiva! ¡Dios del cielo! ¿Hay alguien que hable en serio de éso? Yo creí que el colectivismo estaba ya enterrado y descompuesto hacía tiempo.

Alberto hizo por responder, pero Geri (hijo), con su sonrisa despreciativa, tomando la palabra por la vez primera, interrumpió con el argumento acostumbrado:

—...Un momento; suprimida la propiedad individual, que es lo mismo que decir suprimida la esperanza de enriquecerse, ¿dónde estará el estímulo para el trabajo?

—Dispense usted—respondió Alberto con frialdad;—para la inmensa mayoría de los trabajadores de ahora ¿es la esperanza de enriquecerse los que les estimula para el trabajo?... Y los cien mil empleados que

llevan el peso de toda la Administración pública y privada, ¿trabajan para enriquecerse?

Geri movió la cabeza.

—Pero al trabajo libre, á aquél propio de los más inteligentes de nuestra clase, que trabajan doble de lo que debe todo hombre honrado, y únicamente para hacer fortuna, ¿qué estímulo quedaría?

—Pero si tienen conciencia de hacer un trabajo útil á la sociedad... No, esta es una cuerda que no suena á los oídos y el corazón de ustedes; lo diré mejor: ¿cree usted que el exceso de actividad que despliegan ahora para hacer fortuna, va en beneficio de la sociedad? ¿No cuenta para nada todas las bribonadas que para hacer fortuna se cometen? ¿Y el daño que se hace á los demás? ¿Y la vida de rabia que se lleva? ¿Y la corrupción que se siembra?

Geri cambió una mirada y una sonrisa con el Comendador; pero antes de responder, intervino Moretti, diciendo:

—Una objeción capital, querido amigo; dejemos aparte el trabajo mecánico. ¿Qué estímulo tendría el más difícil, el más precioso, el más benéfico de los trabajos: el de los inventores?

—¡Pero, Sr. Moretti!—exclamó la señora Luzzi desde su sofá:— ¿no se dice, aun ahora, que todos los inventores mueren en el hospital?

Muchos soltaron la carcajada; Alberto miró con curiosidad é interés á la señora; después dijo:

—Sr. Moretti, á usted toca responder.

Pero mientras éste buscaba una respuesta, el Comendador, irritado porque quedase en favor del joven hasta sólo una apariencia de triunfo, fué á colocar delante de él su mole majestuosa con aire de aniquilarle, y entre la atención de todos, que esperaban el golpe de gracia, le preguntó:

—¿Conque también estás por el Estado colectivista?

—Sí—dijo Alberto.

—¿Hasta por el Estado que suprime la industria y el comercio particular; que queda como sólo propietario de todo; que regula los productos; que forma el presupuesto de todos los intereses; que gobierna la vida y el progreso de un pueblo como se dirige la marcha de una manada de ovejas? Dime si has pensado, al menos durante un cuarto de hora, en el absurdo de ese Estado omnipotente y extrapotente, que tendría necesidad

para funcionar, de un sistema burocrático, que comparado con el nuestro, éste es un juego de niños, y que reproduciría centuplicados todos los defectos y los errores de lentitud, de imprevisión, de confusión, de derroche, que ya se echan en cara al Estado actual; dime si has pensado en esto seriamente, para que yo sepa si debo continuar, ó no, departiendo contigo sobre el particular.

Echando una mirada alrededor suyo antes de contestar, Alberto vió á su mujer con la cabeza baja, como avergonzada de la mala figura que él iba á hacer. Le disgustó esto, y le dió ánimos.

—Esté usted tranquilo—respondió;—puede usted continuar discurrendo. El estado que usted ha definido no es el del socialismo; ustedes juzgan aquél por éste, como si el uno no fuese, más que el otro, engrosado en sus errores, y ahí está la equivocación. Digamos esto también: que aún hoy el Estado no lo hace todo mal, como no lo hace todo bien la iniciativa particular; que si no obra siempre bien, no está al menos interesado en obrar mal, como el particular lo está con frecuencia; y que si no puede hacer bien en muchas cosas, es porque fuera de los privi-

legiados, en cuyas manos está, y los cuales lo explotan, no encuentra, por esta razón precisamente, mas que desconfianza y rebelión. Dejemos también el que con toda vuestra ternura por la libre concurrencia, invocáis la intervención del Estado, para suprimirla cada vez que tenéis un interés de clase que salvar, y que es absurdo hablar de libre concurrencia cuando toda industria no se desarrolla más que centralizándose, ó, lo que es lo mismo, creando el monopolio. Pero es una inocencia pensar que el socialismo quiere un Estado omnipotente, un autoritarismo sin límites; quiere un Estado que sirva á la Nación, no que gobierne en el sentido de ahora; que esté subordinado á la sociedad, no que la domine. Y no ha de ser un organismo inmóvil y fijo, sino una fuerza de organización, que se perfeccionará simplificándose, repartiendo la propia acción en organismos secundarios, en cuerpos de gobierno municipales, en un gran número de mecanismos inferiores, los cuales se formarán por necesidad poco á poco bajo el impulso del nuevo principio, en el cual será informada toda la vida social.

—*Fata viam invenient*—dijo Cambiari.

El Comendador se volvió hacia el Ingeniero, dedicándole una sonrisa de compasión que estaba preparada para el yerno, y le dijo:

— Señor Cambiari, ¿habrá usted también perdido el gran dón de la inteligencia?

— ¡Oh! ¡no, señor! —replicó éste, entre bromista y serio, y con el aire de quien goza en soplar en el fuego para encender las disputas.— Encuentro justa la idea de Alberto, de que para la organización de la sociedad como los socialistas la quieren, se debe también tener en cuenta la cooperación de los hechos. El edificio futuro se construirá como se ha construido el presente, que fué sacado á flote y acomodado poco á poco por las generaciones, según sus necesidades, las cuales cambiaban, y según las normas sucesivas de la experiencia. No se puede juzgar desde ahora lo que será para entonces, con toda precisión, el Estado socialista, ni pretender que nadie lo diga de antemano. Ya se verá...

Y añadió acariciándose la barba:

— ¿Sabía la burguesía francesa de 1789 qué Gobierno se iba á constituir? Quería el Poder político para hacer sus negocios á su manera y para su comodidad; pero no pre-

veía ni siquiera la República, no preveía siquiera cuál sería su constitución económica.

Y no siendo en este momento mirado por el Comendador, le sacó la lengua.

El Comendador fijó en él su mirada después de un momento, y dijo moviendo lentamente la cabeza:

— Dejen que les diga una cosa: me causan ustedes, los dos, verdadera conmiseración.

Y volvió las espaldas, mientras Cambiari se restregaba las manos como quien ha bromeado con éxito, y el caballero Bianchini se dirigía con actitud suplicante á su hijo para que callase. Éste consintió, mordiéndose los labios, pero el viejo Geri volvió al asalto.

— Un momento. Diga V., señor profesor— insinuó con voz sonora— á ninguna de las instituciones sociales, propiedad, familia, Estado, religión, se puede tocar sin tocar á las otras; y ¿qué cosa hará V. de la religión, de la familia?

— Sí, sí, oigamos — repusieron otras voces.— ¿Qué hará V. de las familias?

El Sr. Geri, joven, dirigiendo una mirada de triunfo á la Sra. Julia, añadió:

—Tendría acaso las ideas de María Zara? (\*).

Casi todos se echaron á reír.

—¡Qué horror!—exclamó la Sra. Julia.

La vieja Bianchini hizo un gesto de repugnancia. Aunque no habian leído nada de ella, sabian que era una especie de petrolera, una predicadora del amor libre, una mujer que no se podía nombrar entre gente de bien. Su reputación era tan horrible, que Alberto, aunque le constaba que era una mujer honradísima é inmensamente buena, no se atrevió, sin embargo, á defenderla.

—¿Qué cosa hará V. de la familia?—volvió á preguntar el doctor Geri.

Alberto no tenía todavía idea formada acerca de aquel asunto, que era el más peligroso de todos; pero comprendía que no podía ceder, sin dejar la victoria á sus adversarios.

—No crean que me desconcierto con esa pregunta—replicó, ostentando seguridad de ánimo.—La familia tampoco es una institución inmutable: se modifica y progresa con el progreso de la sociedad, con el cam-

(\*) Como si dijéramos, de Guillermina Rojas.

bio de la condición social de la mujer. Esta condición ha mudado mucho desde el pasado, y está llamada á modificarse más y más en el porvenir. Como la familia de hoy no es ya la de la Edad Media, así ella revestirá necesariamente en el futuro otra forma, cuando la mujer se liberte de la servidumbre económica y obtenga todos los derechos del hombre.

Estas palabras fueron seguidas de un grito general de protesta.

—Las ideas de María Zara—exclamó Geri, hijo.

—Y de Luisa Michel—gritó el suegro. Ahora te toca hacer la apología de los horrores de la *Commune*.

—¡Bah! dejemos estos horrores—contestó Alberto, empezando ya á irritarse.—En nombre de todas las causas se han cometido horrores; la Religión tuvo los tormentos de la Inquisición; y la defensa de la propiedad mal adquirida fué siempre más feroz que los asaltos del hambre.

—¡Pero si ya lo decía yo—gritó el Comendador,—que llegaría á defender hasta el fusilamiento de los prisioneros!

—No es cierto; yo no defiendo, ni á quien mata á los prisioneros en nombre de la re-

volución, ni á quien los mata en nombre del orden.

—¿Y no haces diferencia entre unos y otros?— insistió su padre político, estallando.

Aquí se entrometió de nuevo suplicante el Sr. Bianchini, padre, y, con él, la Sra. Julia y la hermana de Alberto. Acariciándole una y otra, le empujaban suavemente hacia el opuesto lado, hasta que el círculo se rompió en varios grupos, y la batalla se convirtió en una serie de escaramuzas.

Frente al balcón nació una cuestión acerca de la condición de los obreros, entre el Dr. Geri, Cambiari y Moretti, á los cuales se agregó la Sra. Luzzi. Geri afirmaba que el salario había aumentado en proporción á los precios del mercado.

—Eso querrá decir—observó Cambiari sonriendo—que así como eran escasos antes, ahora son insuficientes.

—El pan ha bajado.

—La carne ha subido en cambio.

—Ha disminuído el precio del arroz.

—Pero se ha recargado el del vino, el aceite, el azúcar, el café, el alcohol...

—¿Y los alquileres, doctor?—preguntó la Luzzi.

—Pero, ¿qué alquileres?—respondió Geri; —hablamos de los hechos generales. El hecho es que los obreros se vestían de tela burda, y ahora se visten de paño; iban descalzos y ahora gastan zapatos, y están alojados mejor que en otros tiempos. Aparte de que gozan de las ventajas comunes á la civilización y al progreso: gas, ferrocarriles, luz eléctrica, agua potable, jardines públicos, museos abiertos para todos...

—Pero estas ventajas las pagan con los impuestos.

—¿Qué impuestos paga quien no tiene dinero?

—¿No sabe que todo obrero que tiene tanto para vivir paga el 20 por 100 de su salario en impuestos indirectos?

—¿Pero qué 20 por 100, si se sabe cómo se hace este cálculo, y además... consideren ustedes las casas de los obreros, los institutos hospitalarios, los baños populares, la mayor higiene del día, todas cuyas cosas disminuyen las enfermedades infecciosas. En otros tiempos se diezaban por la viruela, por ejemplo...

—¡Ya!—dijo la Sra. Luzzi bromeando.—¿Cómo se atreven á lamentarse, si ya están vacunados?

Fué una carcajada general.

Alberto, llegado en aquel momento, exclamó:

—¡Bravo, señora, bravo! Vale más una de sus ocurrencias que todos nuestros razonamientos juntos.

La discusión continuó algunos minutos. Cambiari se había separado del grupo y discurría con la Sra. Paula, sentada al lado de la madre de Alberto; ésta desdeñosa y aquella estupefacta y casi temblando por la disputa que había escuchado. El ingeniero acababa de haberle puesto la cabeza bomba, diciéndole que el socialismo no era más que la resurrección del cristianismo, y citándole cardenales y obispos alemanes, ingleses y americanos que habían expresado ideas socialistas.

—¡Ah! eso es imposible— contestó la señora.—Hágame el favor de no bromear sobre este asunto, señor ingeniero.

—¿Que no es posible, querida señora mía? Son hechos sacrosantos. ¿Y los Padres de la Iglesia?—Supongo que usted respetará á los Padres de la Iglesia; pues bien, San Clemente ha dicho: «Todo debería pertenecer á todos.» San Basilio ha dicho que «el rico es un ladrón». San Juan Crisóstomo ha di-

cho que «todos los bienes deberían ser comunes».

La señora lo miró; después, sacudiendo la cabeza, aventuró:

—Pero no lo habrán dicho así; usted sin duda inventa. Si el mundo es como es, es porque el Señor quiere que así sea. Si Su Santidad bendice hasta á los ricos, quiere decir que la riqueza no es una culpa.

—¿Su Santidad? ¡Pero si Su Santidad es un socialista declarado! ¿No sabe usted que en una pastoral suya, cuando era obispo de Perusa, dijo que los obreros son explotados por los ricos avarientos sin entrañas?

—Eso lo habrá querido decir en otro sentido. Usted quiere burlarse de mí. ¿Qué gusto saca usted en atormentarme?

—No, señora. Verá usted cómo acaba por ser anarquista.—Y le habló de su famoso anarquista Baldieri, que tenía un libro terrible de propaganda, todo hecho con frases de la Escritura Sagrada, donde todos los razonamientos están apoyados en frases de los Sagrados Textos, y que al escucharlo, parece á veces un sacerdote en el púlpito.

—¡Ah! ¡Qué profanación! ¿Y usted va á oír esos horrores?

Y se volvió para pedir socorro á la señora Bianchini; pero ésta se había acercado á un círculo, donde Geri, hijo, riendo, pero echando bilis por los ojos, ponía en burla y sofla el Estado colectivista.

—... Y así tendremos el Estado albañil..., herrero, zapatero, campesino, tejedor, estampador y empresario de omnibus y tranvías. La Deuda pública será transformada en *títulos de consumo*, y, por el contrario, en vez de moneda, tendremos «bonos de trabajo». Y así como el valor de las cosas no será ya determinado más que por el tiempo necesario para hacerlas, así veremos que no se comprará ya, por ejemplo, un gabán de 100 pesetas, sino de 100 horas. Se comprarán tres cuartos de hora de jabón, un cuarto de hora de zapatos, y cinco minutos de fósforos; y las fatigas más penosas, siendo las mejor retribuidas, equivaldrán á una hora de trabajo, dos horas de lección de un profesor de Literatura. Y ya se acabó la propiedad individual. Cada italiano será propietario de treinta millonésima parte de la propiedad nacional. Ya no habrá ni mercado, ni Bolsa, ni alquileres de casa, ni lujo, ni criados, ni domésticas, la cocina será una institución social...

El auditorio reía, pero él se calló, viendo acercarse á Alberto que le había escuchado, y ambos se miraron con sonrisa sarcástica.

La Sra. Bianchini evitó el encuentro, empujando á su hijo y diciéndole en voz baja:

—Pero ¿dónde tienes la cabeza? ¿En qué laberintos te metes? ¡El Comendador está indignado! No vuelvas á empezar. ¡Válgame Dios! En qué cosa se ha convertido nuestra casa.

Alberto no respondió. Tenía todavía un peso sobre su corazón, una necesidad excitante de lucha y de deseos de desahogarse, estimulado también por el estado de excitación en que se encontraban todos los contentulios. Uno de los más excitados era Moretti, que arrinconaba ora á uno ora á otro, sucesivamente, para exponerle sus proyectos, mediante los cuales se resolvía la gran cuestión. Habiéndose escapado el Sr. Bianchini, que tenía en la cabeza muy otras cosas, aferró al Sr. Luzzi para comunicarle una nueva idea: fundir todas juntas las sociedades cooperativas de consumo, formando una sola inmensa sociedad de todos los géneros, y en la cual fuesen entrando poco á poco todos los ciudadanos del Estado.

—Escuche usted. La cifra de los ingresos de esta sociedad sería igual á la cifra total del consumo de Italia entera y semejante al de la producción. Ahora bien: cuando esta sociedad cooperativa gigantesca esté en condiciones de comprar todo el contingente de la producción anual de la nación, es evidente que será absolutamente dueña, no sólo del comercio, por supuesto, sino de todas las industrias productivas. Entonces podrá comprar, y las comprará. ¿He aquí cómo se resuelve fácilmente y de modo sencillo la gran cuestión que tanto preocupa al mundo!

Pero Luzzi, que no creía en la *gran cuestión*, hizo un gesto de indiferencia, como si no tomase en serio el proyecto de Moretti, ni todas las otras chácharas que estaba escuchando hacia una hora.

Entonces Moretti, con la imaginación siempre más encendida, esperó á Cambiari y le echó otra rociada:

—¿Quién sabe? La cuestión social, quizá, tendría una solución completamente diversa de la que los socialistas proponen, una solución surgida en el último Congreso de los Naturalistas de Berlín, donde se ha expresado el concepto de que por medio de

la electricidad es posible transformar la materia primera en alimentos. ¿No ha dicho el químico Meyer que se podrían convertir en comida las fibras leñosas, y otro, que se podía hacer una especie de pan con la piedra?

—Ciertamente — contestó Cambiari, — y sería una mina para nosotros que poseemos los Alpes y los Apeninos; pero dejó de repente á Moretti, oyendo á Geri el joven y á Alberto que discutían acremetente en medio de las señoras.

—¿Y cree usted — decía Geri — que una masa de obreros ignorantes podría por sí sola llevar adelante las industrias?

—¿Y quién dice que habían de ser obreros ignorantes? Ahora ¿son acaso los capitalistas en general, los accionistas y dueños en suma los que hacen progresar y marchar normalmente las industrias más grandes? ¿No son tales obreros desde los primeros ingenieros hasta el último contramaestre y administrador? ¿Qué se mudaría con la supresión de los capitalistas, quedando en la sociedad el capital? ¿Cree usted que todas las inteligencias y la ciencia que ahora hace marchar el mundo, no aceptaría por necesidad el nuevo orden de cosas, conti-

nuando cada cual haciendo su parte correspondiente?

—No, jamás. Más bien que matarse, se dejarían matar. Nadie se plegaría jamás á vuestro despotismo.

La Luzzi le detuvo con las siguientes palabras:

—No, Sr. Geri, se convertirían mil cada vez, como siempre se ha visto: y todos probarían con documentos auténticos que habían sido siempre socialistas, desde la infancia.

Geri le lanzó una mirada como un latigazo, mientras que Alberto la miró con más viva simpatía.

Pero la discusión se volvió á emprender, agriándose, y cayó de pronto sobre la cuestión del derecho al trabajo.

—No tiene sentido común—gritó Geri.—¿Cómo habrá trabajo para todos, si ahora falta, y si suprimidos los ricos se llegará á una enorme disminución en el consumo?

—¿No tiene otros argumentos...? Pero si esa disminución será ampliamente compensada por el mayor consumo de la gran mayoría puesta en mejores condiciones; mayoría que ahora por la escasez de los salarios y por la falta de trabajo, consume apenas

lo estrictamente necesario, y aun muchos, menos de ello.

Geri levantó los ojos al cielo como para exclamar:—¡Qué disparate!—y continuó:

—Pero, ¿qué se hará entonces para mantener la producción á la altura de las nuevas necesidades que crecerán enormemente y en correspondencia con el aumento de la población, que será efecto del mejoramiento de la vida?

—¿Y hay necesidad de que yo lo explique? Pues se duplicará el producto de la tierra, en virtud del general cultivo racional, imposible ahora por el fraccionamiento de la propiedad: se desarrollará ampliamente la maquinaria, limitada ahora por el sobrante de la producción, por el bajo precio del trabajo humano y por la insuficiencia del capital particular, y habrá un mayor número de trabajadores, con la supresión de los parásitos, de los intermediarios ó mediadores ó agentes, y de los productores de cosas inútiles.

Y viendo á Geri que reía, añadió bruscamente:

—Pero, ¿cómo no lo comprende usted?

—¿Pero no comprende usted que está dando vueltas en un círculo vicioso?

—¡Usted le llama vicioso, porque no es capaz de salir de él!

En aquel momento, por fortuna, el doctor Geri cogió por un brazo á su hijo y le hizo observar que no era conveniente continuar aquella discusión con el Profesor, en presencia de su alumno, que estaba allí oyendo con ojos brillantes, lleno de complacencia maligna. Y al mismo tiempo, Alberto se sintió tirar de la levita por su mujer, que le conjuraba para que se tranquilizase.

Siguió una breve tregua, agitada, mientras la doméstica recogía la vajilla, y el caballero Bianchini notó con viva amargura que Geri, el Comendador y Alberto, en el acto de llevar el vaso á la boca, tenían la mano trémula: señal pésima.

Entre tanto, todas las señoras, menos la mujer del Ingeniero, habían pasado al salón, donde se comentaba en voz baja la discusión. La Sra. Paula y la madre y la mujer de Alberto estaban turbadas, teniendo todas el presentimiento de que iba á acabar aquello mal, y que alguna cosa muy triste para la familia iba á suceder en aquella noche.

Solamente la Srta. Ernesta callaba, pero

con la cara pensativa, con dos lágrimas en los pequeños ojos negros, dulces, que acusaban fermentación insólita de ideas en aquel cerebro. En el comedor volvieron á oírse voces precipitadas. Apareció la Sra. Cambiari en el salón riendo y exclamando:

—¡Ya han vuelto á empezar! ¡Oh, qué hombres! ¡Dicen palabras tan extravagantes!

E intentó, sin conseguirlo, decir «socialización de la tierra».

—No, no consigo decirlo, no lo diré.

—Pruebe usted un poco más—indicó la Sra. Luzzi.

Pero viendo que la Sra. Julia se inquietaba, la tranquilizó por el momento, añadiendo con la mayor ingenuidad:

—Yo creo que el Sr. Alberto discute por broma, por picar un poco á aquellos señores. Ya verá cómo al final lo declarará, y acabará todo con una carcajada.

Después, todos dijeron mil galanterías á la Luzzi por la gracia é ingenio que había demostrado en la conversación, y Cambiari, al entrar, añadió su elogio, y mientras los demás no escuchaban, le dijo bajo, con gravedad cómica y mirándola cara á cara:

—¿Es usted socialista?

—No sé—repuso la señora,—pero tengo mis ideas. Aunque no fuera por otra cosa más que porque el socialismo quiere fundar el matrimonio en el amor, en la dignidad humana, mientras que ahora no es más que un contrato mercantil...

—¿Usted quiere la libertad de la mujer?

—Ciertamente.

—¿Es usted quizás esclava ahora? ¿No es acaso la mujer la que impera?

—Las mujeres bellas; pero, ¿y las otras?

—¿Por qué se interesa usted por las otras?

La Luzzi respondió seria:

—Una galantería no es una razón.

Cambiari la miró fijamente y cruzó por su imaginación la sospecha de que aquel socialismo fuese harina de otro costal, donde se escondía algún designio sobre el hermoso socialista, en perjuicio del vicedirector de los Seguros. Pero al oír la voz del Comendador, que hablaba con acritud extraordinaria, volvieron á entrar todos precipitadamente en el comedor.

El orador hablaba (con los dos Geri y reía, fingiendo no mirar á Alberto) sobre la lucha del capital y del trabajo. No, por mucho que trabajasen con sociedades de

resistencia, con coaliciones internacionales y hasta diabólicas, el capital no sería jamás sojuzgado; aun á costa de que sucediese en todas partes lo que en Melbourne con ocasión de la inteligencia famosa entre los mineros de carbón, de los serenos del gas, los mozos de cuerda, cuando se unieron en una liga ingenieros, abogados, eclesiásticos, empleados, estudiantes, y habían trabajado en los talleres, improvisando la iluminación eléctrica, cargando y descargando buques. No; antes que sufrir la imposición del número, ya de obreros, ya de campesinos, se inventarían máquinas tras máquinas y se reduciría media Europa al ayuno, y se harían venir trabajadores, industriales y agricultores de la China, y se importarían negros de África.

—¡Y los monos!—gritó Alberto, no pudiendo ya contenerse.—Perezca el mundo, con tal de que se salve el capital y dure la explotación.

El suegro se volvió rápidamente, como herido por aquella última palabra, que le era intolerable, y casi gritó:

—¡Eh! acabemos de una vez con esta palabra embustera, con la cual nos atormentáis los oídos. ¿De qué explotación hablas?

¿De qué manera el capitalista explota á los obreros, si éstos pueden aceptar ó rechazar las condiciones que les propone? ¿Cómo puede el capitalista ser tirano, si el obrero es libre?

—¿Libre?—preguntó Alberto.—Y yo digo á mí vez: acabemos con esta palabra embustera de libertad. Quien no tiene nada, no es libre, porque no puede esperar y no se puede mover, y el capital puede esperar y puede moverse. No hay libertad real de contratación entre quien tiene necesidad de pan y quien puede rechazarlo.

—Entonces, no es libre ni siquiera el capitalista, porque está obligado por la concurrencia á dar lo menos posible: ¿lo entiendes?

—Lo mismo que lo entiende usted. Pero el mal está precisamente en la concurrencia, que el socialismo quiere suprimir.

—¡Ah! Se trata, pues, de una fuerza mayor que ha de sufrir el capitalista. Entonces, ¿por qué vienes á hablar de injusticias?

—La injusticia es igualmente patente, porque el capital pretende y se apropia una parte que no le pertenece.

—¿Qué parte?—preguntó el suegro mirándole cara á cara.

—¿Qué parte?—preguntaron á la vez los dos Geri.

—La cosa es clara: cuando el capitalista ha recogido de la ganancia los intereses del capital que empleó en la producción y re-adquirido todos los gastos y toda la cuota anual de amortización, y hasta una gran compensación por su trabajo personal (si es que lo prestó, y cuando lo preste), ¿con qué justicia se apropia el resto, en vez de repartirlo entre todos los trabajadores que han concurrido á la producción?

El Comendador y los dos Geri se miraron un momento con aire de estupefacción, y luego se echaron á reír.

—Esto es enorme—exclamó el primero:—pues se lo apropia, como premio al riesgo que ha corrido su capital. ¿Negarás, querido Profesor, que hay un gran número de industriales que se arruinan?

Alberto se estremeció por aquella burlona entonación, pero su padre político no le dejó tiempo para responder, y prosiguió:

—Venga usted, Sr. Cambiari, que hace poco también le daba la razón; venga usted á explicar esta elementálisima verdad á su amigo.

Cambiari, con su sonrisa astuta, se

aproximó al grupo acariciándose la barba, y dijo con mucha placidez:

—En este punto, dispénsame...; pero estoy más bien de acuerdo con mi amigo. El riesgo existe para estos ó los otros capitalistas, para Fulano ó para Zutano, pero no para la clase entera, en la cual permanecen de todas maneras todos los provechos; porque no estando los capitalistas coligados, sino en lucha entre sí, lo que pierden los unos, los otros lo ganan. ¿Me explico? Por lo tanto, si tales se arruinan, si el trabajo de aquellos asalariados no ha dado un producto remunerador, no se debe deducir, digo yo, que deba el trabajo afortunado de los otros obreros ser defraudado de una parte de la compensación que les correspondería, y que esta parte haya de acumularse, por el contrario, toda ella, en beneficio del capital.

—Ese es el argumento—exclamó Alberto.

Los tres adversarios miraron primero á Cambiari y después se miraron entre sí, como para decirse: éste quiere burlarse de nosotros.

—Pero estas son miserables cavilosidades de abogado—respondió el Comendador.

—Precisamente porque no están coligados entre sí los capitalistas, es lógico y justo que cada capitalista confíe solamente en sí.—Después se encogió de hombros.—Pero yo soy muy ingenuo para responder. Usted no habla en serio, y yo no discuto más ni con quien carece de sinceridad, ni con quien carece de sentido moral.

Alberto se estremeció.

—Explíquese usted—exclamó con acento casi de mando á su suegro:—¿por qué yo carezco de sentido moral?

—¿Hay necesidad de que te lo explique? Pues es porque no comprendes, ni sientes, que no se podrán realizar tus ideas sin cometer una odiosa expoliación, sin violar el más sagrado de los derechos.

—¿Cuál es el más sagrado derecho? ¿Hay algún derecho superior al que tiene la sociedad de modificar su propia organización y manera de ser? ¿El estado moderno no se ha fundado, por ventura, sobre los derechos de la mayoría? ¿Quién se podrá oponer á la mayoría cuando quiera valerse de este su derecho indiscutible para la revisión del derecho de propiedad?

—No hay que alterar el sentido de las palabras, Sr. Profesor de literatura. No se

trataría de revisión, sino de un verdadero despojo de las clases propietarias.

—Vamos despacio...—insinuó Cambiari con rostro inocente.—No se trataría más que de rescatar... yo creo... Á los capitalistas expropiados se haría un pago á prorrata en forma de medios de usufructo para uso de su propiedad... por un tiempo determinado...

—¡Bufonadas!—exclamó el Comendador perdiendo la paciencia.—Llamad las cosas por su nombre y decid latrocinio.

—¿Latrocinio?—exclamó Alberto con toda la calma que le fué posible—Es latrocinio, es despojo, cuando se quita á un ciudadano lo que posee, faltando á la ley que le garantiza su propiedad. Pero cuando la ley se cambia, cuando lo que se expropia es en virtud de la ley misma, en nombre de un interés público, superior al privado, ¿dónde está el latrocinio?

—Pero, ¿con qué cara... te atreves á decirlo?... sería un latrocinio, tanto más odioso, porque sería hecho con las leyes y con la Guardia civil, y no habría defensa posible. Pero ¿tu sentido moral no te lo dice? ¿Con quién hablo entonces?

—Y yo me refiero á su sentido moral, á

su conciencia de ciudadano y de patriota. La historia de los últimos siglos, debe usted saberlo, ¿no es una historia de continuas expoliaciones hechas en nombre del bien público? La Monarquía ha despojado á los grandes señores feudales y la burguesía ha despojado á la aristocracia y al clero; Italia ha confiscado el patrimonio eclesiástico; América ha expropiado á los poseedores de esclavos, y nosotros estaríamos todavía ahora en la Edad Media si no se hubiera hecho todo esto.

—No barajar las cartas de esa manera. Aquí no se trata de una expropiación, tú lo sabes demasiado. Se trata de un despojo, de una expoliación. De un robo universal perpetrado para fundar un orden de cosas que nadie asegura que debe ser mejor que el presente, y que todo hace presagiar que ha de ser peor mil veces. Aquí se trata de robar todo, y robar á todos.

—No, no robar, sino volver á tomar. No á todos, sino á una infima minoría, á una pequeña casta que sin el pueblo no puede subsistir, y de la cual el pueblo no tiene ya necesidad y puede prescindir de ella.

—No, no digas tonterías. No es una casta, puesto que todos pueden pertenecer á ella.

—No pueden entrar en esa categoría sino el uno por mil, y entre tanto esta casta explota y oprime á la otra, á todos aquellos que están fuera de su círculo.

El suegro hizo un visible esfuerzo para contenerse y se pasó una mano por la frente, y buscando al mismo tiempo una idea, una frase, que truncase la discusión de un modo decoroso para él, sin ser demasiado grave la provocación; y en aquel momento, entre el murmullo vivaz de todos, el caballero Bianchini decía en voz baja á los más próximos, sobreexcitado:

—Alberto, deja estar... deja estar... También el Comendador es un poco duro... es demasiado duro, habla con un tono... y al fin, ¿qué es lo que cree él? Pero... Alberto, deja estar, deja estar!

Sin darse cuenta de ello, deseaba á la vez que su hijo, por honor del nombre, quedase encima, pero sin que la discusión fuese más allá; y se echó á temblar cuando vió que el Comendador se movía para marcharse sin contestar una palabra, con aire despreciativo.

Peró al llegar á un paso de la puerta, el Comendador se detuvo, y volviéndose hacia Alberto, le dijo con una tranquilidad si-

mulada de voz que desmentía claramente la alteración de las palabras:

—Oiga el señor profesor: el modo de reñacer la sociedad no lo han encontrado todavía, ni siquiera los socialistas. Si lo hubieran encontrado, serían ya dueños del mundo, porque los interesados en creerlos y en seguirlos son la mayoría. Si no consiguen arrastrar á éstos consigo, es porque no pueden persuadirlos de sus ideas. Y no sólo la mayoría no está persuadida, sino que no llegan ni siquiera con el pensamiento hasta ellos. El pueblo no se moverá jamás, por una doctrina que no entiende.

—No la entiende ahora por el momento— replicó Alberto,—no porque no sea clara y lógica, sino porque el pueblo es ignorante, pero la ignorancia va disminuyéndose, y la comprenderá dentro de poco, cuando vaya comprendiendo que querer es poder, y que querer y vencer serán entonces para él una sola y misma cosa.

El suegro se contuvo.

—¡Oh, eso lo veremos!—dijo preparándose de nuevo para salir.—Probad, intentadlo. La sociedad es más fuerte que vuestras cabezas, y os las romperéis como contra un muro de granito.

—Así se decía también antes de la Revolución francesa.

El Comendador volvió atrás repentinamente.

La comparación es insensata. La organización actual es muy distinta y mucho más fuerte que el Gobierno francés de 1789, y la empresa del socialismo es completamente distinta también, porque quiere tirar patas arriba el edificio desde sus cimientos. La propiedad asaltada será todavía la fuerza más grande del mundo. Tendréis una Vendée, que os exterminará como a un montón de insectos.

Tengo más dudas. La burguesía está dividida, es escéptica y sin fibra. Y además, mirad el ejército de vuestros futuros héroes, disminuye de día en día, porque en todos los campos de la propiedad, los peces gordos se van comiendo a los chicos, y éstos, como es natural, se pasan al campo enemigo. Ya hoy todas las capas inferiores de la burguesía no tienen nada que perder, y abandonan a los suyos.

—¡Oh, bastará para defenderse por sí misma llevar un fusil en una mano y una moneda en la otra!

—Será demasiado tarde para ofrecer la moneda.

—Entonces os matarán sin ofrecéroslo.

—Cá, no osarán siquiera defenderse tras de las barricadas de su casa.

A aquellas palabras, siguió un repentino cambio en el rostro del viejo. Miró al joven con expresión de viva curiosidad; después se le acercó y le preguntó con acento de cómica conmiseración:

—¿Pero quién te ha metido en eso? ¿Con quién practicas? ¿Quién te ha pegado esa peste?

—El socialismo no es una peste—replicó Alberto desdeñosamente;—es, por el contrario, la curación de una peste, de la peste del egoísmo que nos ciega y nos hincha a todos. Nadie me ha metido en esto, no he tenido necesidad de instigadores para llegar a ser una persona decente.

Esta última frase fué como un puñetazo dado en el pecho del Comendador, el cual echó un paso atrás, livido, y después exclamó balbuciente y con rabia:

¡Ah! ¿Conque te has convertido en una persona decente?... Esto querrá decir que el socialismo es la curación... yo te lo diré... yo te lo diré. El socialismo es... la enferme-

dad de los cerebros desequilibrados, es la máscara de la ambición malsana, en vosotros, y para los demás, ¿sabes lo que es? es el horror al trabajo, el frenesí de la envidia, el odio á toda superioridad, el furor por y para gozar sensualmente. Es el desencadenamiento de todas las más bajas pasiones y de todos los más terribles instintos, que tiende á suprimir la responsabilidad personal y á cambiar todo deber, á honrar el vicio y justificar el delito. Eso es el socialismo: ¡y ahora, he concluído!

Mientras él hablaba, todos se acercaron á su alrededor para aquietarlo, procurando cogerlo por las manos ó por los faldones, de modo que en el momento de responderle Alberto, se encontró solo en medio de la sala como si combatiese contra todos; y así, derecho, resuelto, con aquella cabeza rubia, que parecía de oro, con la frente alta, encendida, espléndida, estaba artísticamente hermoso. Pero cuando todos esperaban una respuesta fulminante, permanecieron estupefactos al verle los ojos húmedos y al oír su voz endulzada de repente y casi suplicante.

—¿Pero cómo es posible?—dijo con profunda emoción, golpeándose la frente con

la punta de los dedos.—No lo comprendo. ¿Por qué se enfurecen todos de este modo cuando se expresa la fe en una mejora para el mundo? ¿No comprendéis que aun cuando la idea fuese errónea, la pasión por ella es noble y santa? ¿Cómo vuestro corazón no os dice nada? ¿Cómo no sentís al menos un poco de piedad? ¿Qué significa esa ira implacable contra quien busca el bien y defiende á los débiles y quiere disminuir la miseria, el dolor, el odio y los delitos? ¿Jamás os sale del alma un grito generoso? ¡Ah! ¿Por qué bautizais vuestros hijos en nombre de Cristo?

En aquel momento, su hermana se separó del grupo de los oyentes y se colgó á su cuello de un salto.

—¡Bravo!—exclamó la Luzzi, viéndola.

Peró la madre retiró á la muchacha hacia atrás, y le dijo en voz baja y mirándola á la cara:

—¡Ridícula!

El Comendador, irritado más todavía por aquel acto, enjugándose la frente con el pañuelo, como después de un asalto de esgrima, respondió á Alberto:

—Si crees cambiar el mundo con trovos y tiradas sentimentales...

Y acabó derramando toda su compasión con esta palabra final:

—¡Poeta!...

—Levantó acta de la palabra injuriosa— insinuó Alberto con amarga sonrisa; —pero si no salvamos el mundo nosotros con el sentimiento, vosotros lo conducís á la ruina con vuestra obstinación, con vuestra negación eterna, con vuestro incurable egoísmo de clase...

—Sois vosotros los que lo conducís á la ruina— contestó el suegro, volviendo á presentar su rostro hoscó.—Vosotros, con el trabajo infernal que hacéis entre las clases menesterosas para hacerlas tanto más descontentas, cuanto más se esfuerza la sociedad por mejorar su estado: vosotros, que pervertís el pueblo, embriagándolo y destilando en su sangre veneno. Vosotros, las sierpes que nosotros caldeamos en nuestro seno.

—Y creedlo, sin embargo— respondió Alberto,— hacéis mal; dando la razón á los violentos, según los cuales, no se puede obtener nada más que con la fuerza, convertís en violentos hasta á los más templados. Estáis provocando la fuerza; pues bien: sufriréis sus consecuencias.

—¿También amenazas? ¡No faltaba más!

Pero, por fortuna, señor yerno, todavía no se ha concluído la pólvora ni el plomo.

—No siempre dispondréis de ambas cosas.

—Ese es un pensamiento loco.

—El de usted, sanguinario é inhumano.

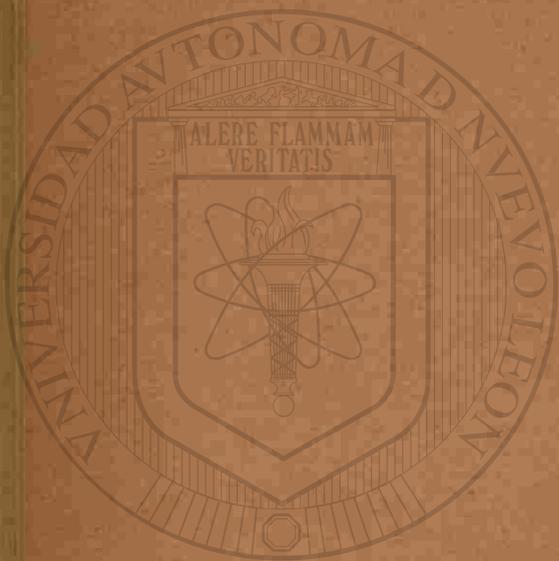
Todos se interpusieron; pero el Comendador, fuera de sí, se separó de todos, y lanzándose sobre Alberto, y plantándose frente á frente de él, convulso, gritó con una risa estridente de desprecio:

—¡Ah, pobre mentecato!

—No, no, papá — gritó la Sra. Julia casi llorando y poniéndole una mano en la boca.

Alberto permaneció mudo, inmóvil, blanco.

El suegro se marchó con paso precipitado é impetuoso, en medio de un gran desorden, de un murmullo de exclamaciones, de ruegos, de recomendaciones y de comentarios. Y un momento después, aprovechando la confusión, que duraba todavía, se fué también Alberto, seguido del muchacho, asustado, y de la mujer, temblando, sin mirar á su padre que le llamaba, bajando la cabeza con gesto de naufrago, entre la conmiseración general de los invitados.



## Á LOS NIÑOS Y Á LAS NIÑAS

DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS

**A** vosotros debo dedicar estas líneas, y explicaros con sencillez, como si hablase con cada uno de vosotros aisladamente, un sentimiento que tengo en el corazón tiempo ha.

La última vez que dediqué un discurso á las niñas premiadas, cuando bajé del escenario para marcharme, oí sobre mi cabeza una voz argentina que dijo «¡Gracias!» Y alzando los ojos, vi en un palco, en medio de su familia, una pequeña alumna que me miraba con sonrisa gentil, como la palabra misma que se había escapado de sus labios.

«¡Gracias?» dije para mí. «¿Y por qué? Si alguien tiene que dar gracias, ése soy yo.»

Y en aquel instante me vino al pensamiento la idea de escribir las siguientes li-

neas, como una respuesta á aquel «gracias».

Si, soy yo quien debe expresar un sentimiento de gratitud, porque hace muchos años debo á vosotros más alegrías más vivas y más puras: desde que conduje por la primera vez mi primer hijo á una de las Escuelas municipales de Turin, y acompañándolo luego, y yendo á buscarlo casi diariamente, empecé á observar y á amar á sus compañeros.

De aquella observación y de aquel afecto nació la obra que escribí para los niños (\*).

Puedo decir que fuisteis vosotros quienes escribisteis aquel volumen; vosotros me lo sugeristeis y yo lo escribía. Yo no hice sino recoger en pocos personajes, caracteres morales, actos y discursos observados y

(\*) Alude al libro titulado *Cuore*, el hermoso «diario de un niño» (traducido por quien también hace la versión de la presente obra), y publicado con ilustraciones preciosas en la última edición castellana. Este libro maravilloso ha sido vertido á todas las lenguas modernas de los países civilizados y ya hace años que se habían agotado en Italia cien ediciones. La primera edición española va precedida de un prólogo de D. Isidoro Fernández Flórez (*ternanflor*), digno bajo todos conceptos del texto mismo. Es curioso, como verá el lector, el presente trabajo, por dar una idea de cómo fué escrito aquel prodigioso volumen.

cazados al vuelo en medio de vosotros, ó referidos á mi por vuestros buenos Maestros. Para cada uno de aquellos personajes tuve delante la imagen de un niño conocido. Sobre la cara de cada uno de vosotros, encontré una idea; una palabra vuestra escuchada al pasar, era una perla que engastaba en un período, y las mejores páginas ó las menos malas, me fueron inspiradas por vuestras alegrías y vuestros dolores.

Si alguno de vosotros fué embellecido, no lo fué por arte, sino espontáneamente y sin darme cuenta de ello; le embellecí porque lo amaba. Muchos de estos mis pequeños colaboradores venían á mi casa, donde los interrogaba, y los veo todavía sentados á mi mesa, con los pies que no alcanzaban al suelo, con semblante sonriente y lleno de asombro por mis preguntas, de las cuales no comprendían el objeto ni el fin; más maravillados aún al ver que yo seguía escribiendo mientras ellos hablaban; admirados también cuando les mostraba en los cajones de mi mesa fotografías de pequeños escolares, cuadernos garabateados, libros de lectura reducidos á pedazos, dibujos de gestos y actitudes de caras y cabezas, vestidos extraños y montones informes de toda clase de

cosas, objetos singulares y raros que me habían dado Maestros y Maestras, y un gran Calendario escolar, cubierto de notas, de advertencias, de llamadas, de referencias, de rayas de lápices de todos colores, constituyendo todo aquéllo como la trama de mi libro.

Y viví así muchos meses, acaso acaso los más felices de mi vida, entre la casa y la escuela, con la imaginación y con el corazón tan lleno y caldeado de aquella existencia, que ni acariciaba otros pensamientos, ni percibía otros sentimientos, ni soñaba otros ensueños. Y en pleno día, cuando escribía, se apoderaban de mí, colocándose delante con una apariencia de realidad maravillosa vuestras imágenes, el fantasma de cada uno de vosotros. Y durante la noche, velando en mi mesa de trabajo, percibía en el silencio de mi cuarto, el paso, el roce, la palabra, las explosiones de llanto, los sollozos ahogados, el murmullo de las clases y las palabras y voces de los Profesores, todos los soplos, alientos, vagidos y rumores de una vasta escuela, como si todo aquel pequeño mundo que describía se agitase verdaderamente entre mis cuatro estrechas paredes.

Cuando escribí la palabra «fin», en una hermosa noche de Mayo, mientras todos vosotros dormíais hacia muchas horas, no experimenté en modo alguno la alegría y el descanso que se suele experimentar al término de una larga fatiga y de una faena laboriosa, porque me parecía veros huir de mí casi á todos juntos y para siempre, permaneciendo yo en una gran soledad; y recogí en un paquete, el calendario, apuntes, cuadernos y otras cosas, tristemente, como se recogen los objetos familiares y las cartas de una persona querida, muerta ó partida para no volver ya más.

Pero mi corazón no se ha separado jamás de vosotros desde aquellos días.

Una necesidad de la inteligencia y del ánimo continúa estimulándome de cuando en cuando, pasados pocos días, á volver á la escuela. La entrada de una clase, la vista de aquellos cincuenta rostros atentos y curiosos, de aquellas sonrisas vagas y casi esparcidas por el aire, á las cuales basta una ligera sonrisa del visitante para que se enciendan y derramen en feliz hilaridad sin causa; de todos aquellos aspectos diversos sobre los cuales se muestra ya el anuacio del valor, de la altivez, de la mansedumbre,

la melancolía, la pertinacia y la fuerza de los hombres futuros, es para mí un placer siempre nuevo y cada día más vivo. Y la alegría luminosa causada por la alabanza, y el inclinarse de las frentes enrojecidas bajo la censura, el aire de triunfo de quien con un esfuerzo del pensamiento llega á aferrar una idea, ó á relacionar dos, que no se habían jamás reunido en su mente; el anhelo afanoso de quien busca una palabra nueva aprendida anteayer y olvidada ayer, todo este trabajo rápido de la inteligencia que aparece en los ojos dilatados, relampagueantes, móviles hasta el extremo,—verdaderas ventanas por donde se asoma el alma, y de donde se asoma también tal cual es,—me hace resucitar y trasportarme á mi infancia como uno de aquellos sueños lucidísimos y casi milagrosos de los que permanecemos estupefactos al encontrarnos envejecidos.

No podéis figuraros cuán contento estoy cuando me decís alguno—Vuelva usted,—y cuando vuelvo, transcurrido un mes ó una semana, encuentro entre los primeros de la escuela, elevado por un impulso inesperado de laboriosidad, un locuelo que figuraba entre los últimos, ó reconozco

que se ha hecho respetuoso y bueno aquel que era rebelde y malévolo; ó se me cuenta que se han reconciliado y ya se quieren bien, dos que se atormentaban de continuo, como si se odiasen, y más, cuando vuelvo á ver en su puesto, con la carita todavía afilada, pero ya sonrosada por la convalecencia, á un pequeñín que la Maestra había temido perder para siempre... ¡Cómo salgo de la Escuela, confortado el ánimo y con el corazón elevado al puro ideal!

Pero mi mayor alegría se origina de persuadirme, como me persuado mejor en cada nueva visita, de que no es justa aquella sentencia de un gran poeta, de que «la infancia no tiene compasión»; porque mil hechos, mil observaciones que hago, ó recojé de vuestros Maestros, me prueban una cosa muy distinta, que muchos niños se inclinan á la dureza ó á la crueldad, porque ignoran el dolor en ellos mismos no experimentado, y no saben medirlo ni apreciarlo en los demás; que es mucho más fácil despertar en el ánimo infantil la compasión y piedad y conmiseración, que acallarla; que si en muchos está muerto este sentimiento, es porque no se les inspira ó no se les hace comprender; pero que basta casi

siempre una palabra sabia y dulce que ilumine su inteligencia para dignificar sus propias intenciones y conmover los sentimientos puros del corazón.

A menudo también, como hacen ciertas personas que, para librarse de los pensamientos tristes, van á sumergirse y á nadar en el agua fresca de un río, saliendo casi resucitados á un tiempo del cuerpo y del espíritu, yo, como para echar fuera la melancolía, voy á la hora de la salida delante de una de las grandes escuelas de Turín, y permanezco allí como una mole de piedra en medio de un torrente, cuando salen de clase ciento tras ciento los niños, ó me paro en medio de aquel remolino, ó sigo una ú otra dirección, dejándome arrastrar, abandonando mis pensamientos en medio de aquel tropel.

Y aquellas mil voces, aquellos mil gestos, aquellos mil pequeños incidentes graciosos, afectuosos ó tristes, de compañeros y de hermanos que se buscan, se pierden, se llaman, se encuentran, se agrupan y se disuelven, con giros y revoloteos de mariposas ó de golondrinas; aquella música acelerada y confusa de innumerables palabras que no dicen nada, de risas sin motivo

ni causa, de llantos por el libro ó por la gorra caídos, de dulces interrogaciones maternas y de exclamaciones de alegría de prisioneros fugitivos, y de «adiós» gritados á un paso de distancia, como de un lado á otro de un valle; toda aquella oleada humana que flota, fluctua y se revuelve, y lanza aquí y allá como ondas que se rompen, filas y grupos que saltan, brincan y corren, que andan y se esparcen en pocos minutos por todas las calles de alrededor, haciendo fiestas al aire, al agua y á los árboles, al sol, á todo aquello que se mueve cerca ó lejos, que brilla ó que suena, sobre la tierra y en el cielo, como si cada cosa arrancara á aquellos labios infantiles un saludo, una promesa ó una alegría. Y este espectáculo, y poner la mano sobre la cabeza de aquellos pequeños alumnos de la primera clase inferior, que al pasar toca mi mano con los rizos de sus cabellos, como si ofreciese su cabeza á una cariciá mia, provocándola, me dan para todo el resto del día una serenidad tan clara de espíritu y una disposición tan viva hacia la benevolencia, que es propiamente por insuficiencia del ingenio si no consigo cuando escribo una página bella, ó es falta de oca-

sión si no logro hacer una obra buena en el resto de la jornada.

Otras veces, cuando estoy cansado de leer libros donde la verdad está traicionada por el arte y dominado el buen sentido por la pasión, ¿sabéis qué lectura me recrea? Sonreiréis al saberlo; pues bien: son las páginas escritas por vosotros, paquetes de ejercicios de composiciones hechas por alumnos de la clase superior, que profesores amables me dan á leer, enseñándome algunos trabajos y que yo leo con la atención creciente del maestro que tiene que corregir el estilo de cada uno.

La sola vista de aquellos caracteres gruesos é inciertos, observando los cuales me parece ver resbalar con interrupción y saltos sobre el papel las pequeñas manos, diestras para jugar á la pelota y manejar el trompo mejor que la pluma, en los que reconozco por ciertas desigualdades de forma y ciertas palabras dejadas á medio escribir, la distracción repentina producida por el paso de algo que atrae la atención, como el toque lejano de cornetas que tanto distrae como alegra á los pequeños escolares, como á mí al hacer las observaciones.

Y me deleitan las extrañas omisiones,

y las repeticiones y el desorden original de aquellos periodos sin comas ni puntuación alguna, ó bien sembrados de puntos y comas al acaso, y á granel, en todo lo cual los pensamientos surgen y tropiezan como los niños que dan los primeros pasos, y la ortografía y la lengua sufren mediante las formas inesperadas y más amenas; y leo y releo el escrito, pensando que con semejantes arabescos y en una prosa semejante empezaron á escribir Dante y Maquiavelo.

Pero no me deleito solamente con aquella literatura, porque en ciertos pasajes ingenuos desde una idea á otra que recuerda al novelista primitivo, en ciertos pensamientos inocentes y amorosos, expresados con una sencillez inimitable, en ciertos modos y giros de frases de la lengua familiar que usan los niños por necesidad ó sin pensar en ello, y que parecerían en las páginas de un escritor atrevidos pensamientos, aprendo, y aprendo mucho. Y de mis meditaciones sobre aquellos pensadores que hace seis años no hablaban todavía, de aquella fragancia de almas infantiles, de aquellos gérmenes de ideas, de aquellas bocanadas de inteligencias entreabiertas, como flor en capullo, de aquellas flores de afecto, apuntadas

ayer, esbozadas apenas, salgo como con un sentimiento de frescura intelectual y con una fe probada en la virtud de la Escuela, que me hace volver con amor más vigoroso y más alegre al trabajo.

Y después que he trabajado con ahínco, sois todavía vosotros una de mis recreaciones más queridas. No se me ocurre mirar el reloj, porque la luz misma del día me dice «es la hora en que pasan»; y como el prisionero se asoma á la ventana para ver pasar la bandada de pájaros, yo también, prisionero de una idea, salgo á la terraza para ver venir por las calles los grupos aislados, disueltos ó apretados, ora dirigidos por una madre que lleva con los suyos los demás chicos de la vecindad, ora parejas de hermano y hermana, vestidos de la misma pieza de tela, ya los pequeños piquetes guiados por el más grande, que hace de cabo, como patrullas donde algunos pequesísimos dan el primer vuelo fuera de la casa como si saliesen del nido, mirando alrededor, desorientados por su propia soledad; y cuando llueve, montones de cuatro ó seis bajo un solo paraguas, llevado alternativamente en riguroso turno de honor por las manos de todos ellos, sin reparar nin-

guño en que todos se mojan: y me divierto observando á los que caminan habitualmente con paso precipitado, como si fueran hombres de negocios, y los vagabundos, distraídos, que parece que no saben dónde van; y los que se retrasaron que corren á la desesperada, con el terror sobre el rostro, y á los más distraídos aún, que forman círculo cada diez pasos para examinar y comentar, ya el pedazo de periódico, ó la hormiga ó la caja de cerillas encontrada en la acera. Así me son familiares á lav ista los diligentes y los perezosos, los que suprimen el uso de la gorra ó del sombrero á los primeros calores, los hijos de los militares que van acompañados de los asistentes, y los pequeños menestrales, sin corbata, y los hijos de los aldeanos con zuecos; reconozco las medias encarnadas de ciertos pillines, amigos míos, desde el primer aparecer y á gran distancia.

Y si en alguna ocasión me detengo perezoso en el balcón, distraído, después de haber pasado todas las pequeñas criaturas interesantes, me sorprende pronto con esta exclamación que me dirige á mí mismo: —¿Cómo tus chicos están ya todos trabajando y tú permaneces en el ocio todavía?

Y este pensamiento sois vosotros, queridos niños, los que lo despertáis en mi alma y me impelís de nuevo a la faena interrumpida.

Y si alguna vez, por apartada calle de la ciudad, por una senda del campo, alrededor de los barrios extremos, encuentro un muchacho descamisado, que me mira sonriente y busca y no encuentra con la mano manchada de tinta, la visera de la gorra, puesta torcida; ó una chiquita descalza, á la cual reconozco por alumna, por la genuflexión ceremoniosa que le han enseñado á hacer en la Escuela, y que repite al pasar á mi lado, mirándome con sonrisa imperceptible, busco allá en la memoria, y al cabo de algún rato, consigo encontrar los nombres del chico y la chica, y si doy con él, experimento una íntima y verdadera alegría.

Si pasando cerca de la Escuela al lado de un grupo de escolares, veo un pequeño puño que se alza amenazador, y que á mi vista cae para embutirse en el bolsillo con actitud de no haber salido de él ni levantado con tal intención, y el grupo se desbanda,

y el pequeño amenazado corre hacia adelante, dirigiéndome de lejos una mirada, yo bendigo el día en que pasé por vez primera en una Escuela; y si alguna mañana, en los primeros días de Julio, al pasar ante una Escuela, hacia las doce de la mañana, veo correr hacia mí un muchacho, después dos, después más, y, por último, una clase entera, todos agitados, para anunciarme que se han examinado, enseñarme los cuadernos, y decirme todos á la vez sus dudas, sus afanes, y todos los pequeños sucesos de aquella mañana de batalla, me siento contento, contentísimo, como de un golpe de fortuna.

El placer que yo siento al verme alrededor todas aquellas cabezas rubias, todos aquellos cuadernos abiertos, todos aquellos ojos interrogadores, y todas aquellas caras sonrientes por las seguridades y los buenos augurios con los cuales trato de compensar sus fatigas; y después, todos aquellos grupos que vienen detrás de mí y á mis lados, girando alrededor y poniéndose delante hasta la esquina, contando á voces, y más con ademanes y gestos que con palabras, é interrogando todavía con el murmullo sonoro, estrepitoso, de bandada de pájaros á la

puesta del sol... no, queridos niños, no hay placer semejante, ni el del candidato victorioso elegido Diputado en medio de la muchedumbre ensordecedora de sus electores.

¡Y cuántas otras satisfacciones os debo! Podéis pensar en tantos años, cuántos he conocido de vosotros, cuántos se me han quedado impresos en la mente, y de vez en cuando uno tras otro surgen en mi imaginación poniéndose delante de mi vista como larga procesión en que se vuelven todos los semblantes con sonrisa placentera hacia mí como para saludar á uno de sus viejos maestros. Cuántas cabecillas rapadas de pequeños árabes, cuántas cabelleras rizadas de pequeños *San Juanitos*; cuántos semblantes de niños y niñas de bondad y de gracia angelical; cuántos rostros y hocicos de diablillos indomables y frentes y ojos centelleando precoz ingenio, y lánguidas caritas enfermas y melancólicas, y anchas caras rebosando salud y figurillas extrañamente cómicas, de las cuales vuelvo á ver la boca siempre riante que no habían mudado todavía los dientes incisivos.

Algunos continué viéndolos de un año á otro año, y en cada uno creciendo cuatro dedos, siguiendo su camino desde la Escuela elemental á la Escuela Técnica, al gimnasio, ó al liceo (Instituto); otros, los perdí de vista por largo tiempo, y después los reconocí sin embargo bajo el bigotillo naciente, ora en oficinas, ora en tiendas; más de una alumna que me recitó poesías desde el banco de su Escuela, la reconozco ahora del brazo de su marido con una niña de la mano, la cual pequeña, quizás me diga la misma poesía dentro de algunos años.

Recuerdo haber visto á uno desesperado un día porque le habían estropeado la gorra; otro, me parece que todavía escucho su voz estridente, con un defecto de pronunciación en la *ese*; de éste viene á mi pensamiento el ejercicio de composición en el cual únicamente había escrito un solo período, el que había dejado sin terminar, faltando el verbo; vuelvo á ver de aquél el elegante vestido blanco, que sin reparar lo que hacía, se limpiaba los dedos y la pluma en el traje; tengo reminiscencias de acciones galantes, de actos respetuosos, de respuestas ingeniosas, de pequeñas escapadas de la Escue-

la; es tan grato volver á ver ó reproducir en mi mente todo aquello, y ver á esos antiguos alumnos que aunque no me reconozcan ellos á mi, experimento igual sensación de placer, porque todos ellos tienen todavía para mí, aun siendo muchos, hombres, algo de niños, y un oculto vínculo me liga hacia ellos con todo el corazón, volviéndome á mirarlos cuando han pasado, y auguro á todos días de felicidad, como cuando los conocí en la Escuela, y que amen un día á los compañeros de sus hijos como yo he amado á los camaradas de los míos.

Otras deudas de gratitud tengo todavía con vosotros, queridos niños, y éstas son las mayores.

Cuando la fe en la mejora de los hombres está para escapar del corazón, contristado por el espectáculo perpetuo de la vileza y de la infamia, yo la detengo y la retengo en mi alma, pensando lo siguiente:—Y, sin embargo, no es posible que lleguen á ser hombres viles y malyados tantos niños buenos y generosos que conocí en la Escuela y otros tantos que no conocí, pero que

ciertamente se parecen á aquéllos.—¿Por qué perder la esperanza en los hombres cuando existen tan buenos chicos?

Si en algún momento me siento morir en el alma la compasión hacia las desventuras humanas y me siento tentado de encerrarme en el egoísmo para vivir tranquilo, basta que yo me acuerde de tantos dolores como vi ó adiviné sobre los bancos de la Escuela, y recuerde los muchachos mal alimentados y mal vestidos y mal tratados, constantemente aterrorizados por el recuerdo ó por el presentimiento de una tragedia doméstica; cuando me acuerdo de tantas voces humildes y temblorosas que escuché, acostumbradas á implorar compasión y misericordia, y los ojos tristes que daban gracias con dos lágrimas por una caricia como por un beneficio jamás recibido... bastan todos estos pensamientos para volver á mi alma una gran conmiseración para todos los dolores que veo ó que escucho ó que imagino.

Si una cobarde resignación hacia la miseria, hacia la injusticia del mundo tiende alguna vez á sojuzgar la pasión ardiente aunque dolorosa que me hace combatir por el triunfo de una idea justa y benéfica, basta

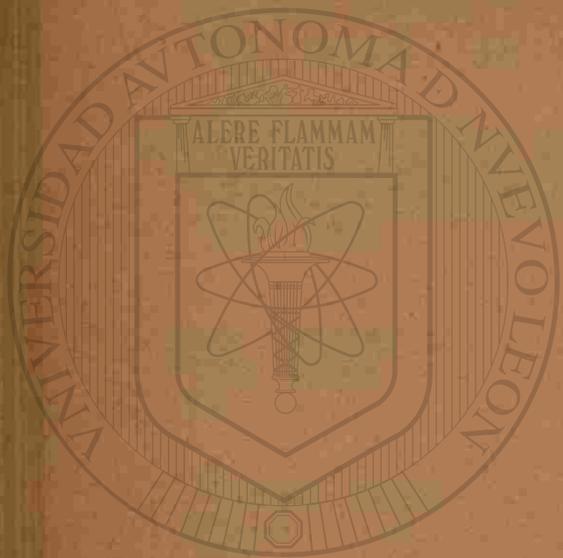
que yo piense en cuántos de aquellos buenos sentimientos sofocados en muchos buenos niños por la dureza de una suerte no merecida, á cuánta humillación están condenados gran parte de ellos sin culpa propia ni de sus padres, qué funesta disparidad en la educación del corazón y del espíritu nace entre unos y otros de la disparidad, mal proporcionada á los méritos, de las condiciones de fortuna... basta esta consideración para que vuelva á renacer dentro del pecho el ardor por trabajar y combatir en pro de toda idea beneficiosa y justa.

Y la más bella de las más queridas esperanzas mías está siempre figurada y transfigurada en vosotros: es la escuela del porvenir, una escuela en la que el maestro, elevado al bienestar y al honor que le corresponden, pueda decir: —Ninguno de mis queridos niños, al salir de aquí, va á temblar de frío en una buhardilla inmunda é inhabitable; ninguno va á extenuar las fibras de su delicado cuerpo ni de su tierna alma en las faenas fatigosas demasiado graves para su edad; ninguno va á encontrar la brutalidad de un padre pervertido por la miseria que no merece; hasta los menos afortunados, van á encontrar una casa

sana donde hallarán pan, libros y la dignidad de la vida, y en donde, si alguna vez se alza algún grito de dolor y de desprecio, se levantará ese grito contra las iniquidades de la fortuna y no contra las injusticias de la sociedad y el egoísmo de los hombres.

Observad, pues, cuánto os debo, queridos niños, y si no es mi obligación deciros á vosotros lo que me dijo á mí aquella chiquilla desde el palco del teatro: *gracias*. Sí, *gracias á vosotros; gracias, queridos niños, queridas niñas; gracias á vosotros, mis queridos amiguitos, en quienes tengo mi confianza: gracias, pensamientos primeros y más excelsos de mi vida, impresión dulcísima, santa confortación de mi existencia... ¡gracias!!!*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



### PREMIOS PARA LAS NIÑAS (\*)

**N**UESTRO egregio asesor de Instrucción pública ha querido confiarme también este año un encargo honroso y agradable. En nombre suyo y de sus colegas debo congratularme con vosotros; os debo decir antes cuán caro sea para nosotros también este hermoso día en que la ciudad de Turín festeja y honra á sus hijas estudiosas, y cómo se refleja viva en nuestro corazón la alegría que brilla en el vuestro.

Pero para ser verdaderamente merecedoras del premio que se os ha dado, conviene que á otros pensamientos, á otros sentimientos abráis el ánimo, además de á la alegría altiva de haber sido premiadas. Vosotras tenéis hoy un deber que cumplir,

(\*) Discurso de Edmundo De Amicis en un reparto de premios á las niñas de las Escuelas públicas elementales de Turín.

que yo voy á señalaros, un deber de afecto y de gratitud; el cual, por vuestra inteligencia superior y por vuestro corazón sensible será, sin duda alguna, comprendido, experimentado y cumplido al mismo tiempo.

Volved vuestro pensamiento hacia aquellas vuestras compañeras, á las cuales, para haber sido premiadas como vosotras, no faltó el buen descao ni el ingenio, sino el tiempo ó la asiduidad en la asistencia, ó la fortuna; aquellos ligeros auxilios de la suerte que aun en las luchas escolares como en toda otra lucha, se requieren para vencer; volved hacia las émulas superadas un pensamiento amoroso, reconociendo en ellas el mérito aun desde el fondo de vuestro corazón, para que no nazcan los celos ó el desaliento en ninguna de ellas y para compensarlas en parte de la satisfacción de amor propio que hoy no experimentan; proponéos, no sólo no ofenderlas jamás, ni siquiera con una sombra de orgullo, sino tratarlas desde ahora en adelante con un más ostensible respeto y con una más delicada cortesía.

Dirigid también un pensamiento de gratitud á vuestras maestras; decidlas que juntas con vosotras y más acreedoras á ello

que vosotras, son festejadas ellas también en este día; ellas, que han dedicado su vida á un oficio en que se requiere el concurso asiduo de tanta perspicacia y de tanta bondad, y un tan difícil imperio y dominio sobre el propio ánimo y carácter, y una fatiga que á muchas abrevia la juventud; ellas, que os dan admirable ejemplo de cómo puede la obra femenina, sin salir de la sombra que le aumenta gentileza, elevarse á la alta dignidad de una benemérita ciudadana; ellas, que ejercitan fuera de la familia un ministerio no menos santo y benéfico que el ministerio materno, y lo ejercitan de modo tal, que hacen del nombre de maestra, en la conciencia de todos nosotros, uno de los títulos más honrosos y más amables que pueden enorgullecer á una mujer.

Dedicad, asimismo, un pensamiento de afecto hacia vuestras familias, por el cuidado, por la ansiedad, anhelos y angustias que les costaron vuestra escuela, vuestros pequeños afanes y los peligros de vuestra salud; que tengan ellos, por todo esto, un pensamiento más reverente desde hoy, que tengan de vuestra parte una más calurosa oferta de devoción y de amor aquellos padres á los cuales el improbo trabajo, las

estrecheces ó las desventuras, dieron una amargura que á vuestra edad no se puede comprender por completo: la amargura de vivir alejados de vosotras y no veros más que por instantes, rápidamente, en momentos fugaces; no poder satisfacer á veces vuestros más modestos deseos; la amargura de deber interrumpir vuestros estudios, turbar vuestros deleites, dándoos en la frente por la noche, después de una jornada fatigosa y triste, un beso sin una sonrisa.

Con estos pensamientos en el alma, estaréis más serenamente dispuestas á escuchar las breves palabras que voy á dirigirlos con respecto á *la estrecha relación que liga vuestros estudios presentes con vuestros deberes futuros.*

Acaso las mayores de vosotras, á las cuales me dirijo especialmente, ya han adivinado mi idea antes que la exprese.

Hay un nombre suave en todas las lenguas, venerado entre todas las gentes, el primero que suena en los labios del niño al despertar la conciencia y el último que murmura el jovencito frente á la muerte; un

nombre que el hombre maduro y el viejo decrepito invocan todavía con ternura de niños en las horas solemnes de la humana existencia, aun muchos años después de no estar ya en la tierra quien lo llevaba; un nombre que parece tenga en sí la misteriosa virtud de reconducirnos al bien, de consolarnos y de protegernos, un nombre con el cual se dice cuanto hay de más grande, de más dulce, de más fuerte, de más sagrado en el alma.

Vosotras estáis destinadas á llevar un día ese nombre sacrosanto.

Y bien: para cumplir sabiamente los altos deberes que aquel nombre supone, no basta el instinto, no basta el corazón; se necesita la cultura de la inteligencia y del ánimo; y para la formación de esta cultura no hay cosa más conveniente de todas cuantas se os enseñan en la escuela. Tenedlo por seguro: estudiad con la más tranquila certidumbre de que hasta los conocimientos y las asignaturas que ahora os parecen más superfluos para una mujer, después de haber permanecido cierto tiempo como muertos en su germen, pasando casi inadvertidos en vuestro espíritu, se avivarán un día, resucitadas por vosotras mismas, cuando podréis usar de aquellas asignaturas y de

aquellos conocimientos en beneficio ajeno, y se desarrollarán, convirtiéndose en acierto, en decoro, convirtiéndose en autoridad y en poder para hacer el bien.

Por esto os digo:

Si os fatiga alguna vez ú os desanima el estudio minucioso y lento de la lengua, venced esa pereza, considerando cuánta importancia tenga el sentimiento y la posesión de la palabra eficaz, expresiva y bella, para abrir el ánimo propio y para mover el ajeno; para enseñar y defenderse; para mandar á nuestros queridos del corazón que se hallan lejos, el consuelo del afecto y el socorro del consejo; para comprender y admirar dignamente, como es deber de todo ciudadano culto, el tesoro inmenso de la sabiduría, y de las bellezas que han acumulado nuestros escritores inmortales en siete siglos de pensamiento y de glorias.

Si vuestra mente se rebela alguna vez contra el estudio árido de las cifras, pensad cuán útil sea en toda forma de actividad intelectual, no tanto aquella ciencia en sí, cuanto para el orden y exactitud que ella introduce en la mente y en el gobierno de la vida privada. ¡En cuántas familias es la pluma calculadora de la mujer la que traza

á todos el camino derecho, aquella que, demostrando diariamente, con la prueba vigorosa de la Aritmética, la necesidad de los pequeños sacrificios, castiga la vanidad, estimula la inercia, y desde un estado rayano en la pobreza, hacer salir con frecuencia á una familia desde el malestar al modesto bienestar, otorgándole, al propio tiempo, la alegría y el contento, porque se siente más digna en su nueva situación que si se encontrase en la opulencia que no ha costado ni sudores ni llantos!

Si os es aburrida en ocasiones ó si os causa cargar la memoria con fechas y narraciones de acontecimientos lejanos, persistid de todas suertes, no solamente porque quien ignora la Historia es un espíritu perdido entre la obscuridad del pasado y la obscuridad del porvenir, como quien camina con una lucecita en medio de la noche, no viendo sino el espacio brevísimo en el cual mueve sus pasos; no solamente porque no puede amar altamente á la patria quien no conoce sus glorias, sus sacrificios y sus luchas, sino por saber cuán larga y heroica parte haya tenido en aquellas luchas y en aquellos sacrificios la mujer, y pagando el tributo de admiración y de

agradecimiento que debe á las esposas, á las madres italianas muertas, cada hija de un italiano redimido y cada madre de italiano libertado, llegar en el culto de la memoria de aquéllas, el ardor, y la fuerza, para proseguir la santa obra de los antepasados en la vía de la libertad y de la justicia.

Si os resulta grave de vez en cuando aquella tarea de estampar en vuestra mente la forma y la confusión de los países y nombre y descripción de las ciudades, de las montañas y de los ríos, hacéos ánimo, pensando que vosotras os trazáis de mil maneras un vasto cuadro del mundo sobre mil puntos, de los cuales vendrán sucesivamente á recogerse para permanecer fijas y ordenadas aquellas mil noticias esparcidas de todos los tiempos y de todos los países que en el curso de la vida se aprenden sin buscarlas, pero que sin el fundamento de aquel estudio vuelan confusas en la memoria y acaban por perderse como tropel de golondrinas agitadas por torbellino, á las cuales faltan las ramas en que posarse afeerradas á los troncos, que á su vez están enclavados en la tierra.

Y, en fin, algunas entre vosotras, á las

cuales parezcan fastidiosas las labores más afines, más propias de vuestro sexo, aquellas que por su condición social los estimen inútiles é indignos de ellas mismas, consideren que en ninguna condición social es honroso para la mujer el desprecio de las faenas domésticas, que cuanto más alto nos ha puesto la fortuna, tanto más estrecho es el deber de respetar este trabajo humilde é ingrato, mecánico, necesario é indispensable, que otros cumplen por nosotros y que es preciso honrarlo siempre que ocurra y aun compartir sus fatigas con los que lo desempeñan. Y piensen que la fortuna es mudable, que el porvenir es un misterio y que cada día se ven reducidas por fuerza á aquellas faenas en otro tiempo despreciadas, manos señoriles á las cuales la adversidad con un golpe certero é inesperado, ha arrancado los guantes y las sortijas.

Estudiad, pues, y trabajad como si hubiéseis de ser destinadas todas á la enseñanza; y á ella estáis destinadas en realidad, porque cada mujer es la primera y la última maestra de su casa; y no olvidéis ninguna de las materias que se os imponen, porque concurren todas á formaros el corazón y la

mente para gobernar un día otros corazones y otras imaginaciones. Y esto deberéis hacerlo en todo caso, hasta en aquellos en que la fortuna, superando vuestras más atrevidas ambiciones, levante vuestros más queridos seres á la cumbre del poderío y de la gloria, porque (acordáos siempre de esta verdad) hasta el hombre poderoso y glorioso, pasado por todas las vicisitudes de la vida pública, experto de los hombres y avezado á dominarlos, y tan soberbio y seguro de sí que no confía á nadie un afán, que no pide á nadie un consejo, confía, sin embargo, todavía sus afanes, pide todavía un consejo á la dulce amiga de su infancia, y busca siempre en la hora del triunfo ó de la desventura, la palabra y las preces de su madre.

Cuanto he dicho, es para las escuelas.

Pero ahora, aceptad también una exhortación para cuando la escuela no sea para vosotras sino un querido y grato recuerdo.

En discursos que oiréis, en libros que caerán en vuestras manos, y aun en los consejos de gentes honradas, movidas por una intención benévola, encontraréis una tendencia á inspiraros un sentido de aversión ó de desprecio hacia el mundo y á haceros

desconfiar de todo ingenuo impulso vuestro de entusiasmo ó de ternura, á arrancar de vuestra imaginación todo aquello que se suele llamar *la poesía de la vida*. Rechazad esta tendencia maléfica. Demasiado prevalece un triste sentimiento de la vida y del mundo en los hombres; que no prevalezca también en vosotras, porque uno de los más sagrados deberes de la mujer es combatirlo, es extirparlo de todos los corazones que palpitan á su alrededor. Si, el mundo está lleno de iniquidades, de odios, de horrores, pero también hay en él un gran cúmulo de miserias y de dolores no merecidos, sufridos con invicto valor. Se cumple en él diariamente, en las formas infinitas del trabajo, un esfuerzo de voluntad tan vasto y fecundo, un esfuerzo de paciencia y de genio, se agita un tan afanoso é infatigable deseo del bien, hay tantas grandes virtudes, tantas almas generosas, tantas vidas nobles y buenas... y prueba de que éstas son muchas, y en todas partes están, es que no hay hombre sobre la tierra, por increíble y triste que sea, que no encuentre esas condiciones, y no reconozca algo por lo menos de esas cualidades en el camino de su vida; encontraréis vosotras también, es-

tad seguras de ello, hasta las menos afortunadas: encontraréis personas que honran la raza humana, disfrutaréis de aquellas horas divinas que hacen bendecir la existencia, y pedir perdón á la humanidad por haberla calumniado y rechazado en tantas ocasiones!

No, no creáis á quien os dice que «no hay poesía en la vida». ¡Poesía habrá mientras á la cabecera de la cuna resuene el canto materno, mientras que los ancianos vuelvan á vivir la propia infancia en los hijos de sus hijos, mientras que haya prometidas que al dar la mano dan el alma y jóvenes que mueren por salvar á un niño ó por defender una idea. Poesía habrá mientras que dure la piedad, la bondad, la juventud, el trabajo, las victorias de la ciencia, las maravillas del arte, mientras que en torno y sobre las esperanzas de los hombres, florezca la primavera y resplandezcan las estrellas!

Volved ahora á vuestro trabajo cotidiano con nuevo ardor, y al trabajo acostumbrado agregad otro, el más provechoso de todos, el de arrancar cada día con precaución y con cautela, apenas despunten las malas hierbas del ánimo, las pequeñas va-

nidades, y las pequeñas obstinaciones, y los pequeños rencores; trabajo fácil en tanto que son tiernos y blandas las hierbas y las manos, pero difícil después; limpiad el campo de cizaña, y no dejéis sino las espigas de oro de las bellas ideas y las flores azules y rojas de los afectos galantes y distinguidos. Ejecutad, desde ahora, en la casa el oficio que corresponde más que á nadie á las muchachas: recrear al padre cansado, hacer sonreír á la madre triste, pedir gracia para el hermano culpable, arreglar los disenti-mientos, esparcir la dulce voz, como una música en la paz laboriosa de la familia; y cuando, al término de vuestra jornada, os recojáis en el silencio, y recorriendo los años con el pensamiento, soñéis una juventud feliz y una vejez serena, pedid en vuestras oraciones, poned en la cúspide de todo deseo y propósito vuestro, aquella virtud que sólo os puede dar una y otra juventud y vejez ansiadas, aquella que es más necesaria á todos nosotros en todas las edades, en cualquier estado que nos coloque la suerte para hacer á los demás el bien y hacérselo á nosotros mismos: la virtud de decir sinceramente y de poner en práctica en todas las pruebas de la vida estas sencí-

llas palabras, en que está encerrada toda la sabiduría del mundo:—¿Eres infeliz?—Te compadezco.—¿Eres débil?—Te protejo.—¿Me ofendiste?—Te perdono.—¿Me odias? Pues ¡yo te amo!

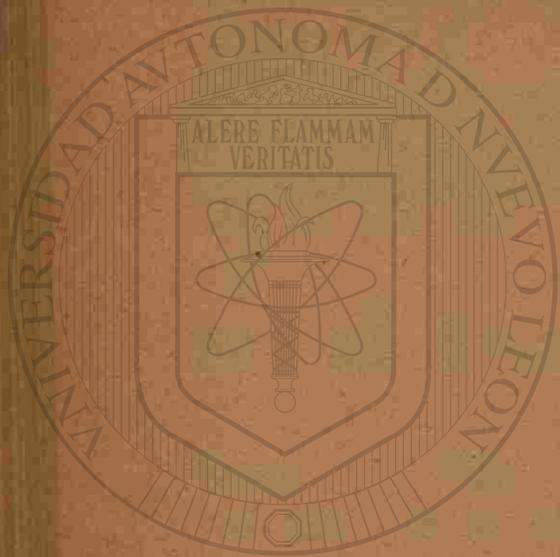
Y termino con un augurio, puesto que los buenos augurios nacen espontáneos del corazón, ante el aspecto de la infancia, como el canto de las aves ante el alba.

Creced bellas y fuertes, y que la vida os sea grata y sonriente como el espectáculo lleno de gracia y de colores que ofrecéis á nuestra vista ahora; que podáis, dentro de muchos años, volver á este teatro para ver pasar sobre este escenario otras niñas buenas y estudiosas como vosotras y que os acompañen también entonces vuestros padres y vuestras madres, conservados jóvenes por el calor de vuestro afecto y por la alegría de veros amadas y respetadas.

Si estos deseos os son gratos, auguradnos por vuestra parte, en cambio, á todos nosotros, que os podamos volver á ver en esos años, y añadid, os lo ruego, que no os sería desagradable oír la misma voz, repetir á las pequeñas premiadas del nuevo siglo los mismos consejos que á vosotras os he dirigido. La voz habría cambiado en todo

caso, pero no el culto amoroso hacia la escuela ni el amor profundo y reflexivo hacia las generaciones que surgen, ni la radiante fe en el porvenir de que hoy soy intérprete, no autorizado, pero sí fiel, del corazón de mis colegas. Y habiendo cambiado estas aspiraciones, os doy las gracias y os despido hasta dentro de un año. ¡Que este año sea afortunado para vosotras, queridas niñas, y para vosotras, valerosas educadoras; que sea un año fausto para la escuela y para la patria; que sea un año de trabajo y de paz para todos!





## UN ASILO INFANTIL

**H**ACÍA diez años que yo no veía un asilo de esta índole. Me recibió la directora, una monja de unos cuarenta años, delgada, con semblante descolorido y ojos claros de expresión juvenil y dulcísima. Me hizo entrar en vasta escuela donde había recogidos hasta 300 entre niños y niñas, en largas filas de bancos colocados en anfiteatro de manera que pudiera verse á todos con una sola mirada en un golpe de vista. Eran casi todos rubios, y todos tenían un delantal blanco limpisimo. Entraba viva luz por tres grandes puertas vidrieras.

No puede decirse cuán risueña y gentil era la alegría atractiva del aspecto de aquellas trescientas pequeñas criaturas unidas unas á otras como pajarillos en las cañas de una jaula y dispuestas como las flores en los grandes ramos, por hileras, cada una de las cuales presentaba como tres franjas de

color: lo blanco del delantalito, el rosa de los rostros y el oro de los cabellos.

Se comprendía ante aquel cuadro cómo la mente humana no ha podido figurarse el Paraíso sin niños. En un cierto punto, la directora dijo una broma y yo vi abrirse trescientas boquitas de flores rosáceas, y dentro de aquellos capullos, brillar millares de blancas perlas.

Había llegado un poco antes de la hora del almuerzo. Salían todos de dos en dos, guiados por tres maestras monjas y por una lega, y entraron en tres habitaciones desnudas, una de las cuales, la más grande, fué ocupada por las niñas, y las otras dos por los niños.

Alrededor de la pared, en canastillos ó cestitas redondas, cada cual había llevado de casa alguna cosa para comer.

Me quedé admirado de la rapidez con que las monjas distribuyeron el contenido de los pequeños cestitos, sin leer los nombres de los cartelitos que cada uno tenía y sin equivocarse en ninguno. En pocos segundos, todos quedaron servidos. Y enton-

ces fué un espectáculo delicioso. Se sentaron unos en bancos alrededor de las paredes otros formando círculos ó hileras por todos lados.

Había pequeños gastrónomos que, queriendo hacer su comida en paz, se buscaban un punto solitario, y era curioso ver las maneras minuciosas y lentas con que comían aquéllo, como habrían hecho para un almuerzo con todas las reglas del arte. Otros, espíritus contemplativos, estaban con sus cestitas cerradas entre las rodillas, mirando al aire, con el pensamiento Dios sabe en dónde, y era preciso que las maestras los excitasen á comer. Las niñas comían haciendo coqueterías y los niños tragaban en silencio; en una de las habitaciones ocupadas por éstos no se percibía una voz, hasta el extremo de que, estando en la puerta, yo creía que no había nadie dentro. Todos aquellos que tenían en la cesta alguna cosa dulce, se comían primero lo dulce y después el pan solo. Las maestras vigilaban para que éstos no hicieran contratos ruinosos con sus compañeros, ocurriendo á menudo que por un pedazo minúsculo de chocolate ó de bizcocho, daban algunos alegremente todas sus provisiones y un beso de

agradecimiento por añadidura. Otros, en vez de comer, se servían del alimento como de un juguete. Una niña que tenía un pedacito de carne con salsa dentro de una flambra, echó en la salsa el queso, un bizcocho y las cerezas, y con todo ello hizo con mucho cuidado una pasta de un solo color, que después se puso á lamer con mucho respeto, dando exclamaciones de alegría. Viendo un niño que hacía correr por el suelo una pelota, pregunté á una maestra si era permitido en aquel momento jugar también; miró el objeto de que se trataba y se aperció súbitamente de que era la yema de un huevo duro, que después se había obscurecido con el polvo de los rincones. El chico se excusó diciendo que después se lo iba á comer.

Admiré la prodigalidad con que las niñas que tenían un almuerzo abundante, hacían participar de él á las compañeras mal provistas. Á algunas, las monjas las tenían que impedir que con esta distribución se quedasen sin nada. De vez en cuando se levantaba una, y corría á ofrecer una fruta ó un pequeño racimo de pasas á la Directora, la cual aceptaba todo, dando gracias, pero para devolverlo después, pasado un minuto,

repartiéndolo á éstas ó á los otros, y era curioso ver á las donantes hacer fiestas á la cosa restituida, como si fueran verdaderos regalos nuevos. Á una chiquitina que estaba comiendo un pedacito de carne húmeda, la monja le preguntó:—¿Con qué está hecha esa carne? La niña creyó que le preguntaba de qué materia estuviera hecha, y después de un momento de reflexión, respondió que «la carne estaba hecha de sangre».

Á otra, que tenía un pedazo de fritura, la Directora preguntó:—¿Quién te ha hecho éso? Y la interrogada respondió como si hubiese nombrado á una persona célebre que todos debieran conocer:—¡Josefina! Y quién fuese esta Josefina, no hubo manera de que pudiera explicarlo.

Había una sola niña á la cual se permitía llevar al asilo una pequeña botellita de vino puro, porque estaba convaleciendo. Yo la sorprendí en el momento en que daba de beber un sorbo á escondidas á una compañera suya más pequeña, diciéndole con gravedad maternal:—Bebe, bebe, que éso te dará fuerzas.

Á medida que iban acabando de comer, se acercaban á la maestra rodeándola, la cual dedicaba á todas interrogaciones muy ingeniosas y graciosas para ejercitar la inteligencia de los pequeñuelos. Pero estaba oprimida por las caricias de todos. Se veía que la adoraban. Seis ó siete niñas estaban pegadas á ella, cogidas á su cintura, formando de esta manera á su alrededor un cinturón de oro, obligándola á tener los brazos en alto, é impidiéndola hasta moverse, y todas las demás tendían hacia ella sus manitas abiertas, semejantes á cándidas mariposas que quisieran ir á posarse sobre su cabeza.

—¡Si yo fuese pintor!—dije también yo, como el poeta. ¡Oh, entonces hubiera hecho un cuadro de aquella monja de cara pálida y de vestido negro, abrazada por toda aquella chiquillería, rosada y blanca, que hacía salir al rostro la llama del amor maternal, más bella todavía que sobre el rostro de una madre.

Una de las más graciosas niñas que abrazaban aquella cintura me pareció por el enrojecimiento de uno de sus párpados, que tuviese un ojo malo. Después supe que aquel ojo era de vidrio; pero que en un año que

hacia que ella venía al Asilo, ninguna de sus compañeras se había apercebido de ello, y que la maestra cuidaba atentamente para prevenir entre ella y las otras niñas ningún juego que pudiese descubrir el secreto.

Vi un niño bellissimo, de familia pobrísima, que tenía una gran cabellera dorada y rizada, y pregunté por qué se hacía con él aquella excepción de la regla general, que prescribía el pelo cortado á punta de tijera. Me respondió la Directora que cuando había dicho á su madre que se lo cortase, ésta se había golpeado la frente con la mano, exclamando:—¡Pobre de mí!, con un acento de tan profundo dolor, que le había faltado valor para insistir, dejando sin cumplimiento el reglamento de los masculinos.

Después se me habían presentado tres hermanitas morenas, pálidas, con aire triste: una de cinco años, y otras dos gemelas, de tres años y medio. Habían perdido su madre hacia pocos meses, y á las tres se les había dicho que había partido para un largo viaje, pero que volvería. Un mes transcurrido, viendo la niña mayor siempre dolorida, la Directora le había dicho:—Hazte ánimo, ve á tus hermanitas que juegan con las compañeras, y ella había contestado:

— Es porque mis hermanas, que son pequeñas, no saben todavía, no comprenden qué quiere decir tener la madre lejos. ¡Y ella, la pobrecilla, creía comprenderlo!

Salieron todos de dos en dos, primero, los más grandes, después los más pequeños é hicieron diferentes evoluciones por el jardín en marcha entre procesional y militar. Me paré en una de las esquinas donde daban la vuelta para verlos desfilar. ¡Cuántas formas diversas de cabezas y de peinados, cuántas expresiones diferentes de miradas y de sonrisas! Algunos me sonreían con aire de familiaridad bromista, como si fuésemos antiguos amigos, íntimos hacía un año. Los niños saludaban elevando la mano recta hacia la frente, al estilo militar sobre poco más ó menos; las niñas haciendo una pequeña inclinación brusca de cabeza, como si recibieran, una tras de otra, un cogotazo por mano invisible. Cuando acariciaba la cabecita de alguno ó le cogía la mano, cinco ó seis me presentaban la mano ó su frente; á todos los acariciaba; cuando volvían á pasar delante, después de haber dado

la vuelta, pedían la caricia como la vez anterior. Algunos salían de las filas para venir hacia mí y aferrarme la mano ó el brazo y me presentaban delante, alzándose de puntillas, la cara, y no se querían separar de mí sin un beso. En algún momento, pasaban como una onda, todos bellos y rubios, grupos enteros del mismo tono, como si hubiesen sido pintados á la vez y puesto juntos con intención artística. Muchos, llevaban su nombre escrito, impreso ó pintado en grandes caracteres, bien en chapas en el cinturón ó en placas metálicas, como si estuviesen destinados á ser expedidos, al salir de clase, por el camino de hierro. Las niñas, en su mayoría, estaban más limpias. Algunas se detenían al pasar para sacudirse el delantalito ó el vestido, cosa que los niños no hacían jamás. Entre los unos y las otras, noté muchas caras serias, pero de una seriedad singular, como de personas mayores ocupadas por pensamientos graves. Á veces, pasaban varios en un grupo, que me miraban con el rabillo del ojo, sin levantar la cabeza, sonriendo furtivamente como si se burlasen de mí. Uno de los niños más pequeños salió corriendo de las filas, se vino hacia mí,

plantándoseme delante y levantándose con ambas manos el vestidito y el delantal, se estuvo mirándome un rato, y esperando á ver qué le decía yo. Como yo no comprendía, la Directora me iluminó diciéndome que lo que quería aquel pequeño era que le mirase los calzones nuevos.

La procesión se disolvió bajo un pórtico, tras de lo cual empezó el recreo. Cerrando los ojos, habría creído verme en un bosque donde cantasen mil pájaros, gorjeasen mil ruiseñores y murmurasen mil fuentes. Del lado de las niñas, había menos ruido y menos estrépito: de la otra parte se veían saltar las cabezas como si hirviesen en un gran caldero. Nació algún litigio inmediatamente aplacado: el arma de los niños, por lo general, es el puño cerrado: las niñas emplean las uñas. Una niña vino á mostrar á la Directora un dedito arañado. Ésta llamó á la niña adversaria, y la ordenó que besase á su compañera. No olvidaré jamás la sonrisita finísimamente femenina con la cual la culpable, todavía despechada, acogió la orden, ni el beso rápido y seco, verdadero

beso de rebelde, que dió á la compañera, volviéndole casi al mismo tiempo la espalda como un autómata que gira sobre sus piernas.

Una barrera de bancos señalaba el confín entre dos sexos. Una niña de tres años saltó esta frontera y penetró entre los niños. Uno de aquéllos, de la misma edad, se le plantó delante con aire de padre guardián, y mirándola fijamente á los ojos, le dijo con voz tan cómica como atrevida:

—¿Qué haces aquí? Este no es tu sitio. ¡Márchate!

Pregunté á la Directora si todas las niñas que se atrevían á saltar la barrera eran recibidas con aquellas formas de oficiales de caballería.

—No — me respondió sonriendo; — es cuestión de simpatías. Por lo demás, también hay caballería hasta entre ellos, y aun *caballería andante*.

Las recién entradas, por ejemplo, y especialmente las más pequeñas, son bien recibidas por todas, y á las convalecientes que entran, todas les hacen fiestas. No hay un enfermito ó un débil que no encuentre un pequeño protector.

Procuré dedicar alguna pregunta á al-

gunas, pero no se atrevían á responder. Contestaban á la Directora, y era preciso que yo pusiese oído muy fino para poder recoger de sus bocas el hilo tenue de voz que salía de aquellos labios. Pero un momento después, de aquellas mismas bocas, dejadas libres, brotaban los estridentes sonidos de la trompeta que horadaban implacablemente el tímpano. Pregunté á una niña pequeñísima dónde vivía. Ésta, que se había vuelto hacia el patio, señaló primero hacia él con un dedito microscópico, que en vez de señalar á una parte cualquiera de Turin, parecía que señalase á un botón de mi traje, y respondió con voz ininteligible: —Más allá de allí. —¿Ha comprendido usted?— me dijo riendo la monja. —¡No, seguro que no es posible perderse en el camino ni equivocarse el sitio!

\* \* \*

Entre el placer que me producían los niños y la admiración que me provocaba la Directora, no sabría decir cuál era el sentimiento más vivo. Ella hablaba conmigo, pero tenía los ojos en todos y en todo; no se le escapaba, en medio de aquel tropel agitado, rumoroso, ni una voz de lamento

de un niño ni un movimiento descompuesto; de todos sabía el nombre y condiciones de su familia; no decía una palabra á aquéllos que no tuviera un fin de enseñanza; era dulce y grave, afable y firme á un tiempo; hablaba continuamente y pensaba siempre.

—De cada niño— me decía— aprendo cada día alguna cosa.

Yo creía haber hecho muchas observaciones sobre la infancia, pero no pude ni siquiera indicarle una que ella no hubiese hecho ya de antemano; y me dijo en cambio á mi ciento que me resultaron nuevas y que me parecieron agudísimas.

Aunque monja, ¡cómo conocía, ó, mejor dicho, cómo comprendía el mundo! Y su bondad era mucho más admirable, porque no se fundaba sobre las alegres ilusiones que dulcifican el ánimo, sino que estaba fortificada precisamente por aquel conocimiento de las tristezas humanas que en tantos otros corazones la debilita ó disminuye. Tenía con frecuencia ocasión de ir á las casas de sus niños pobres, y me decía, poniéndose una mano en la frente:

—¡Qué cosas se ven allí dentro á veces! ¡Cómo se comprende exactamente que las pobres criaturas no tienen culpa alguna de

criarse malvados y perversos! ¡Y cuán indulgente se vuelve uno al lado de este espectáculo!

Pero la serenidad que le venia de la conciencia de su vida laboriosa y benéfica, no la dejaba insistir largamente en ningún triste pensamiento.

Interrumpia el discurso triste para señalarme sonriendo una niña de cuatro años, muy despierta y de carácter un poco difícil, la cual pocos días antes habia hecho una admonición á su madre. Ésta, una mañana que su hija habia sido mala en casa, fué á recomendar á la Directora que indicase ó contase el caso en la clase y diera una advertencia general, á ver si era posible que la niña se corrigiese en su conducta en el seno de su familia, tratando mejor á su madre. Con efecto, la Directora dedicó un sermón moral al asunto, hablando del caso como de un hecho general, y que todas sacasen enseñanza del consejo. Y llegada la niña culpable á su casa, se habia dirigido á la madre, y mirándola con ojos escrutadores y moviendo la cabeza de derecha á izquierda, exclamó:

—Alguien ha ido hoy por la mañana al asilo y ha contado á la Directora lo ocu-

rrido, porque lo que ha dicho ella era precisamente lo que aquí ha pasado entre tú y yo. No quisiera que hubieras sido tú la del chisme... Pero, ¡si llego á descubrirlo!

\*\*\*

Después del descanso y recreo, entraron todos en la escuela, distribuyéndose en aquellos bancos en forma de escalera que presentaban la pequeña masa escolar, como agrupada sobre las gradas de un templo.

La Directora, con voz armoniosa y modulada, entonó un canto que decia con mucha propiedad y eficacia de tono, todos los usos y virtudes de la mano. Los niños hicieron coro, primero, con un poco de titubeo, después con un acorde de armonía extraordinaria para la edad de ellos. El canto iba acompañado de mimica y de gimnástica: ora alzaban los brazos agitándolos, y parecía ver por el aire 300 golondrinas de la Virgen, que batian las alas, atadas á los bancos por otros tantos hilos; ora se inclinaban todos hacia un lado, como flores de amapola que bajo el soplo del viento doblan el tallo; ora se agarraban de las manos, trenzando los brazos, de manera que forma-

ban una sola guirnalda desde uno á otro extremo de los bancos; ora posaban las frentes sobre las baneas en un momento determinado, en actitud de dormir, despertando en los labios del expectador el deseo de ir corriendo sobre aquellas hileras de cabeecitas. Y se percibían en aquel canto notas de ruiñeñor, sonidos de violín y de flauta, tintínos de campanitas, murmullos de arroyuelos y ruidos de los árboles, y ciertos prolongados suspiros (correspondientes á una indicación de la Directora, ó á una incertidumbre de las modulaciones) de una suavidad y una gracia, que no parecían vagidos de voces humanas.

Un día entero me hubiera pasado allí, viendo y escuchando. Á medida que adelantaban en el canto, no perdiendo jamás de vista la cara y los ojos de la Directora, se acaloraban y se excitaban á la voz de la monja, que también se excitaba á su vez.

Sus mejillas demacradas se ponían color de rosa, sus ojos claros brillaban con fulgores extraordinarios, el timbre argentino de su voz vibraba, sus manos sutiles cortaban el aire con ademanes amplios ó vigorosos marcando el compás, todo su cuerpo

delicado temblaba como el de una joven poetisa inspirada.

¡Y cuánta poesía respiraba allí y en todo aquel conjunto de voces cristalinas, de rostros florecientes, de toda aquella inocencia del misterioso porvenir, aleteaba á su alrededor y alrededor de aquellas 300 frentes serenas por la feliz alegría del vivir que se esparcía en las 300 voces argentinas, entre las blancas paredes de aquella escuela inundada de luz y de armonía!

¡Oh benditos niños, eternos sembradores de esperanzas! Nosotros también podremos creer, cuando no os veamos, que un día estaréis atormentados asimismo por las tristes pasiones que nos torturan y manchados por iguales vicios é idénticas culpas. Pero cuando os encontramos delante en una escuela, pero cuando nos fijamos en vuestra frente no velada por una sombra, y en vuestros ojos, en los cuales no brilla un pensamiento que se deba esconder, y en vuestras bocas, de las cuales no ha salido todavía una palabra de odio, la ilusión de que seréis mejores que nosotros, nos renace irresistiblemente en el alma: y es ésta una querida ilusión, es ésta una santa esperanza que resucita en todo padre con todo

nuevo hijo, y en la humanidad con toda nueva generación; ilusiones y esperanzas que más fuertemente nos ayudan á vivir y nos impiden llegar á ser peores de lo que somos.

Observando la Directora mientras cantaba con los niños, me acordé haber oído decir á algún visitador de aquel Asilo que ella se fatigaba sin miramiento alguno, gastando su propia salud; y con efecto, en la excitación de aquel instante, su aspecto confirmaba aquel juicio. Yo se lo dije al salir, después de haberle expresado mi más viva y reverente admiración. Ella sonrió con una ligera expresión de tristeza, y respondió con un ademán vago de las manos que quería decir: —;Qué importa! Gasto la vida por los niños, y moriré contenta.

Cuando permanecí solo en la puerta unos segundos, percibi un ruido detrás del portón como si volviese corriendo la Directora á la Escuela para ganar aquellos momentos de tiempo perdido.

Un minuto después, con efecto, llegó hasta mí en la calle el acorde del canto debilitado y dulce de las trescientas voces infantiles!



## LAS CARTAS ANÓNIMAS

### CONFERENCIA

A muchos parecerá ligero y fútil el argumento que he elegido para esta conferencia. Declaro ante todo que no me propongo propiamente pronunciar una conferencia, sino, antes al contrario, mi propósito se limita á una esfera más modesta; una conversación más sencilla y más alegre que un discurso, y la llamo conversación, aunque hable yo solo, porque estoy cierto de que vosotros seréis mis interlocutores mentalmente, con vuestras observaciones y con vuestros recuerdos y recibiréis las notas de mi pensamiento no discordantes, estoy seguro, de esos vuestros recuerdos y vuestros pensamientos; paréceme, fuera de duda, que los más de los que me escuchan han tenido que ocuparse alguna vez por nece-

nuevo hijo, y en la humanidad con toda nueva generación; ilusiones y esperanzas que más fuertemente nos ayudan á vivir y nos impiden llegar á ser peores de lo que somos.

Observando la Directora mientras cantaba con los niños, me acordé haber oído decir á algún visitador de aquel Asilo que ella se fatigaba sin miramiento alguno, gastando su propia salud; y con efecto, en la excitación de aquel instante, su aspecto confirmaba aquel juicio. Yo se lo dije al salir, después de haberle expresado mi más viva y reverente admiración. Ella sonrió con una ligera expresión de tristeza, y respondió con un ademán vago de las manos que quería decir: —;Qué importa! Gasto la vida por los niños, y moriré contenta.

Cuando permanecí solo en la puerta unos segundos, percibi un ruido detrás del portón como si volviese corriendo la Directora á la Escuela para ganar aquellos momentos de tiempo perdido.

Un minuto después, con efecto, llegó hasta mí en la calle el acorde del canto debilitado y dulce de las trescientas voces infantiles!



## LAS CARTAS ANÓNIMAS

### CONFERENCIA

A muchos parecerá ligero y fútil el argumento que he elegido para esta conferencia. Declaro ante todo que no me propongo propiamente pronunciar una conferencia, sino, antes al contrario, mi propósito se limita á una esfera más modesta; una conversación más sencilla y más alegre que un discurso, y la llamo conversación, aunque hable yo solo, porque estoy cierto de que vosotros seréis mis interlocutores mentalmente, con vuestras observaciones y con vuestros recuerdos y recibiréis las notas de mi pensamiento no discordantes, estoy seguro, de esos vuestros recuerdos y vuestros pensamientos; paréceme, fuera de duda, que los más de los que me escuchan han tenido que ocuparse alguna vez por nece-

sidad, y como parte pasiva, bien entendido, del castigo literario de que quiero hablaros.

Y si el asunto os parece ligero, tened la bondad de dispensarme en gracia á las muchas veces que en forma de conferencia se os habrá ofrecido, como es uso corriente, un alimento científico un tanto demasiado grave, no para vuestra inteligencia, superfluo es decirlo, sino para la disposición de espíritu en que estábais en aquel momento y para la cual disposición hubiera convenido más bien una distracción agradable que un esfuerzo de atención.

Pero ¿es verdaderamente ligero el asunto que he elegido para tema de mi charla? Tal puede parecer, pero no lo es en realidad. Ligero no puede juzgarlo quien considere la grave importancia social que por sus efectos tienen las cartas anónimas: cuántos hechos que nosotros solemos atribuir á otros orígenes, cuántos dolores, escándalos, discordias y ruinas causan continuamente alrededor de todos nosotros semejantes cartas!

Y á quien me pregunte qué utilidad puede brotar de mis palabras, le responderé que espero por lo menos un efecto conve-

niente y útil, porque del daño de una carta anónima, casi ninguno está libre, y yo pienso que el tratar tal argumento de modo que se demuestre la insensatez y toda la extravagancia, y misera y ridícula pequeñez de ánimo y de inteligencia que se encuentra en este ejército clandestino de malhechores epistolares que infestan el mundo, puede servir para librarnos, en parte, de la amargura que nos proporcionan, mortificando la sensibilidad demasiado aguda, y, digámoslo también, ni viril ni noble que ofrecen casi todos sus golpes. Si alguno de los oyentes cuando reciba una de aquellas cartas, al acordarse de mis palabras, en vez de sentirse airado y de sufrir, la arroja sin leerla, ó la lee con la sonrisa en los labios, ó con un sentimiento de desprecio, creo que el asunto que he elegido para desarrollar en esta ocasión, parecerá justificado, ni será tiempo perdido el que consumais aquí.

He dicho que las cartas anónimas producen en la sociedad un montón de males. Quien lo dude, no tiene idea de cómo se escriben. Desde la garita del portero hasta

el gabinete del Ministro, desde la buhardilla de la mujer del pueblo hasta la sala de la señora, desde el estudio del artista hasta las oficinas de la policía, desde el Rector de la Escuela hasta el jefe del regimiento, desde el palacio del arzobispo y del soberano, va y viene la carta anónima á todas partes y de todas partes. El cartero que habéis encontrado esta mañana, llevaba quizá varias en la valija; había acaso recibido una el amigo que os saludó por el camino con aire descompuesto; el buzón en que acostumbráis á echar vuestras cartas, ha tragado tal vez cientos de esas epístolas, año tras año; y sin embargo, sabiendo ó ideando esto, si interrogamos sobre el particular á alguno de aquellos que por deber de oficio tratan más de cerca y casi de continuo las personas, los litigios, los delitos de los otros, reconocemos que lo que imaginábamos, estaba muy por bajo de la realidad; permanecemos admirados al percibir cuánta maldad, cuánta rabia, cuánta envidia, cuánto odio va dando vueltas por el mundo por todas partes, encerrados en un pequeño sobre entre los dobleces de una hoja de papel que no lleva nombre, y más que admirados, permanecemos desconcer-

tados si averiguamos cuántas personas cultas y respetadas, que no habríamos jamás creído capaces de un acto semejante, fueron y son capaces de él.

Y, no obstante, considerando la cantidad de tristes pasiones que enfurecen á los hombres, y la facilidad que ofrece este medio de desahogarlas, nuestra admiración no es razonable. Más razonable sería maravillarse de que no se haga de tal medio un uso mayor.

Grande es, con efecto, la tentación que ese recurso ofrece al odio y á la venganza. No hay necesidad de un cómplice, del cual es preciso servirse á veces á alto precio, poniendo en riesgo el honor y la libertad. Se da la puñalada directamente, con la mano propia. La impunidad está asegurada, el golpe no es menos seguro, y no cuesta más que 10 céntimos, y aun queriendo, hasta esos céntimos se hacen pagar por el herido, no franqueando la carta.

Entremos, pues, en el asunto. Excluyo del análisis las cartas anónimas benévolas. Algunos permanecerán estupefactos al sa-

ber que se escriben de esta clase. Y se escriben. Hay en el mundo (y esto conforta) una cantidad de benevolencia y de admiración que va por el correo, dirigida á quien es objeto de ella, sin pedir gratitud. Hay cultivadores honrados y benignos árcades que acarician la epistolografía misteriosa; delicados que expresan su simpatía á los artistas, á los escritores, á los hombres políticos, que quieren hacerles más viva la satisfacción, no dejando ni siquiera lugar á la sospecha de que en el sentimiento que los mueve, esté el deseo del agradecimiento. Algunos de éstos, nos dirigen censuras, pero en forma respetuosísima, y nos ruegan que no prosigamos por un determinado camino, buscando persuadirnos con muchas razones y con palabras entusiastas y agradables, que demuestran una sincera solicitud por nuestro bien. Más de un actor célebre recibió una de estas cartas, que se encaminaba á corregirle de un defecto en su manera de recitar. Algunos son verdaderos modelos de exquisita delicadeza y de lógica finísima; otros, en su benevolencia, no carecen de cierta originalidad. Un escultor ilustre recibió una carta, en la que se expresaba una clara admiración por su monumento á

José Garibaldi, haciendo una sola reserva, relativa al birrete que usaba el héroe; el anónimo ofrecía generosamente hacer el gasto de esta cobertera de la cabeza, siempre que el artista declarase en un periódico que aceptaba la propuesta del cambio.

El más grande actor trágico de Italia, después de su insuperable representación de *Otelo*, recibió un anónimo de un marido, el cual le daba gracias con frases calurosas porque le había enseñado la verdadera manera de poner fin á la infidelidad de su mujer; y tuvo al día siguiente otra carta, todavía más ardentemente admirativa que la primera, de una señora que no se firmaba, pero que le indicaba el modo de encontrarla; y esta señora, que conoció al actor, era la mujer de aquel marido: lo cual demuestra que no siempre es verdad que la comunidad de la admiración sea un lazo entre las almas!

Pero los más curiosos de este grupo, y quizá los menos raros, son los enamorados ardientes y modestos que escriben á las señoras; no firman sus cartas, porque no tienen sombra siquiera de esperanza y ni siquiera sienten la más remota intención de firmar un día su carta, verbalmente. Escri-

ben por puro desahogo del alma, algunas veces, cartas eternas, y aquella familiaridad imaginaria, en la cual derraman toda su admiración amorosa, aquel tutear al idolo en diez páginas sucesivas, figurándose la sonrisa de complacencia curiosa y compasiva que brillará un momento sobre sus inocentes periodos, y pensando que aquellos dedos se pondrán sobre el mismo margen que tocan los suyos, es para ellos un goce espiritual y casi físico tan sutil, que casi da á ellos por breve tiempo la dulce ilusión de un coloquio íntimo y feliz. ¡Felices ellos, y aquellos maridos que no tienen que temer del correo otras insidias! Pero éstos, y los otros señalados, no son sino una minoría pequeñísima en el gran número de escritores de cartas ciegas, como los bienhechores ocultos; en comparación de aquéllos, innumerables hay que no arrojan el escudo sino sobre el velador sonoro del periodista.

\* \* \*

Casi todas las cartas anónimas son de índole perniciosa, y éstas tienen una circulación extraordinaria. Si pudiésemos seguir el viaje de ellas por el mundo, permanece-

ríamos estupefactos de las distancias inmensas que recorren en línea recta y de los extraños giros que llevan á cabo en un reducidísimo espacio. La mayor parte no salen de la aldea ó de la ciudad donde han sido escritas; pero muchas también van de ciudad en ciudad y llevan su punta envenenada á través de los continentes y de los océanos; unas sólo van á una casa de la vecindad; otras, escritas en una casa, vuelven después por el correo á la misma de la cual partieron, al piso de encima ó de debajo y se detienen con frecuencia en la puerta de al lado ó en la de enfrente del mismo piso. Y son frecuentes los casos más extraños.

Hay cartas anónimas que vuelven á la misma familia de la cual salieron y son recibidas por el cartero y vueltas á enviar con afectada indiferencia al padre del destinatario ó al dueño ó dueña de la mano misma que la ha escrito y sellado. Pero hay además á menudo otras cartas anónimas dirigidas por el que las escribió á él mismo, y con una alteración cualquiera de la escritura, para parecer víctima de una persecución y sacar pretexto á la realización de ciertos actos, ó escritas imitando el carác-

ter de letra de alguna persona para acusarla de aquella infamia. Y hasta las hay intrépidas que van á esperar en el nuevo destino al empleado, al médico, á la maestra, á fin de que, apenas llegada, encuentre una alegría pronta, y que van á desacreditarlos cerca de las autoridades y convecinos para procurarles acogidas descorteses. Y en la elección del día y de la hora en que se hacen llegar estas cartas no se manifiesta menos que en otras circunstancias la inquina humana que en el contenido de ellas mismas y en su fin.

Existen cartas que llegan á la prometida la misma mañana en que ella va al Juzgado municipal, ó una hora antes de que vaya á la Iglesia; existen las que recibe un invitado al banquete dado en su honor, en el momento de sentarse á la mesa; la que el autor dramático encuentra al llegar á su casa á la media noche, al volver de un triunfo; la que da la bienvenida á un viajero que vuelve de larga excursión, y la que recibe un pobre caballero desde las fiestas de Navidad á primero de año, la cual, entre tantas cartas como dicen: «Felices Pascuas», «Feliz entrada de año», «Le deseo mil augurios de fortuna, cien años como

éste», le hace más efecto la que le llama *bufón* ó *asno*, ó le anuncia de antemano un próximo fin;... y otras innumerables enviadas en otros momentos escogidos y elegidos con un tan feroz refinamiento de perfidia psicológica, que si en los infiernos hubiera correo no se podrían hacer mejores.

\*  
\*  
\*

Las personas más saeteadas por las cartas anónimas se pueden dividir en dos grandes clases: las que por estas cartas son directamente heridas, y aquellas á quienes se escribe con el fin de herir á otros individuos. Las primeras, entre éstas, son los jefes de Policía, Fiscales, los cuales reciben falsas denuncias de calumniadores y verdaderas denuncias de caballeros medrosos, y todos los jefes de oficinas y establecimientos en cuyas manos está la suerte de muchos empleados, porque la desesperada concurrencia en la lucha por la vida, hace recurrir hasta al arma de la carta anónima para arruinar á un infeliz y procurar la vacante de un misero puesto que, con dificultad, da para comer. Suelen recibirlas también los agentes del impuesto, porque hay mu-

chos probos ciudadanos, los cuales tienen vehementísimo deseo de que un amigo ó conocido suyo, ó simplemente paisano, se ponga al corriente con el Erario en el pago de la riqueza móvil. Algunos de la otra clase, directamente heridos, son los candidatos en el período de elección, los abogados criminalistas, los amantes afortunados, las mujeres hermosas que tienen alrededor muchos solicitadores y sobre la conciencia muchos rechazados, y todos los hombres que han llegado á la fama por cualquier camino. Los más flagelados entre éstos creo que sean los escritores, ya porque más fácilmente lastiman las ideas y los sentimientos del prójimo, ya porque su nombre salta con más frecuencia á la vista, cosa que molesta á muchos.

Casi todos reciben la primera carta anónima después de su primer éxito, que le pone en candelero; una carta en la cual (naturalmente) se les dicen que no tiene un ápice de ingenio y que el público se ha equivocado por completo. Este primer anónimo es casi siempre de un compañero de sus primeros años, entre las imágenes de los cuales resulta fácil encontrar su cara sombría y malévolá; su carta no es más que una

venganza de los celos de la escuela. Después las cartas son variadísimas, y se suceden, en ellas se echan en cara los errores, se discuten violentamente las ideas, se rie del entusiasmo, hay acusaciones de estar vendidos, de servir á una camarilla, de mentir ó de fingir en todo y para todo. Estas cartas proceden á veces de remotas é ignotas aldeas, que la víctima necesita ir á buscar á qué provincia pertenece, en su Diccionario geográfico.

Notaré de pasada, entre estas perseguidoras epistolas, un tipo singularísimo: aquel que va constantemente detrás de un escritor durante toda su vida, á intervalos de dos, cuatro ó seis años; después de cualquiera manifestación pública de vuestro pensamiento, recibís por el correo un par de ceces de este perseguidor. A veces os combate por ideas distintas de las que os combatió al principio; pero él, aun habiendo cambiado de la primera, que no le era simpática, continúa, sin embargo, siguiéndoos la pista.

Ha mudado de residencia varias veces, ha tenido él también sus tristes alternativas; pero ha permanecido fiel á su obra, habrá perdido la salud, los dientes y las plu-

mas; pero ha conservado amorosamente desde la juventud á la madurez aquella intrépida constancia de antipatía hacia vuestra persona. Sois una ocupación de su vida, un hombre que casi le es necesario para descargarse el hígado. Podéis estar seguros de que cuando cerréis los ojos experimentará un sentimiento de sincero... despecho.

¡Qué curiosa colección se podría reunir recogiendo las más extrañas cartas escritas por manos indoctas á hombres célebres!... ¡libro no solamente instructivo, como documento psicológico, sino útil á los jóvenes que se dirigen á la gloria, que pierden el ánimo al primer ultraje de un desconocido!

Tuve una vez esta idea, pero la repugnancia de importunar á hombres eminentes ocupados, me hizo desistir de la investigación, apenas comenzada.

De cuantos interrogué ó hice interrogar ni uno sólo hubo que no estuviese injuriado por el anónimo; hasta en los periodos de la vida en que parecía más unánime el aplauso con respecto á su nombre. Y esto es digno de notar: que no son los más áspe-

ros y violentos de carácter, los más atrevidos y soberbios provocadores de la opinión pública en la propagación de la nueva idea los que fueron más frecuente y más fieramente atormentados, sino los más mansos, aquellos de ánimo más benévolo y de lenguaje más prudente; lo cual es naturalísimo, aunque parezca ilógico á primera vista, porque los injuriadores anónimos, que no hieren más que por placer de herir, vibran preferentemente los golpes contra quien creen que por la delicadeza de su naturaleza los sentirán más vivamente, y son menos tentados á probar su pluma sobre las pieles duras, contra las cuales se despuntan con facilidad.

Giusti dice en su *Epistolario*, haber recibido cartas ciegas á montones; muchísimas, groseramente insolentes, recibió Jorge Sand; Victor Hugo, muchas; y uno de sus biógrafos publicó una para modelo, recibida en 1877, particularmente galante: «Esta vez no haremos la barbaridad de dejar salir de París para ir á hacer la vuelta del destierro. Te ajustaremos las cuentas, bribón.» De la misma boca de Alejandro Manzoni recogí otra del mismo estilo, que la repetía riendo: pero éste al menos

no le tuteaba. «He leído—decía—*Los Novios* y me han aburrído, porque usted trabaja para la gente de almacén (clerical, por supuesto), y como todos aquellos que trabajan para la tienda, sois llevado en triunfo por horteras. Os anguro una larga vida, no porque desee veros vivo, sino porque han de volver para vos y para vuestros compadres los tiempos de la guillotina y deseo que lleguéis á tiempo para que yo lo vea.» José Verdi recibió varias, y no sólo en el período de sus primeras luchas, en el cual se comprende que pudiese tener rivales envidiosos, sino hasta en estos últimos años, lo cual es inexplicable; una carta, entre otras, que presagiaba al *Falstaff* un fiaseo solemne. Pablo Mantegazza recibió amenazas de muerte; Lorenzo Stecchetti, amenazas de infierno. Tomás Salvini recibió cosas peores: la intimación de representar una horrible comedia, que acompañaba á la carta anónima, el autor de la cual le insultaba. Otros varios recibieron anónimos de quienes se firmaban como hijos ó hijas suyos que les trataban de padres desnaturalizados y pedían misteriosamente un billete de Banco en nombre de la madre traicionada, y muerta, por supuesto. Pero además de esto, en

todas las cartas insultantes escritas á hombres ilustres, se encuentra esta afirmación característica, reveladora de la pasión que las inspiró: que el último arte ó profesión que el personaje habría debido elegir, es precisamente aquella en la cual se ha hecho célebre, y que debería abandonarlo para su bien. Verdi había ya escrito sus óperas más populares, cuando recibió un anónimo en que le aconsejaban dejar la música (y recuerdo las palabras textuales), recomendándole que se dedicase á *otras industrias*.

Para todos estos hombres, sin embargo, hasta para los más delicados, la crítica impresa es una especie de *virus antirrábico* que les preserva para siempre de los efectos de la mordedura epistolar. Es muy difícil, con efecto, que una carta anónima, salvo la trivialidad del lenguaje, que no es lo que ofende más, diga algo más amargo que tragar de cuanto se les dice por la Prensa. Al recibir una de estas cartas, piensan: el amigo podía estampar sus impertinencias, y en vez de ponerlas en un periódico, las ha puesto dentro de un sobre: algo se gana.

Pero la mayor parte de los hombres honrados han recibido de los anónimos verdaderas heridas sangrientas. Casi ninguno, aun habiéndose hecho el propósito de no leerlos, consigue poner en práctica su propósito.

Visto que falta la firma, piensan en casos parecidos, en los cuales ciertas personas fueron advertidas por un anónimo, de un peligro real, de un amigo traidor de quien han podido librarse, de una calumnia grave que corre contra ellos, y este pensamiento detiene sus manos, que habían ya aferrado la hoja para arrojarla á la chimenea.

Es un error, casi siempre, porque no hay tanta caridad fraternal en el mundo; porque de un peligro ó de un daño, no nos advierte más que quien nos quiere bien, y, por lo general, quien nos quiere bien no se oculta.

Pero el temor de un mal indeterminado y evitable es más fuerte en ellos que el deber dejar de tragarse una injuria en silencio. ¡Ah, quién pudiese ver todas las extrañas luchas que se combaten en el ánimo de quien se ha propuesto no leer cartas anónimas! Se verían escenas semejantes á la

del protagonista del drama *L'Assommoir*, que después de haber jurado no volver á beber, gira en derredor de la botella, atraído á un tiempo y rechazado, y se aleja, y se aproxima, y ceja, y adelanta hasta que cae al fin sobre la botella, fascinado.

Se verían hombres serios hacer lo mismo con la carta: se les vería un poco de tiempo con el papel en la mano, mirando el sobre, como si sobre este sobre le mirasen dos ojos diabólicos, fijos en los suyos; y después rechazarlo con desprecio, recordando las palabras desdeñosas de Máximo de Azeglio y diciendo: «Anda, bribón, yo no me bajo hasta ti», y después volver á coger la carta y llevarla en el bolsillo durante medio día, combatido por la incertidumbre, y al fin, aferrarla y tragarla de un sorbo, como se hace con una medicina repugnante.

Y se vería alguna vez una escena más triste; se vería al pobre hombre inclinarse á recoger los pedazos del cesto de los papeles, ponerlos juntos en la mesa, diligentemente, con mucho cuidado, como los pedacitos de un mosaico, y fatigado y sudando una hora para llegar á este hermoso resultado: ¡verse llamar bruto, estúpido, con la

satisfacción por añadidura de haber recompués-  
to con sus propias manos todos los cum-  
plimientos que se le dirigen!

Casi todos son turbados por los anóni-  
mos, pero algunos, con respecto á los mis-  
mos, son afectados por una sensibilidad  
verdaderamente patológica, que les hace  
merecedores de la compasión de toda alma  
buena. Cada dirección de carácter desco-  
nocido los pone en conmoción; abren el só-  
bre con la mano agitada, como si contu-  
viese una substancia explosiva. Reconocido  
el atentado, cómo abandonan la fantasía á  
las sospechas más extravagantes; acogen  
dudas inverosímiles que recaen hasta en  
las personas más respetables; buscan entre  
las cartas olvidadas ó guardadas hace mu-  
cho tiempo, para confrontar el carácter de  
letra con el nuevo manuscrito; temblando,  
y conservan la hoja de papel siniestro, años  
á veces, con la esperanza siempre viva de  
descubrir al reo, al cual vuelven á buscar  
de vez en cuando, estimulados por nuevas  
sospechas. Algunas veces se creen ya segu-  
ros de haberlo encontrado, y envían la car-

ta á una persona decente, que no la ha es-  
crito, suscitándose con este motivo los con-  
siguientes disgustos. Hay algunos á quienes  
una carta anónima de las más necias le ha  
perturbado tan por completo el alma, que  
ha estado semanas enteras agitando el pa-  
pel en el aire, y mirando á los ojos de todos  
los amigos y conocidos con quienes hablaba,  
con mirada astuta para ver si descubría, al  
hacer una revelación de haberla recibido,  
en cada una de aquellas personas, al autor.  
Éstos, por lo regular, son hombres de or-  
gullo y de imaginación muy viva, los cuales  
sufren de aquel modo extraordinario, por-  
que en virtud quizás de su misma vivísima  
imaginación, odian al propio tiempo á todas  
las personas de las cuales sucesivamente  
sospechan, y cuando no sospechan de al-  
guno, siendo para ellos la carta anónima  
como la injuria de una muchedumbre es-  
parecida, sienten un efecto proporcionado  
á la dimensión fantástica de la ofensa. Su  
tormento más fuerte es el de no poder ven-  
garse; experimentan la rabia de quien fuese  
abofeteado por una mano impalpable, y se  
afanan por agitar los puños en el aire y dar  
puntapiés en el espacio contra un fantasma  
sonriente é inmóvil. El mejor consejo que

se puede dar á éstos es el de tener oculta cuanto les sea posible su debilidad para que no se traduzca al exterior, porque de otro modo están perdidos, y recibirían un paquete de cartas por semana, y estallarían al fin y al cabo.

Es la imagen de esta tortura la que acaricia el bribón y la que le alienta para escribir sus anónimos; pero el placer que experimenta es muy complejo, casi una serie de placeres que saborea y mastica por un cierto espacio de tiempo. En el acto de escribir, es el goce pleno y salvaje de la libertad de la palabra, es la satisfacción de romper á poca costa y de sentir caer á sus pies aquella túnica de civilización que para algunos es como una camisa de fuerza dentro de la cual se agita siempre el violento hombre primitivo. Es rehacerse una vez de tantos penosos sacrificios hechos á las conveniencias sociales y al miedo, es la voluptuosidad remotamente atavística de urgar con la pluma á su gusto en las entrañas de un hombre, como con la punta de una flecha. Desahoga casi una necesidad dolorosa, dicen, «es una vileza», pero que parece casi

que se defienden rechazando las injurias que le hacen un nudo en la garganta, aligerándoles de los odios que llevan amontonados sobre el corazón.

Y cuando miran á su alrededor y arrojan al buzón la carta, empieza para ellos un periodo de expectación agradable, como para el cazador apostado que espera la pieza en el barranco donde caerá. Cuentan las horas en que su bomba literaria puesta en la mano de su víctima estallará; quién sabe cuántas caras preocupadas que encontramos paseando, son semblantes de escritores de cartas sin firma que esperan la hora del estallido de su dinamita! La hora ha sonado y se figuran la escena: el hombre de su corazón rompe el sobre tranquilamente, bromeando con la familia. ¡Qué placer ver su semblante ponerse serio, después obscurecerse y después quedar livido! ¡Y cómo arruga el papel entre las manos, cómo se come las puntas de la barba y del bigote, qué relámpago brilla en sus pupilas!—¡Si, busca, busca!—La imagen de cada contracción de sus músculos se refleja en una sonrisa feliz en la boca. Y si después tiene modo de verle por la calle con una cara por la cual se comprende que lleva siempre

aquella carta en el bolsillo del pecho como un cáustico, su alegría se redobla. Y cuando, siendo su amigo, puede abordarle, estrecharle la mano, preguntarle la causa de su turbación, palpar su herida, meter el dedo dentro y reavivar su dolor, la voluptuosidad se redobla y refina de un modo exquisito. Si, por último, ve que su sospecha recae sobre otro, contra el cual vomita injurias y medita una venganza, y puede confirmarlo en aquella sospecha, darle consejos y sentirse dar gracias por su buen corazón, entonces la voluptuosidad es tan intensa, que el odio suyo se transforma casi en un sentimiento de benevolencia hacia aquel que le ha proporcionado tan intenso placer, y hasta es capaz de consolarlo sinceramente.

\*  
\*\*

La pasión que hace á un hombre más sensible á la punción de las cartas anónimas es, después del orgullo, el amor, y la más fácil de cometer entre todas las vilezas, los celos. Por eso, sobre el campo amoroso es aquel sobre el cual cae la lluvia de tales cartas más copiosamente. La carta clásica en este género es aquella que de-

nuncia la mujer al marido y el marido á la mujer, con la indicación del día, de la hora y el lugar en el cual se manumiten sus derechos respectivos; instrumento precioso en manos de los comediógrafos, de los dramaturgos y de los novelistas; pero que también llevó la desgracia, como es sabido, al pobre Giacometti; alrededor de esta carta clásica, la variedad es infinita, desde aquella que va á anunciar al pobre emigrado, solo, más allá del Océano, la primera ligerísima alteración de aquellos contornos femeninos que son casi la forma visible de su honor de marido, hasta aquella que va contra los pobres enamorados, suspirando por el gran día, para matar el amor y mandar al diablo el matrimonio. Estos últimos, desgraciadamente, ya inclinados á la sospecha por la naturaleza de la propia pasión, devoran las cartas anónimas con una especie de rabiosa voluptuosidad, y creen en ellas con una facilidad verdaderamente digna de lástima. Y sin embargo, es este el campo en el cual se escriben las cosas más cómicas. Las revelaciones con respecto á los amores pasados, á la dote que peligra, á los defectos ocultos de carácter, y á la enfermedad hereditaria de la prosa-

pia, y á algunos pronósticos de segura coronación... esas son las materias acostumbradas para semejantes cartas. Las más impúdicas (y que no dejan de pasar muy á menudo ante los tribunales), y las más suaves, son aquellas que critican la belleza de la mujer amada, parte por parte, como suele decirse, desde la punta del pelo hasta la punta de los pies, con la minuciosidad y con la crudeza de una disección anatómica, y algunas veces con la denuncia del diente postizo, de la espalda desigualmente alta, del aliento no perfumado. Y son éstas, no obstante, con demasiada frecuencia las más funestas, porque hieren de un golpe, no sólo el amor, sino la vanidad. En las pequeñas ciudades, y en las aldeas especialmente, no hay casi pareja amorosa, sancionada ó no por la ley, que no haya sufrido una vez al menos los golpes de estas plumas despiadadas.

Pero las cartas más feroces, por consentimiento común de los doctos en la materia, y las más cínicas, son aquellas que escribe el amor despreciado á la belleza honesta ó difícil.

Quien no lo ha visto no puede imaginar á qué lenguaje puede descender, cuando

arroja la máscara para vengarse, aquella pasión que va á caza por el mundo bajo el nombre de amor, desencarcelando suspiros y recitando versos. Desciende á tal punto, á menudo, que en el furor de la venganza, no le basta ya la palabra, y en los trabajos de pluma con que se ingenia para acanallar el insulto, roba los asuntos á aquellos bajos artistas de carbón que trazan por lo común sus obras maestras en lugares dignos de que se las inspiren.

La variedad de la forma en las cartas anónimas no es menos digna de observar que la variedad de contenido, porque aparece muchas veces mejor en una que en el otro el ánimo del escritor. Hay en los anónimos bajo este aspecto, una minuciosa gradación de insolencia, como el que en el orden de los hechos corre, desde el pellizco de una mano señorial, hasta la guantada de una manaza callosa. Hay la carta en que es todo insolente, hasta el sobre, que contiene un epíteto burlón, y el papel sucio en el cual está escrita, elegido precisamente para manifestar el profundo desprecio: la cabeza

es injuriosa, el autor tutea, el texto es un tejido espeso de villanías, reforzado aquí y allá por vocablos y frases de plazuela y de taberna, escrito en grandes caracteres, diformes, en los cuales también hay una intención ofensiva.

Esta es la carta anónima típica, un verdadero ladrido epistolar prolongado y furioso, sin una atenuación de tonos, y en su género, es una obra perfecta.

Hay, por el contrario, el escritor anónimo que injuria sin faltar á ningún principio de la buena educación literaria: el papel es fino, y algunas veces perfumado; el sobre atento; la introducción es de «distinguidísimo señor»; el carácter de letra aristocrática y trazado con cuidado, como se usa con personas de respeto, y todo es correcto, atento y cortés, excepto el significado de la prosa, que llama al destinatario «bribón» ó «imbécil», pero lo hace en bello estilo, con frases que cortan, pero limpias y brillantes, sobre las cuales á veces se pasa y repasa con placer. A algunas cartas, á veces, acompañan palabras cortadas de periódicos y pegadas al papel con goma: las palabras ultrajantes, en caracteres más grandes, son tomadas de los anuncios de cuarta plana

de los periódicos, en los cuales se vitupera á los viles falsificadores; y hasta, ya que no otra cosa, las leeis sin cansancio.

Pero hay otra clase indiscreta verdaderamente: aquella en que se os escriben cuatro páginas en caracteres pequeñísimos, con renglones muy apretados y luego cruzados, con la linda pretensión de que os matéis la vista para sacar de aquel embrollo los conceptos impertinentes é insultantes, como se arrancan de un *palinsesto* confuso, las frases de oro de un clásico griego ó latino. La mayor parte, sin embargo, están escritos con mucho cuidado, para disfrazar la letra, y en éstos, conforta al menos el pensamiento de que el bribón ha tenido que trabajar, aparte de que, ser injuriado en aquella forma gráfica decorativa en que la letra se ha dibujado, da al insulto un cierto aspecto grave y majestuoso de epitafio ó de inscripción de arco triunfal que, en gran parte, satisface el amor propio. En algunas de estas cartas, la primera mayúscula está adornada con rasgos caligráficos, como las iniciales de antiguos manuscritos. Acaso quería demostraros el escritor que os dirige el anónimo, que al disponerse á injuriaros, gozaba de

aquella tranquilidad de ánimo que procede de una conciencia honrada, y si no significa esto, es por lo menos una delicada atención.

Pero no acabaríamos jamás si fuéramos á citar todos los caracteres extraños de esta esparcida y numerosísima cuadrilla de bandoleros epistolares.

He aquí un original: por ejemplo, el que os escribe toda especie de improperios firmándose «un verdadero amigo». He ahí otro que tiene la ingenuidad ó la desfachatez de principiar la carta así: «Con aquella franqueza que me distingue»... Y es curioso ver los repliegues infantiles que buscan algunos para enmascarar á los otros y á ellos mismos, la vileza del anónimo. Hay quien pone al final dos iniciales cualesquiera, como para daros una indicación sobre su propio nombre; y quien cierra la carta diciendo arrogantemente: «Un día sabrás quién soy.» Los hay, talentos armónicos y suaves, los cuales os piden perdón por las insolencias que os van á decir; y esos, ¡Dios mío! están obligados por la fuerza de la conciencia á dirigiros aquella carta para cum-

plir un deber doloroso, y «creería no ser caballero si dejara de deciros la verdad», y así, continuando con piadosa intención, os dirigen en lenguaje paternal, y con argumentos muy mesurados, las mayores atrocidades, queriendo persuadiros de que sois un pobre diablo. Es amenísimo también el anónimo que, después de haber vaciado el saco, y de haber hecho de intento naturalmente, todo el daño y perjuicio posible, animado por una última idea de quien no os quiere defraudar, añade una impertinencia en la postdata, como el tendero da la añadidura para despedir contento al parroquiano. Hay también cartas colectivas, ó que el autor quiere hacer creer que son tales, para dar más autoridad á la diatriba, diciendo cortésmente que ella expresa el pensamiento de un grupo de amigos allí presentes y que aplauden el paso que se da. Y no faltan cartas anónimas en verso, para que la insolencia se trague con más placer, y casi siempre el epíteto injurioso viene á formar la rima ó el estribillo de la canción.

Con frecuencia, además, constituyendo un verdadero orden aparte, las cartas ilustradas, en las cuales está esbozado vuestro retrato con la exageración de un defecto

físico, con el aumento ultrajante de los pabellones auriculares. Un amigo mío conserva con cariño cierta carta, recibida después de un discurso en público, en el cual está pintado admirablemente, y hasta coloreado con finura flamenca, una botella de vino, una verdadera obra de arte.

Otras cartas tienen dibujado un fruto enorme de la familia de las cucurbitáceas, y en el texto se os invita á reconocer en aquel fruto una imagen de vuestro cráneo. Y por encima de éstas, y en el nivel más bajo de la impertinencia, hay cartas que contienen substancias del reino vegetal y animal que indican un significado no dudoso, como granos de cebada, hojas de alfalfa. Las márgenes, la introducción ó el final, se hallan con ilustraciones, donde se pintan todas las porquerías propias de los falsificadores de manuscritos antiguos. Pero he olvidado un género que es el menos descortés y el más aseado de todos. Hay cartas anónimas en blanco; solamente al principio de la primera cara, á la izquierda, hay una palabra estampada en pequeños caracteres que ya se comprende es la divisa del anónimo, impresa en todos los plieguecillos, de los cuales se sirve en su correspondencia

ordinaria, en cuya palabra está el agüijón, pero si os duele, la culpa es vuestra, que os dáis por aludido. De estas cartas, yo recibí una muy ingeniosa y aguda, un mes después de haber publicado mi libro titulado *Los Amigos* (\*); el papel era enteramente blanco, pero, ¡ay de mí! la palabra decía: «De *los amigos* me guarde Dios, que de los enemigos me libro yo.»

\* \* \*

Llegado á este punto, alguno me podría interrumpir para invitarme á deducir algún consejo práctico, dadas las muchas observaciones que he hecho sobre la materia; una norma, por ejemplo, para distinguir á los autores de los anónimos. Podría responder con las palabras de un psicólogo: «Se hace mal en leerlos, y peor en buscar á los autores; pero hay casos en los cuales el buscarlos puede ser útil, aunque no sea más que para defender á los inocentes, acusados en vez de los culpables.» Ahora bien: mi parecer es que cuando la sospecha re-

(\*) Se han hecho dos ediciones de esta obra en castellano, vertidas por el traductor de la presente.

cae sobre conocidos, hay que estudiar el carácter de las frases; porque en las injurias dictadas por la pasión, todos tienen palabras especiales, como las tienen para expresar la alegría, el afecto, el terror; muchos escritores de anónimos fueron descubiertos por la fraseología de la ira y del odio.

La escritura de los inexpertos en el arte, la manera peculiar de escribir, suministra con frecuencia, indicios suficientes; además de que es probado que muchos autores de anónimos no escriben sus cartas, sino que las hacen escribir á personas de su servidumbre ó á memorialistas ó á chicos, y á menudo el texto está escrito por una mano y el sobre por otra. Son infinitos los recursos de los cuales se echa mano para disimular el carácter propio de la letra: los unos acuden al carácter gótico, los otros á la letra inglesa, otros ocultan su escritura bajo un gran desorden de rasgos oblicuos, de una variedad loca, con inclinaciones de izquierda á derecha, con rígidas letras puestas muy de pie, ó muy caídas, que hacen parecer todas ellas filas de árboles inclinados por el huracán en uno ó en otro sentido después del torbellino, que les hace girar

en todas direcciones. Muchos para trabajar menos y no tener que cuidarse tanto de la escritura, y para darle á ésta, alterada, una cierta apariencia de espontaneidad que aleje el temor de la sospecha, usan la mano izquierda ó emplean la derecha con una actitud, ó escriben con los puntos de la pluma metálica vuelta del revés, ó con la pluma de ave, que engruesa el carácter de la letra, ó con el lápiz mojado en tinta, ó con un palillo, todo lo cual altera las curvas, desnaturalizando los perfiles y los gruesos, y dan á las letras un carácter de serpentina por estar hechas sobre un papel extendido encima de una toalla. Satanás no inventaría una cosa nueva, y hasta no hay ni peritos caligrafos que conozcan todas las maneras de escribir anónimos.

Ellos solamente pueden dar normas y reglas útiles.

Yo conservo todavía en el oído un bello trozo de elocuencia profesional de uno de éstos, que me divirtió inmensamente. Si tiene que confrontar un manuscrito (me dijo), fije repentinamente su atención en la última línea de la carta anónima, porque es en ese momento donde el falsario, cansado ya del esfuerzo, se guarda menos de la

ficción; las *emes*, las *enes* y las *ies* son fáciles de disimularse. Mire á las mayúsculas, que son aquellas que tienen más características gráficas; mire á los perfiles ascendentes y descendentes de las *eles* y de las *ges*, que son las que hacen más traición; contemple las letras hechas en diversas formas, entre las cuales se escapa siempre la forma natural. Examine sobre todo aquellas cosas características, que es probable que el escritor no sepa que tiene siquiera, y no olvide esta observación. Observe la puntuación: los puntos suelen hacer traición; analice detenidamente todo lo que es involuntario en la escritura y superfluo, porque allí es donde yo precisamente los pesco cuando soy llamado á ejercer mi profesión.

Y, sin embargo, hay artistas tan hábiles, que ni el perito siquiera los coge. Casi todos aquellos que están adornados de una cierta cultura gráfica, si tienen mucha paciencia y procuran ser lacónicos, consiguen hacer la escritura franca. La gente del vulgo, generalmente, se deja atrapar, casi siempre, al menos. Por eso las manos más temibles para manejar este arma son aquellas ligadas á nosotros con más frecuencia

(triste es decirlo, pero es verdad) y hechas para hacer el bien.

\* \* \*

Por otra parte, ¿de qué sirve buscar á los autores de los anónimos, cuando se está continuamente expuesto á tantos otros golpes que es imposible descubrir quién nos los envía? El ingenio humano ha descubierto mil medios de herir al prójimo bajo la salvaguardia del anónimo. El escritor que recibe bajo una faja un epitome de la Gramática, ó un silabario, ó un libro señalado con puntos ó con palabras subrayadas; el poeta que recibe canciones firmadas por «Un colega»; el escultor á quien llega, en paquete postal, un muñeco horrible que representa su estatua; el hombre conocido por cualquier clase de mérito, á quien se manda, bajo sobre, el artículo en que se dicen mil atrocidades de él, todas son diversas formas del anónimo.

Y á este propósito, hay que hacer una observación que tranquiliza: que aquellos raros originales que, como Emilio Zola, hacen colección de todas las injurias impresas contra ellos, sucede con frecuencia no

tener noticia, hasta pasados muchos años, de un artículo en que se os ha elogiado; en cambio, del artículo en que se os ha desollado, aunque se haya publicado á miles de leguas de distancia, no tengáis cuidado, porque siempre habrá una persona amorosa que os lo mande, añadiendo alguna vez algún «bravo» ó un «visto bueno», para que no os quede duda de la interpretación que debéis dar al regalo. Y cartas anónimas son las escrituras ingeniosas en las esquinas que, por cierto período de tiempo, en ciertas aldeas, llega á ser un furor contagioso, y vuelven á aparecer, hasta diez veces, en la puerta misma de la casa de la víctima; y cartas anónimas son las inscripciones contra el profesor, los arabescos de las escuelas en la pizarra, y la impertinencia que la máscara os grita en los oídos durante el baile, y el rayo de sol que el vecino de enfrente, oculto, os manda con el espejo, á los ojos, mientras os estáis afeitando en la ventana; y si á esta clase se puede adscribir todo insulto, dicho ó hecho de manera que el que injuria pueda negar, cuando sea preciso, de habérselo dirigido, carta anónima es la sátira que se os dirige en la conversación, estando presentes, mirando al sitio

opuesto, como si no se pensase en vosotros; carta anónima es la imitación preparada de vuestra voz, de vuestros gestos, que hace reír á la tertulia, no dejándoos ni el derecho de recoger el ridículo, porque incurriríais en él; una carta anónima es el almuerzo dado precisamente por un conocido vuestro, que no os invita, para que toméis á mal el no haber sido invitado, y ¡cuántas formas no puede revestir la carta anónima!; hasta aquellos innobles utensilios domésticos expuestos sobre el alféizar de la ventana del vecino de enfrente, como si fuera una muda provocación, que, ya se comprende, vosotros no podéis recoger sin ensuciaros. ¡Cuán fecunda es la imaginación de la insolencia cuando la alienta el odio y la anima la impunidad!

Todo esto es desconsolador, sin duda alguna; pero puede confortar el ánimo un hecho, y es que si fuese posible hacer una estadística de las cartas anónimas, y conocer á los autores, se encontraría que el número de los criminales es con mucho inferior al de los crímenes, ó sea, que hay muchísimos

reincidentes ó *dilettanti*, mejor dicho. Se comprende, con efecto, cómo, vencida una vez la repugnancia á cometer un acto semejante, y perdida la virginidad de la conciencia, se resista difícilmente otras veces á la tentación de desahogar en alguna forma el despecho y los odios. Los aficionados se dividen en dos categorías. La de aquellos que escriben sin intención malévolá y por el simple placer de fastidiar ó de provocar el despecho ó atormentar la imaginación del prójimo (y son bastantes más de los que se piensa), y la de aquellos que escriben con verdadera inquina de ánimo y con propósito de hacer el mayor mal posible que puede provocarse con la pluma.

Dejo á un lado la cuestión de si entre éstos hay más mujeres que hombres. Lombroso cree que, ya porque la mujer es más débil, y el anónimo es arma de los débiles, y por su naturaleza, ellas tienen mayor aptitud (y esto es exactísimo) para arrojar en la forma epistolar todo su ánimo. Yo creo además que viviendo en un campo intelectual y moral más restringido las mujeres, escriben bastantes más raras veces que el hombre por odio ó por envidia, cartas anónimas á personas que no las han ofendido;

ellas no hieren más que á los conocidos, y solamente para vengarse. Sea como quiera, hay un gran número de criaturas humanas para las que es un tormento insoportable toda superioridad y toda fortuna, no sólo de los amigos y de los conocidos, sino también de gentes para ellas no conocidas más que de nombre, alejadísimos de su camino, y que de ningún modo debieran provocar su orgullo. Como el pilluelo que no puede ver una pared blanca, sin sentir la necesidad de ensuciarla, así hay quien no puede ver una felicidad sin escupir sobre ella su aliento envenenado. No hay lugar ninguno habitado donde no haya ejemplares de esta clase, sobre los que recae inmediatamente la sospecha del que recibe una carta anónima; tan verdad es, que cuando uno es cogido por la justicia, por el hecho de una sola carta, siempre aparecen varios con otras cartas en la mano, que se reconocen como originales de aquél.

Hay autores que de tiempo inmemorial infestan una ciudad, una villa y una región entera. Como hay delincuentes de hurto por herencia, lo mismo hay insultadores anónimos espontáneos, nativos. Han empezado de chicos, en la escuela, apenas han

sabido tener la pluma en la mano, y al llegar á ser hombres han establecido en su casa una verdadera oficina. Son gentes que tienen una repugnancia instintiva á firmar, lo que demuestran también en otras coyunturas de la vida, como si tuviesen la conciencia de que su nombre sea una palabra indecente. Y tal es el furor de insultar que tienen algunos, que se ligan á toda clase de asuntos, incurriendo á veces en graves equivocaciones ridiculísimas.

Un amigo mio, que se marchaba para un largo viaje, recibió en el vapor un despacho (porque también hay telegramas anónimos ó firmados con nombre imaginario) que decía: «Vuelve á casa, incauto, y vigila el honor de tu mujer.» ¡Y el amigo era viudo hacía doce años!

Un novelista italiano, que no ha escrito jamás para el teatro, ni siquiera un monólogo, recibió una carta que empezaba así: «He leído todas tus comedias, y no hay una sola que valga una entrada de paraíso.»

Cierto poeta de una ciudad de provincia, autor de un libreto para música, en donde la primera escena era un campo de asedio, por lo que había escrito en letras gruesas esta acotación: «Se oye un toque de

corneta á la derecha», recibió una carta anónima que decía:

Suena un toque de tropa á derecha  
y á la izquierda responde otro toque... (\*)

«¡Descarado plagiario: si empiezas así en la primera página, ya me imagino lo que será el resto de tu libreto!»

La existencia de esta familia de aficionados explica cómo todo asesinato ó venganza cualquiera realizado en un hombre público, ó cualquier atentado cometido en daño de muchos, es seguido siempre por una recrudescencia repentina en la epistolografía amenazadora. Son aficionados que aprovechan con alegría la ocasión de sembrar más fácilmente el disgusto ó la inquietud en los ánimos ya turbados. Muchas de estas cartas son escritas por personas pacíficas que conocen la debilidad de alma de alguno á quien escriben, y escriben varias cartas á un tiempo, todas por el mismo estilo; á veces, ellos mismos son de los asus-

(\*) Versos concidísimos de Alejandro Manzoni.

tados, que mientras amenazan con bombas y ruinas, no encenderían una caja de fósforos en un portal, y se entregan, sin embargo, á aquel juego, porque después de la vanidad, la pasión que ofrece más ameno espectáculo es el miedo, aun para los medrosos, y aun para ellos principalmente. Después de toda venganza amorosa que haga ruido, cien Don Juanes son amenazados por el correo á fin de que tengan presente la misma lección; y cada botella de vitriolo vaciada en la cara de un infeliz, pone en movimiento una falange de plumas.

Y en esa pasión entrá también, en parte, la satisfacción del amor propio que da á los débiles malignos la conciencia de inspirar pavor á alguno, de cumplir algún acto de poderío, cualquiera que sea, infundiéndose, aunque no sea más que por un momento y sólo con la imaginación, en la familia de los bribones valientes. Y mientras más terribles y briosas son las amenazas, tanto menos, generalmente, es capaz quien las ha escrito en el papel de realizarlas en las vías de hecho: los audaces no tienen la manía epistolar y son lacónicos y fríos. Se descubre con frecuencia, en efecto, que las más tremendas cartas amenazadoras, es-

critas con intención de sacar dinero, son obra de jóvenes tímidos, de pobres diablos impotentes que se figuran el terror de los amenazados, por el que ellos mismos experimentarían en un caso semejante. Pero, si bien esas cartas son frecuentes, son, sin embargo, menores en número que las que se escriben con el simple y puro objeto de producir en el prójimo una congestión de los vasos sanguíneos; y yo creo firmemente (y se ha probado además) que existen pequeñas asociaciones de bromistas dedicados á este ramo de literatura. ¡Ah, si alguna de sus victimas pudiera saber con qué grandes risotadas han sido dibujados en las márgenes por cuatro descarados sentados alrededor de una mesa resplandeciente de copitas, aquella siniestra ilustración de cruces y de calaveras que le han hecho temblar y horrorizarse, se avergonzaria para todo lo que le resta de vida y quedaria inconsolable por haber presentado aquella carta en la delegación de Policía!

Peró si se puede reír de estos míseros afanes dados á los orgullosos, á los medrosos y á los tontos, se extingue la sonrisa, y

se oprime el alma pensando en el mal indecible que produce la denuncia y la calumnia anónima en muchas criaturas honradas é ingenuas, las cuales las creen precisamente porque ignoran hasta qué punto puede llegar la maldad humana; y pensando en el mal que hace á otras muchas criaturas la revelación no necesaria de culpas y de vergüenzas de aquellos seres amados, por las cuales ellas sufrirán por todo el resto de su vida! ¡Cuántas son las víctimas de las cartas anónimas! Hijos heridos mortalmente en el amor filial, esposas ante las cuales se ha levantado un fantasma abominable que se sentará por años y años á su cabecera y á su mesa, como el de un enemigo implacable; niñas y niños á los cuales se ha arrancado el amor del padre, sobre el corazón del que se arrojó una duda horrenda que le detiene en el aire la mano extendida para hacer la caricia acostumbrada y que le hiela en los labios la palabra amorosa, el nombre dulce proferido con infinita ternura durante tanto tiempo. ¡En cuántas casas permanece para siempre una fecha funesta como la de la visita de la muerte, la del día en que ha llegado una carta anónima, tan pronto olvidada por

quien la escribió, y cuántas noches y cuántos años, aquella palabra maldita resonó en el oído de un infeliz que ha perdido el sueño, como el toque de una campana, anuncio de desventuras!

Si pensase esto todo aquel que, sin ser gran malvado, escribe tales cartas por pura satisfacción maligna, en que se mezcla algo de broma, como no dando importancia al acto; si supiese cuántos sollozos desesperados han arrancado del corazón humano, de cuántas lágrimas sangrientas fueron causa ciertas cartas y cuántas felicidades, y cuántos afectos han contaminado, herido ó inoculado la conciencia los nefandos caracteres de semejantes epístolas!... ¡Oh, de seguro que los autores hubieran roto en mil pedazos la pluma en el acto de colocarla sobre el papel para estampar sus estúpidas é insidiosas indicaciones, sentirían horror á ponerse en la cara la careta del asesino enmascarado, de los verdugos de los débiles y de los inocentes, de los ladrones de la paz y del honor, más crueles que los que matan con el hierro, y más despreciables que los que roban á un mendigo, puesto que son á un tiempo ladrones feroces, villanos falsarios, y no hay palabra en

el lenguaje humano, por vituperable que sea, que no quede muy por bajo de la que ellos merecen por su infamia.

La conclusión lógica de cuanto he dicho sería: que es preciso matar los anónimos, no leyendo ni una sola de sus palabras. Hay una dificultad, se me puede objetar: que muchos usan, para prevenirse de no ser leídos, de la astucia de poner al pie un nombre cualquiera, ó la de empezar las cartas en términos que no despiertan sospecha alguna, y hasta la de usar frases agradables y corteses, de manera que pueda seguirse la lectura del anónimo, engañado, encontrando después, de pronto, la injuria intercalada, con lo cual no hay tiempo para eludirlo.

Mas para prevenir estos golpes hay un arte particular, que se adquiere con la experiencia. Tengo un amigo muy íntimo que podría contar mucho en esta materia y poner cátedra acerca de este particular. De las cartas que duda, aunque estén firmadas, no lee jamás las primeras palabras, que pueden ser escritas para despistar, sino

que echa una mirada indagadora aquí y allá, como hace el carabiniere dentro de los fardos sospechosos, miradas rapidísimas circunscritas al espacio de una palabra, y le basta con frecuencia una frase, un nombre, para salvarse de la estocada. Por espacio de muchos años, más de un epíteto ó de algún nombre, si acaso, ... pero lo que es una frase, ninguno consigue hacérsela tragar, ni palabra alguna molesta en cartas anónimas; y desafía al más experto insultador anónimo á que obtenga con él el más mínimo éxito; pero las más de las veces ni siquiera pone en juego esta prueba. Ha acostumbrado la vista de tal manera á los sôbres, que cuando ve un carácter de letra particular muy arrogante y al propio tiempo mal seguro, semejante al paso jactancioso é incierto á la vez del ladrón que se nos viene encima, ó que, por el contrario, es un carácter de letra evidentemente euidado ó intencionalmente desigual, como de chico de escuela, mi amigo dice:

«Te has engañado en grande; serás más afortunado en otra ocasión; has perdido el sello», y arroja la carta en aquella pequeña tumba, siempre abierta á su lado, donde se sepultan todas las palabras inútiles, todas

las indiscreciones y todas las tonterías y las necedades sin cuento que llueven encima de las cabezas de todos los hombres honrados que no viven absolutamente en la sombra en el momento presente. En aquel cesto de los papeles, fiel defensor del tiempo y preservador de la salud, sin el cual ahora no se puede vivir y al cual no se comprende cómo algún poeta no haya consagrado todavía un himno digno del grande y benéfico oficio que cumple en el mundo de la civilización.

Pero, ¿es verdaderamente el consejo más sabio y prudente el de no leer las cartas anónimas? ¿No será debilidad de ánimo? ¿Cómo será fuerte contra la injuria y la calumnia abierta y declarada, quien no es fuerte contra la injuria y la calumnia en el estado de larva oculta y misteriosa? ¿No sería más útil leerlas, para ir más adentro en el conocimiento de la naturaleza humana, y porque ellas nos dicen algunas veces verdades que el afecto ó la cortesía y los intereses de quien vive alrededor nuestro nos tienen ocultas durante toda la vida?

Son verdades embadurnadas de bellaquerías, pero no podemos negarlas en absoluto; aquellas razones ó insolencias, aunque no tengan otro valor que el de mantenernos bajo el orgullo, la vanidad y el amor propio, ya esto es algo. Y de la amargura que nos puede procurar la acusación no merecida y la injuria de la villanía, debería confortarnos, pensando que casi siempre las dictan la pasión y la ligereza, pero jamás la conciencia: que quien nos las arroja, se las arroja á otros; que los más temidos y venerados hombres son heridos por ellas, y que esas mismas cartas, abiertas y leídas un año después del momento en que hubo ocasión para que se escribiesen, nos dejaría completamente indiferentes, y que la humillación que ellas nos causan son justas expiaciones de ofensas injustas é impunes dirigidas á otros por nosotros mismos; y, en fin, que en esta vergonzosa truhanería de las cartas anónimas tenemos todos un poco de culpa.

Tenemos culpa todos, hasta los más honrados y los más corteses, porque cometemos demasiado fácilmente otra vileza menos grave que aquélla, pero que es un primer paso en el mismo camino: y es la

maledicencia irreflexiva de personas que estimamos en el fondo, y que hasta las amamos; la cual vileza tiene esto de común con la carta anónima: que produce un daño a quien es objeto de ella, sin que el interesado sepa de quién proviene, ni pueda, por consiguiente, defenderse del ataque. Sería para cualquiera de nosotros un gran dolor saber que un hijo nuestro ha escrito un anónimo; y, sin embargo, cada día, en presencia de nuestros hijos y de otras gentes, de todas edades y de todos estados, nosotros preferimos acusaciones y censuras, que luego ellos no nos oyen repetir delante de las personas acusadas y censuradas, cuando no nos escuchan decir, como sucede con frecuencia, precisamente todo lo contrario, en presencia de los interesados.

¡Y éste es el germen de la infección!

La inicua vileza que he fustigado, no es más que el último exceso de un espíritu de malevolencia, de una ligereza de crítica, de una falta de sinceridad y de valor que es casi universal. Así es que, de todos los vicios que apestán la vida pública, una raíz sutilísima está en el ánimo hasta de aquellos que más vivamente la rechazan y más sinceramente se indignan de él; y es justa,

sin embargo, y nunca será bastante pensada, meditada y predicada la antigua sentencia de que la curación de toda llaga social debe empezar por nosotros mismos, en nuestro propio corazón.

Pero por muy grave y difundido que sea el daño que producen á la sociedad los anónimos, es una confortación reconocer cuántas otras formas y costumbres más agudas y terribles de ofensa se han inventado. Cuando la casa privada era fortaleza, cuando entre las familias de una ciudad se heredaban de generación en generación los odios sangrientos, y se tomaba al salir de casa, en vez del bastón, la espada, y los criados eran sicarios, y los banquetes y fiestas íntimas se agnaban, y las venganzas eran suplicios, en aquellos tiempos, sin duda, se escribían menos cartas anónimas que en nuestros días. Pero ahora que se maneja más la pluma que el puñal y se derrama más tinta y menos sangre, no puede desconocerse, ni aun siquiera por los pesimistas más negros, que deje de haber un ligero progreso hacia el bien. Y si, de todos

modos, se tiene que maldecir del abuso inicuo de la pluma, no se puede sacar pretexto de este abuso para combatir la divulgación de la cultura, que es como querer suprimir— como dice César Beccaria— el fuego, porque quema, y el agua, porque ahoga.

Esto tiene origen en la falsa y manca cultura presente; pero la presente, sea como sea, es también un paso necesario hacia adelante y hacia arriba, en dirección á aquella más fuerte y más luminosa cultura, que un día endulzará los ánimos y ennoblecerá las costumbres, y aumentará dignidad en la vida de todos.

Conservad esta fe; si esta fe muere, muere la fe en la civilización y en el progreso, y no viendo en el porvenir más que desorden y tinieblas, el espíritu retrocede miseramente hacia el pasado. ¡Conservemos esta fe é infundámosla viva en nuestros hijos, activa é intrépida, como lo fué esa misma fe en el alma de nuestros padres!



## ÍNDICE

	Págs.
Madre creyente é hijo socialista. (Diálogo.)	1
Trabajadores, á las urnas! (Conferencia.)...	11
Entre padre é hijo. (Fragmento de una narración.) .....	53
El 1.º de Mayo. (Discurso.).....	71
Una respuesta.....	123
Tempestad en familia.....	131
Á los niños y á las niñas de las Escuelas públicas. ....	191
Premios para las niñas.....	213
Un asilo infantil.....	229
Las cartas anónimas.....	247



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modos, se tiene que maldecir del abuso inicuo de la pluma, no se puede sacar pretexto de este abuso para combatir la divulgación de la cultura, que es como querer suprimir— como dice César Beccaria— el fuego, porque quema, y el agua, porque ahoga.

Esto tiene origen en la falsa y manea cultura presente; pero la presente, sea como sea, es también un paso necesario hacia adelante y hacia arriba, en dirección á aquella más fuerte y más luminosa cultura, que un día endulzará los ánimos y ennoblecerá las costumbres, y aumentará dignidad en la vida de todos.

Conservad esta fe; si esta fe muere, muere la fe en la civilización y en el progreso, y no viendo en el porvenir más que desorden y tinieblas, el espíritu retrocede miseramente hacia el pasado. ¡Conservemos esta fe é infundámosla viva en nuestros hijos, activa é intrépida, como lo fué esa misma fe en el alma de nuestros padres!



## ÍNDICE

	Págs.
Madre creyente é hijo socialista. (Diálogo.)	1
Trabajadores, á las urnas! (Conferencia.)...	11
Entre padre é hijo. (Fragmento de una narración.) .....	53
El 1.º de Mayo. (Discurso.).....	71
Una respuesta.....	123
Tempestad en familia.....	131
Á los niños y á las niñas de las Escuelas públicas. ....	191
Premios para las niñas.....	213
Un asilo infantil.....	229
Las cartas anónimas.....	247



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CATÁLOGO DE LAS OBRAS

DE

D. HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

(EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS)

**Manual de Estética y Teoría del Arte, ó historia de las artes principales hasta el Cristianismo.**— Nueva edición, con 168 grabados intercalados en el texto.— Obra informada favorablemente por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, premiada con «Medalla de oro» en la Exposición regional de Lugo de 1896.— Un volumen de XII + 196 páginas en 4.º menor.— Madrid, 1894.— (Con su programa correspondiente), 4 pesetas.

**Programa de Estética y Teoría del Arte ó historia abreviada de las artes principales.**— Un folleto de 24 páginas en 4.º menor, 0,50 pesetas.

**Arte Literario ó Retórica y Poética.**— Preceptiva para servir de texto en los Institutos de segunda enseñanza.— Un volumen de XII + 252 páginas en 4.º menor.— Madrid, 1891.— (Agotada.)

**Programa de dicha obra.**— Curso de 1891-92.— Un folleto de 48 páginas en 4.º menor.— Madrid, 1891.— (Agotada.)

**Principios de Literatura para texto de los alumnos de Retórica y Poética en los Institutos de segunda enseñanza.**— Segunda edición corregida, propiedad de la Viuda de Hernando y Compañía.— Madrid, 1892.— Obra informada favorablemente por el Consejo de Instrucción pública y declarada de mérito para los ascensos en la carrera del autor.— Un volumen de 258 páginas en 4.º menor.— (Con su programa correspondiente),— Encuadernada, 7 pesetas.

**Programa de dicha obra.**— Un folleto de 48 páginas en 4.º menor.— Madrid, 1892.— 1 peseta.

**Curso de Literatura Española.**— Apuntes crítico-biográficos y trozos selectos.— En colaboración con D. Juan García Al-Deguer.— Un volumen de XVI + 768 páginas en 4.º.— Madrid, 1889.— Encuadernado, 9,50 pesetas.

**Filosofía y Arte,** con un prólogo de D. Nicolás Salmerón.— Un volumen de XXXVI + 236 páginas en 8.º.— Madrid, 1878.— 3,50 pesetas.

**Artículos flambres.**— Un volumen de XII + 268, en 8.º, 2 pesetas.

**Cuentos y aventuras.**— Un folleto de 90 páginas en 4.º menor.— Alicante, 1897.— (Agotada.)

**El Colegio de Bolnisi.**— Centón de noticias relativas á la fundación hispana de San Clemente.— En colaboración con D. Pedro Borrajo y Herrera.— Un volumen de XII + 420 páginas en 4.º, ilustrada con 7 grabados.— Madrid, 1880.— (Agotada.)

**Elementos de Filosofía Moral,** arreglados para la segunda enseñanza, de una obra del profesor belga G. Tiberghien.— Un volumen de XVI + 142 páginas en 8.º.— Madrid, 1872.— (Agotada.)

**Programa de Ética,** para uso de los alumnos de segunda enseñanza.— Un folleto de 8 páginas en 4.º menor.— Baeza, 1873.— (Agotada.)

**Elementos de Ética ó Filosofía Moral,** precedidos de unas nociones de Biología y arreglados para la 2.ª Enseñanza (en la parte de Ética), del profesor Tiberghien.— 2.ª edición corregida y aumentada.— Alfonso

